

*La chica
del
delivery*

LAURA A. LOPEZ

La chica del delivery

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2302013316252**

OceanofPDF.com

Contenido

<u>Capítulo 1</u>	<u>3</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>7</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>12</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>17</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>21</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>26</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>30</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>35</u>
<u>Capítulo 9</u>	<u>40</u>
<u>Capítulo 10</u>	<u>45</u>
<u>Capítulo 11</u>	<u>50</u>
<u>Capítulo 12</u>	<u>54</u>
<u>Capítulo 13</u>	<u>59</u>
<u>Capítulo 14</u>	<u>64</u>
<u>Capítulo 15</u>	<u>69</u>
<u>Capítulo 16</u>	<u>74</u>
<u>Capítulo 17</u>	<u>78</u>
<u>Capítulo 18</u>	<u>83</u>
<u>Capítulo 19</u>	<u>88</u>
<u>Capítulo 20</u>	<u>94</u>
<u>Capítulo 21</u>	<u>98</u>
<u>Capítulo 22</u>	<u>102</u>
<u>Capítulo 23</u>	<u>106</u>
<u>Capítulo 24</u>	<u>112</u>
<u>Capítulo 25</u>	<u>118</u>
<u>Capítulo 26</u>	<u>123</u>
<u>Capítulo 27</u>	<u>129</u>
<u>Capítulo 28</u>	<u>134</u>
<u>Capítulo 29</u>	<u>139</u>
<u>Capítulo 30</u>	<u>143</u>
<u>Capítulo 31</u>	<u>149</u>
<u>Capítulo 32</u>	<u>155</u>
<u>Capítulo 33</u>	<u>160</u>
<u>Capítulo 34</u>	<u>164</u>
<u>Capítulo 35</u>	<u>169</u>
<u>Capítulo 36</u>	<u>173</u>

<u>Capítulo 37</u>	<u>178</u>
<u>Capítulo 38</u>	<u>183</u>
<u>Capítulo 39</u>	<u>188</u>
<u>Capítulo 40</u>	<u>192</u>
<u>Capítulo 41</u>	<u>197</u>
<u>Capítulo 42</u>	<u>202</u>
<u>Capítulo 43</u>	<u>207</u>
<u>Capítulo 44</u>	<u>212</u>
<u>Capítulo 45</u>	<u>218</u>
<u>Capítulo 47</u>	<u>227</u>
<u>Capítulo 48</u>	<u>231</u>
<u>Capítulo 49</u>	<u>236</u>
<u>Capítulo 50</u>	<u>241</u>
<u>Capítulo 51</u>	<u>246</u>
<u>Capítulo 52</u>	<u>251</u>
<u>Capítulo 53</u>	<u>255</u>
<u>Capítulo 54</u>	<u>259</u>
<u>Capítulo 55</u>	<u>264</u>
<u>Capítulo final.</u>	<u>269</u>

Haz click o pincha para seguirme en redes:



Escritora Libre <https://www.facebook.com/lauraadriana22>



@ladriana22 https://www.instagram.com/invites/contact/?i=1qb0oa3j42dzb&utm_content=3rj08q5

[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)

Capítulo 1

El asfalto estaba caliente, todavía ardiendo por el largo día, pese a que anochecía en la capital del país, lo sentía por el calor que le chocaba en la zona de la frente y los ojos, cuando estaba presentándose a trabajar en un día martes.

Lucila Cabral había empezado a ocuparse porque necesitaba hacerlo. Su hermana mayor, quien la mantenía desde una de las ciudades cerca de la capital del país, había fallecido. Sus padres no podrían solventarla. Eran de una familia humilde del distrito de nombre 25 de diciembre.

Ella estaba en Asunción desde el primer año de la secundaria. Estudió en la Escuela Nacional de Comercio N° 1 en donde obtuvo excelentes calificaciones para acceder a una beca proveída por el Estado. Vivía con Ana, su hermana fallecida, y su esposo, pero ante la muerte de ella, prefirió buscar otro lugar para irse. Se juntó con un compañero de facultad, pero terminaron involucrándose sentimentalmente hasta que la relación fue insostenible. Tenía veintitrés años y sus padres no sabían que había compartido una vivienda con un hombre. Tampoco lo sabía su hermana que vivía cerca y que también estaba casada.

Buscó una habitación para alquilar sin tener cómo pagar porque no conseguía trabajo. Estudiaba Administración de empresas en la universidad Columbia del Paraguay, estaba en el cuarto año de la carrera y tenía que sobrevivir sin perder esa beca, para ella sería imposible pagar ese lugar sin un empleo.

En un cumpleaños familiar, su primo Héctor les había mostrado a todos que había comprado un automóvil y que dejaría su motocicleta, entonces, a Lucila se le ocurrió pedirle prestada la moto urbana que tendría aparcada en el patio de su casa. Ella tenía experiencia con motocicletas, pues desde los diez años tuvo que aprender a hacerlo para poder salir de los caminos de tierra por donde no entraban los buses con itinerarios. Lo único que su familia podía comprar era un biciclo. Héctor le dio la motocicleta con la condición de que la cuidara, hiciera su mantenimiento y le cargara nafta de la buena, incluso, él le dijo que podía desempeñarse como delivery en caso de no conseguir un empleo de auxiliar administrativo.

Esas palabras de su primo se convirtieron en la puerta al cielo para la solución a sus problemas.

—¡Lucila! —La llamó Wanda, una de las asistentes de la farmacia —. Apresúrate que tenemos entregas, llegas tarde...

—¡Ya sé, ya sé! No quería llegar tarde, pero tenía que hacer un trabajo práctico que debo entregar mañana.

—Bueno, pero ya coge lo que necesitas para irte. Un cliente pagará con post y el otro con efectivo.

—¿Crédito o débito? —preguntó Lucila.

—Crédito —respondió Wanda.

—Excelente. Coloca eso en mi mochila, entraré al baño y después salgo a toda prisa. ¡Me estoy haciendo pis! —avisó.

Lucila corrió al baño y con apuro se sentó a hacer sus necesidades. Se lavó las manos y mojó su cara con el agua que debería estar fría, pero el calor de 40° en verano, calentaba las tuberías de agua. Miró que su rostro estaba muy rojo. Ella era blanca, de cabellos castaños y ojos pardos. Cuando estaba tan quemada como ese día, sus ojos parecían de color miel.

Se secó el rostro con el papel que era para secarse las manos.

—¡Ya estoy! —exclamó la chica del delivery.

—Una es sobre la calle Brasilia casi Concordia y la otra es a la altura de España casi Brasilia.

—Están cerca, volveré pronto para más entregas —dijo Lucila que miró las facturas que tenía en la mano en caso de que necesitara llamar para una dirección exacta.

Ella salió rumbo al aparcamiento de la farmacia Farmacentro, que tenía muchas sucursales en la zona de Asunción y Gran Asunción. Saludó al guardia de seguridad y después agarró su casco, se lo colocó en la cabeza e intentó arrancar la motocicleta “a patadas”, porque el arranque eléctrico no funcionaba, le faltaba una batería nueva, entonces debía usar el pedal de encendido. Estuvo un par de minutos en ese menester hasta que encendió y pudo salir de la zona de aparcado.

Estaba concentrada en su camino. Tenía todas sus luces funcionando para que no le multaran los policías municipales en sus recorridos por la ciudad. Cuando llegó a la zona de las entregas, una de las direcciones no era exacta y tuvo que parar la motocicleta para hacer una llamada y poder entregar el pedido. Tenía un móvil con plan de llamadas que le había dado la empresa y lo ocupaba para poder llegar hasta los clientes.

Las casas que visitaba eran bastante lujosas. Entre casas y departamentos de lujo, siempre se preguntaba, ¿en qué trabajaba toda esa gente? Era interesante saberlo. Esas personas podían gastar en medicamentos lo que ella ganaba en un mes haciendo sus entregas. No podía quejarse, la situación no era tan mala. Quizá fuera conformista con sus pensamientos, pero no podía hacer mucho. Pobre era y pobre se moriría si no hacía algo. Para eso se esforzaba, quería una vida mejor y ayudar a sus padres, ya no quería verlos sufriendo por saber qué comer.

Cuando terminó esos pedidos que tenía pendientes, escuchó a su estómago, recordó que no había comido. Cerca de la calle Concordia, en donde realizó la última entrega, había un lugar que se llamaba Mass Chipa's. En el sitio pidió una croqueta de carne y una gaseosa personal. Tuvo que dejar la motocicleta por unos minutos para comer a toda velocidad, estaba muy atrasada y ella tenía un objetivo diario que cumplir, se lo había propuesto porque ganaba el dinero por cada entrega, mientras más llevaba, más ganaba.

Al acabar se dispuso a regresar a la farmacia y continuar con sus futuros recorridos. Nunca sabía en qué momento se le terminarían acumulando los pedidos. Tenía días en que no había mucho qué hacer, en

especial los días de lluvia, aunque ella siempre estaba bien equipada para no mojarse.

Una vez que llegó a la farmacia le dijeron que todavía no había nada que entregar, eso era bueno, pues Lucila podría aprovechar el tiempo para estudiar. Necesitaba mantener un buen promedio para que la beca se conservara intacta. Ya llevaba cuatro años, debía aguantar dos semestres más y esperar a tener su título de licenciada en administración.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

Esa noche Lucila tuvo un par de entregas más. Sabía que no tendría mucho dinero por llegar tarde, pero en ocasiones debía hacer ciertos sacrificios. Le alcanzaba para pagar su renta, combustible y comida. No tenía tiempo para cocinar. Por lo general comía en las calles o comedores populares. Le gustaba sentir el sabor casero de las comidas. Al menos ese día ahorró dinero en el almuerzo porque olvidó comer.

Cuando la farmacia cerró a las once de la noche, ella se montó en su motocicleta y emprendió su regreso a la que le decía cómodamente su casa. Era solo una habitación grande con una cama, ropero, un pequeño mueble de cocina, una hornalla a inducción, una pequeña heladera y un baño. Todo eso le resultaba rápido y fácil de limpiar. Entretenimientos no tenía, le faltaba una televisión, pero como nunca estaba ahí, no echaba eso en falta. Era mejor tener no tener para no distraerse y dedicarse al estudio. Siempre seguiría buscando un buen trabajo donde al menos llegara a ganar el mínimo legal vigente.

La puerta de su casa daba a la calle. Subió con la motocicleta a la vereda y quitó la llave de su mochila para poder abrir.

—Buenas noches, Lucila —saludó una voz que ella reconoció como la de su ex novio.

—Hola, Miguel, ¿qué haces aquí? —interpeló.

—Vine para hablar contigo.

—¿Y de qué quieres hablar, Miguel? Estoy cansada y quiero descansar. Mañana tengo que ir temprano a la facultad y después a trabajar.

—Quiero que vuelvas conmigo, Lucila.

—¿Volver contigo? ¿Para qué? ¿Qué gano yo? No quiero ser tu sirvienta, Miguel, y menos me interesa ser el guardián de tu casa. Casi hiciste que fracasara hace unos meses. Si tú perdiste la beca no es mi problema, te va muy bien en donde trabajas, pero eso no significa que yo tengo que dejar de lado mi educación para limpiar tu departamento y cuidar de él, tener tu ropa limpia y planchada...

—Estás exagerando, Lucy.

—¿Exagerando? Me tienes de los cojones. Me dijiste que me creía una princesa porque me negué a limpiar un día que llegué cansada del trabajo, ¿por qué no lo hiciste tú?

—Porque estaba cansado...

—¿Todos los días? ¿También sábados y domingos? Porque, que yo sepa, los viernes de noche vas con tus amigos a tomar cerveza y a jugar fútbol, pero yo estaba encerrada, limpiando como la criadita toda la puta casa —gruñó Lucila. No quería acordarse de los peores meses de su vida.

—Yo te quiero, Lucila. Si vives conmigo, ni siquiera vas a tener que trabajar en una motocicleta, es peligroso.

—Por supuesto que sé lo peligroso que es, pero la verdad no me importa. Tengo mis estudios, mi trabajo y no me haces falta, Miguel. Dejamos claro este asunto el mes pasado, y todavía quieres venir para hablar. No quiero recordar que te atreviste a pegarme. Yo no voy a vivir como mi mamá y mi papá. No dejaré que me toques más, nunca. Chau, Miguel.

—Te he pedido perdón por eso, Lucila. Eres rencorosa. Te pido que pienses y recapacites.

—No, mi papá siempre le pedía perdón a mamá, y después, le golpeaba con más fuerza.

—Bien, estás exagerando porque esa no es la realidad. Fue un accidente del que me arrepiento.

—Tienes veintitrés años, no puede ser un accidente, es algo que está dentro de ti. No quiero averiguar si es o no cierto, prefiero apartarme. Además, el amor se terminó. Voy a entrar. Cuídate, el barrio es peligroso.

—Lucila se despidió y giró la llave de su puerta y procedió a abrir más la abertura para meter la motocicleta, siempre la dejaba junto a ella, pues tenía miedo de los robos. Esa era su herramienta de trabajo, sin eso estaría perdida y también tendría que pagarle a Héctor.

Después de cerrar la puerta, Miguel siguió ahí. No lo invitaría a pasar ni si lo encañonaran en su cara.

Dejó su mochila sobre la cama y se quitó las medias para enfriar sus pies y poder tomar un merecido baño. Cogió sus zapatillas de goma para caminar y acercarse al refrigerador. Ahí dentro siempre había una jarra de agua bien fría. El verano era insoportable y a ella se le hacía más difícil de soportar porque no tenía aire acondicionado, solo un triste ventilador de techo, cuya reactancia estaba gastada y debían cambiarla. Sin falta necesitaba bañarse y no solo porque le sudara el sobaco, sino también porque sufriría menos las altas temperaturas nocturnas. La habitación absorbía el calor de todo el día y al parecer lo liberaba cuando a la muchacha se le antojaba dormir.

Una vez que se bebió casi la mitad de la jarra sin acordarse de agarrar un vaso, lo recargó del grifo y lo devolvió al refrigerador.

Por la mañana se despertó con sudor en la nuca, volvió a bañarse para ir a la universidad. No debía olvidar que para ella la paz y el descanso eran cosas que solo tenía cuando dormía, el resto era estudio y trabajo.

En la universidad tuvo que entregar su trabajo que hizo el día anterior, y en un sorteo de bolillas, el tema que ella desarrolló debía exponerlo. Eso le tomó por sorpresa. Si bien hizo la tarea, Lucila sentía pánico escénico, como solía decirle a su vergüenza. Le daba pena tener que exponerse ante el público.

Se preparó unos segundos antes de exponer. Lo hizo bien, pese a que se había trabado demasiadas veces, aunque tuviese dominio del tema. La vergüenza era diferente a no saber.

Tuvo tiempo de almorzar en un lugar llamado Chicken's Bar en la zona de la universidad junto a una de sus conocidas. No tenía muchas «amigas» por falta de tiempo, por eso utilizaba el término conocidas. Luego, tomó el rumbo a su trabajo de delivery para intentar recuperar lo que había perdido el día anterior.

Ese día le había ido muy bien con más entregas, estaba cansada, pero había sobrepasado sus expectativas. Deseaba irse a su casa, pero aún faltaba una hora.

Se encontraba recostada por el mostrador, al momento en que Wanda se acercó a Lucila con un ticket y una bolsita con una caja de ibuprofeno.

—Esta entrega es para Villa Morra... —dijo la asistente de farmacia.

—¿Nombre?

—Humberto Albertini. Hoy se ha registrado como cliente.

—Excelente. Curaré sus dolores con este triste ibuprofeno... —agregó cogiendo la bolsita que le entregaba Wanda.

Capítulo 3

Lucila partió rumbo a la dirección que decía. Se dirigía a una zona hermosa de la ciudad, en donde pululaban las casas centrales de las empresas. Con lentitud iban saliendo del casco histórico para estar en un lugar al que el cliente le fuese más fácil acceder. Con los años esa zona se había vuelto comercial y los precios de los impuestos y las viviendas se dispararon.

En los tres meses que llevaba trabajando como delivery, recorrió esa zona para dejar varios pedidos, aunque ese cliente era nuevo.

Llegó a la dirección mencionada, pero no sabía cuál de todas las casas de ese barrio de gente de plata era la de su cliente. Se detuvo frente a una de ellas y se dispuso a buscar su móvil para alumbrar su ticket y ver el número de teléfono que aparecía en el registro. Quitó su otro teléfono móvil, aquel que pertenecía a la farmacia y digitó el número.

Humberto Albertini, recientemente había regresado del estudio de su maestría en Estados Unidos para encargarse de una de las empresas familiares. Como hijo único todo lo que tenían sus padres sería para él en el futuro, por eso necesitaba de mucha preparación. Estuvo dos años lejos del país y eso le hizo pensar en que, al regresar, debía regentar una por una las empresas. Correspondía buscar personas de confianza en las cuales apoyarse porque era un hecho, su padre tenía ese apoyo.

Con veintisiete años se sentía preparado para tal hazaña. De hecho, llevaba una semana haciéndose cargo de la tienda de ropas «Alberta» cuyas locaciones eran los mejores centros comerciales del país. Tenían un enorme taller de confección que él ya tuvo el gusto de conocer. Debía ajustar un par de cosas como las pagas por pieza confeccionada. Le resultaba fascinante comprender el funcionamiento de todo. Su papá había levantado un imperio en el país. Tenían desde negocios nacionales hasta franquicias internacionales, pero a Humberto, le llamaba la atención Alberta, era la empresa más nueva del grupo y la más expuesta a los desafíos del crecimiento y el mantenimiento en el mercado.

Ese día, Humberto llegó de la oficina a las ocho de la noche y no lo hizo de buen ánimo, el dolor de cabeza destrozaba su poco buen ánimo.

Su novia era una mujer de nombre Nichole Bauman, que pertenecía a una familia de la élite nacional al igual que él. Se conocieron en el club Centenario, el más antiguo y exclusivo de la capital del país, donde si no tienes un apellido de peso, no entras. Por mucho tiempo la gente esperaba el matrimonio Albertini—Bauman, pero él comenzaba a tener serias dudas.

Nichole y él no estaban en la misma sintonía. Ella sabía que heredaría sus millones y no se preocupaba por saber de dónde salía el dinero. Cuando estaba en la oficina, Nichole lo llamó desde New York, le dijo que estaba en una tienda de vestidos de novia que salía en un programa de televisión, y que le encanta un vestido de quince mil dólares. Eso era solo una excusa para decirle: «tenemos cinco años de noviazgo, es hora, Humber».

Después de esa llamada había quedado bastante estresado. No estaba seguro de que Nichole era la mujer con la que deseaba pasar el resto de su vida. Era demasiado frívola para su paciencia. Comenzaba a parecerle hueca. ¿Cómo pudo involucrarse con ella? Le gustaba, sí, Nichole era hermosa, despampanante, pero sabía que la belleza se marchitaba con el tiempo y quedaba solo el alma. Durante ese tiempo en el que estuvo estudiando la maestría, se dio cuenta de que no necesitaba de ella para ser feliz o, mejor dicho, supo que aquella lo estaba matando con lentitud.

Escuchó que su móvil sonaba junto a él en la cama. Estaba tirando, sus ojos se hallaban cerrados y su brazo derecho, cubría sus ojos para disminuir el dolor. Cogió aquello con la mano libre y respondió.

—¿Hola? —contestó a la llamada.

—Buenas noches, ¿es el señor Humberto Albertini? —preguntó la voz suave de una chica.

—Sí, soy yo.

—Soy la chica del delivery, señor Humberto. Estoy cerca de la casa, pero no sé cuál de todas es la de usted.

—Ah, sí, es la que tiene dos palmeras altas en la vereda. Salgo a la calle para que me vea.

—Vale, señor.

Ambos colgaron el móvil.

Humberto corrió para descender las escaleras.

—Humberto, te vas a caer —advirtió la señora que se encargaba de los quehaceres de la casa desde que él tenía memoria, aunque ya doña Rosa estaba curtida por los años, y la cocina era lo que mejor hacía, amaba su comida.

—Doña Rosa, ha llegado mi delivery —habló Humberto.

—Pues parece que no te duele nada, mi hijo —replicó cariñosa la señora.

Siguió su camino después de cruzarse con la mujer y salió hasta el portal que abrió para poner un pie fuera y que lo viera la chica que lo llamó.

Lucila vio a un joven alto salir de una casa de tres pisos, la más hermosa de la cuadra. Se acercó con la motocicleta hasta aquel.

—Buenas noches, señor Humberto, traigo su pedido —musitó Lucila que sonrió al ver a Humberto. Era un hombre sin dudas «*cheto*» sabía eso no solo por la casa, sino también por la forma de su cara. Su nariz era tan bien formada, su cabello era negro, sus cejas tupidas y los ojos parecían grises. Debía ser hijo de algún extranjero.

—Buenas noches. Es raro ver a una chica en el delivery, en verdad, es la primera vez que veo algo así —alegó Humberto al ver que la muchacha

se quitaba el casco de la motocicleta.

—No hay muchas, pero las mujeres vamos agarrando más trabajos, la necesidad no discrimina —rio al decirlo.

Él también rio con ella. La miró y le pareció común, guapa, pero común como cualquier otra chica del país. Tenía el cabello recogido en una coleta, era de tez blanca y juraba que sus ojos eran marrones.

—Cierto. ¿Y solo te dedicas a esto?

—No, estudio administración, espero que en algún momento surja algún puesto de oficina.

—¿Administración? También soy licenciado en administración.

—¡Qué genial! Ya sé a quién molestar cuando tenga que hacer mi tesis —pronunció a modo de broma.

—Te puedo hacer la tesis completa en un abrir y cerrar los ojos. Me gradué con honores.

—Y yo tengo una beca.

—Hay que aprovechar esa oportunidad. ¿Cómo te llamas?

—Lucila Cabral, estudio en Columbia.

—Yo estudié en la Americana...

Lucila se estaba entusiasmando con la conversación que tenía con su cliente, pero no había ido a eso.

—¿Ahora la carrera le comienza a dar dolores de cabeza? —preguntó Lucila.

—¿Por qué? —respondió Humberto.

Ella le enseñó la bolsa del pedido.

—Por el ibuprofeno.

—¡Ah, sí! —rio a carcajadas—. Te doy un consejo: prepárate para lo que vendrá, no debe faltar un ibuprofeno en tu cartera.

Capítulo 4

Lucila no dejaba de reír con el cliente que le había tocado. No solo era un *cheto* humilde, también tenía un gran sentido del humor. Le resultaba fascinante trabajar con personas así, amables y que gustaban de hacer conversación y que no la trataran como si fuese la empleada. Le encantaba que la respetaran en su trabajo.

—Lo tendré en cuenta, señor Albertini... —dijo Lucila entre risas.

—Me siento viejo cuando me dices señor, soy Humberto. Puedes llamarme así. Es probable que te vea en más ocasiones, siempre tengo alguna que otra dolencia.

—Entonces voy a ser como su médico de cabecera. Mi turno es el de la tarde, Humberto —correspondió con confianza—. De mañana estoy en la universidad.

—Estoy sorprendido de que estudies y trabajes, Lucila. Es sorprendente. En algún momento tal vez el *holding* de empresas de mi padre pueda promover becas. No sabes sobre la cantidad de desertores después del segundo año de universidad. Pocos son los que llegan a terminar.

—Sí. Muchas veces la necesidad obliga. En fin, tengo que irme, gano por cada pedido que entrego. Me encanta la plática. Quizá pronto vuelvas a llamar a la farmacia, con mucho gusto entregaré tu pedido.

—Disculpa, me gusta hablar mucho. Es seguro que pronto nos volvamos a encontrar, Lucila —pronunció Humberto para despedirse.

Él procedió a pagar y Lucila le sonrió a la vez que le entregaba el cambio.

—Un placer conocerte, Humberto.

—El placer ha sido mío. Adiós, Lucila...

—Adiós...

Ella se colocó su casco e intentó encender la motocicleta. Una vez que logró su objetivo, levantó su mano para despedirse de un cliente especial. Sonrió después de abandonar el sitio. Ese hombre le había gustado mucho, no solo porque había estudiado administración de empresas, sino porque también era guapo, demasiado. Lucila consideraba que la gente de plata era más guapa que aquellos que no la tenían. Era probable que hasta su genética fuese diferente a la de los pobres.

Lucila se creía bonita en ocasiones. Era extraño. Un día se decía que era hermosa y otros era mejor considerar asaltar un banco y pagar una cirugía estética.

Cuando regresó hasta la farmacia para rendir los cobros por las entregas, se encontró pensando en el cliente del ibuprofeno. Rio como tonta por la conversación que habían tenido. Por lo general los ricos no

conversaban mucho con los trabajadores, al menos era lo básico. En cambio, quienes eran pobres, le decían que era peligroso el trabajo, no solo porque era mujer, había otros peligros involucrados como la gran cantidad de accidentes en motocicleta que se registraban en la capital del país. Todos iban a parar a emergencias, si no acababan muertos, terminaban amputados. Sabía que corría riesgos, pero intentaba que ella no fuese parte de las estadísticas.

—¿Hay algún último pedido? —preguntó Lucila que después de eso bostezó. Casi devoró a la asistente de farmacia.

—Ya vamos a cerrar. Dudo mucho que alguien quiera algo más. Es mejor que esperemos un poco. Mientras podemos conversar —dijo Wanda.

—De lo que quieras, mi estimada, de lo que quieras —aceptó Lucila que, aunque estaba muy cansada por el trajinar del día, nunca se perdía un chisme.

—¿Qué pasó con tu novio?

—Hace mucho que terminamos. No recuerdo si te conté que se atrevió a levantarme la mano. Eso es imperdonable. Ayer le encontré frente a mi arriendo. Decirte que algo me subió hasta la garganta, es poco. No puedo con él y no voy a regresar a una relación así. Estoy muy bien sola, apreciando a los clientes de la farmacia. Ese señor Albertini... ¡Amiga! Era un sueño. Joven y excesivamente guapo. No deberían existir personas así. Pude haber chocado mi motocicleta pensando en él todo el camino.

—¡Oh, sí! Los clientes en ocasiones son una tentación. Quizá tengamos suerte alguna vez y pesquemos a gente de plata que nos quite de la pobreza —alegó la dependiente.

Las dos chicas rieron sin parar. El sueño de Cenicienta no era para todas. Que alguien las sacara de la pobreza era una proeza.

Al llegar el momento de acabar con el trabajo, Lucila se despidió de todos y se dispuso a regresar a su casa después de un arduo día de trabajo. Se encontraba cansada. Por fin estaba a punto de llegar y tocar su almohada con la cabeza, en verdad que lo ansiaba. No había nada mejor que dormir luego de estudiar y trabajar. Deseaba un descanso de la facultad. Cuando acabara el semestre, lo disfrutaría mucho. Podría descansar un par de horas más.

Después de abrir la puerta de su pequeño lugar de reposo, procedió a meter la motocicleta dentro. Era su rutina de todos los días. Se despojó de su mochila y de sus zapatos, al igual que también lo hizo de los móviles. Los colocó sobre la cama. Se propuso enfriar sus pies antes de pisar el suelo frío.

A la vez que aguardaba ese proceso, cogió el móvil de la farmacia y guardó el número de los clientes del día con nombre. Cuando llegó el turno de Humberto Albertini, agarró su línea particular y asimismo lo guardó en él. No sabía para qué. Tal vez se trataba de calentura. No era la primera vez que le atraía alguien. No se trataba de que fuese o no enamoradiza, sino que apreciaba la bella del sexo opuesto. Mirar hombres que estaban tan fuera de su alcance era como un vicio.

—Debería comprarme un consolador y no estar guardando números telefónicos que no me servirán. —Se dijo en voz alta.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

El dolor de cabeza de Humberto desapareció después de su conversación con la chica del delivery. Ella lo había tranquilizado en lugar de alterarlo como lo hacía su novia. Esa era la diferencia entre la gente pudiente y quienes no lo eran. Esa jovencita trabajaba de algo que él ni siquiera imaginaba que podía hacer una mujer. Se montaba en una motocicleta y era evidente que tejía entre los automóviles en pleno tráfico. Era un trabajo peligroso, pero ella lo hacía porque necesitaba ese dinero.

Guardó el ibuprofeno que compró para otra ocasión. Últimamente sufría de muchos dolores de cabeza. Esperaba no recibir ningún mensaje de Nichole que lo pusiera de malhumor. Debía considerar cortar esa relación. Además de dejar la casa de sus padres, que era en donde estaba viviendo. Los negocios inmobiliarios estaban en pleno auge, por lo que un día antes contactó con unos desarrolladores para comprar una unidad en un edificio. Quería vivir solo. De esa manera evitaría que su familia lo estuviera persiguiendo para contraer matrimonio. No quería, al menos no con Nichole. Ella lo había cansado con su forma de ser. Él se veía con alguien más empática y menos antipática que su actual novia, pero ¿cómo echaba por la borda tantos años? Ella le haría la vida imposible, era rencorosa como el diablo.

Se recostó en la cama para revisar su ordenador, pero sintió la vibración de su móvil. Era un mensaje de Nichole.

Nichole:

Humber, tengo que contarte que me probé tantos vestidos como pude. ¡Fue lo mejor que he vivido! ¿No te parece que es momento de... ya tú sabes?

Humberto miró la pantalla y decidió que necesitaba el ibuprofeno que había guardado. Debía responderle.

Humberto:

Ah, me alegro. Nichole, creo que debemos conversar sobre este asunto. Te diré la verdad, no estoy seguro de querer casarme todavía...

Él esperó una respuesta, pero en lugar de eso, recibió una llamada. Era de ella.

—Nichole... —pronunció con dudas.

—¿Cómo es eso de que debemos conversar? ¡Son cinco años, Humberto! —gritó la chica, histérica del otro lado—. Espera a que se lo cuente a mis padres y ellos hablen con los tuyos.

—Somos adultos, Nichole. Podemos resolver este asunto tú y yo sin que ellos se metan, al fin de cuentas quienes están involucrados somos nosotros.

—¡Pero no es lo que esperan mis papás, Humberto, y menos los tuyos! No me harás pasar vergüenza con tu tontería. Piensa bien en todo porque yo voy a hablar con mi papá y no se va a alegrar.

—Haz lo que quieras, Nichole, voy a dormir. Buenas noches. —
Humberto cortó la llamada y suspiró con fuerza.

El móvil volvió a sonar, seguía insistiendo su insoportable novia. Prefirió no contestar. Estaba harto de las niñerías. ¿Por qué tenía que amenazarle con contarle a sus padres? Debía apresurar su mudanza para escapar del yugo de sus progenitores quienes insistirán para que se case. No quería que lo obligaran o le convencieran con el qué dirán sus amistades de los altos círculos sobre el heredero del imperio Albertini.

Por la mañana, Humberto se preparó para ir a las oficinas del grupo de empresas. Estaba a cargo de «Alberta» que era la marca de ropa nacional para damas. Aquella idea en un principio fue suya, pero quien la había llevado a cabo fue su padre.

Él esperaba aumentar las ventas con las personas que contrató para el área de diseño de vestuario. Las ventas eran buenas, estaban en los centros comerciales más importantes, la clientela era adinerada y pagaban mucho dinero por las prendas de Alberta, pues eran de alta calidad, con telas importadas y una costura impecable. Ninguna prenda podía pasar a la venta sin el estricto control de calidad.

—Buen día, licenciado Albertini —saludó su secretaria.

—Buen día, Cassia, ¿qué hay para hoy en mi agenda? —preguntó Humberto.

—Hay una reunión a las 11:00 horas de la mañana, firma de cheques y autorizaciones de transferencias internacionales a las 15:00 horas y los estados financieros que solicitó ayer, los tengo en el escritorio. Se los traigo ahora mismo.

—Gracias...

—Ah, y la señorita Nichole no ha dejado de llamar desde las 07:30 horas de la mañana, licenciado.

—Dile que le devolveré la llamada —mintió.

—Sí, licenciado.

—Quiero que el gerente de recursos humanos venga. Ayer la tesorera se quejó de que tiene que hacerlo todo sola. Tengo que mirar el organigrama y ver qué cambios se necesitan o ver si debemos contratar a una nueva persona.

—En un momento llamo al gerente.

Su secretaria se retiró y Humberto se acercó al ventanal del edificio que tenía vista a una de las avenidas principales de la capital. Era alguien que tenía muchos privilegios, aunque a la vez el peso de esos privilegios, podían sentenciarlo. El asunto con su novia lo mantenía en vilo. Al recordar eso, se acercó a su escritorio y descolgó la línea para llamar a su secretaria.

—Licenciado... —contestó la voz de Cassia.

—Llama al emprendimiento inmobiliario con el que estaba en tratativas. Necesito conversar con ellos. Es lo más importante y urgente. Quiero tener prioridad para esto.

—Sí, licenciado. Le comunico con ellos en cuanto contesten el teléfono.

—Gracias, Cassia.

Él colgó su teléfono, y se sentó a esperar. Debía comprar unos cuantos muebles para poder vivir en algún edificio en solitario. Seguir con sus padres era algo que lo perjudicaba. Si Nichole llamaba a todos para alarmarlos, no quería saber las consecuencias de aquello. Era evidente que no recibiría el apoyo de su familia. Lo que le dijo anoche fue casi sin pensar, una especulación, aunque eso le rondaba la mente. Se tomaría el tiempo para pedirle disculpas a la muchacha, no debió actuar de manera impulsiva.

Sí tenía serias dudas sobre si era sostenible un matrimonio entre ellos, pero tenían cinco años juntos. Era probable que pudieran estar casados hasta que la muerte los separara, pero si eso ocurría, sería solo porque él lo decidía y no porque sus padres lo obligaran. Por eso debía abandonar su casa y buscar su independencia.

Capítulo 6

Lucila bostezaba en clase. Había dormido de maravilla, pero debía admitir que estaba cansada del trajín de estudiar y trabajar. Su espalda comenzaba a dolerle por la tensión que le producía conducir la motocicleta.

En cierto momento, no se había dado cuenta que se había quedado dormida, pero el codazo de su amiga la hizo reaccionar.

—Lucila, despierta, no puedes dormir en clase, te van a regañar —dijo Analía, una de sus compañeras que tenía veintisiete años e iba por su segunda carrera en la universidad. Compartían algunas materias que no se pudieron convalidar por la universidad.

—Yo sé, pero te juro que me estoy cagando de sueño. No sé qué sucede conmigo. Siento mucho cansancio...

—Debe ser que extrañas tener novio o salir... Hoy es viernes y te aseguro que irás a tu alquiler para dormir.

—¿Cómo adivinaste mis hermosos planes después del trabajo? Tendría que cambiar de turno para poder trabajar en el horario diurno y en una oficina.

—Sí, deberías buscar un trabajo que tenga que ver con lo que haces. Dentro de poco dirán: «la licenciada Cabral hace de delivery para una farmacia».

—No me da pena, aunque tienes razón. Lo que necesito ahora es comer y pagar el arriendo.

—Te invito esta noche aquí cerca, al salir de currar. Sales a las 23:00 horas, ¿no?

—Sí. No creo que pueda sobrevivir. Me resulta difícil estudiar, trabajar e ir de fiesta.

—Ay, Lucila, una vez no te hará daño. Deja de pensar demasiado y acepta. ¿Cuántas veces tienes la oportunidad de que alguien coincida contigo para invitarte una cerveza? También a lo mejor conocemos a unos jóvenes o a señores de unos cuarenta años que solucionen todos nuestros problemas económicos... —dijo Analía entre risas.

—No quiero un señor de cuarenta años —rio al decirlo—. Estoy curada del amor, al menos por unos dos años. Me enfocaré en acabar la carrera y sobrevivir.

—Está bien, nos arriesgaremos a pasar una noche de mujeres...

Los viernes tenían un sabor especial para Lucila. Cuando llegaba este día de la semana, significaba que al día siguiente no iría a la universidad. Podía dormir más horas, aunque el sábado debía trabajar por la tarde hasta la noche en el servicio de delivery. Le importaba poco porque al menos descansaba y eso era lo importante.

Por la tarde, llegó a la farmacia para comenzar su turno. Tan solo al entrar, la asistente de farmacia tenía tres bolsas listas para entregar y también el pos y las facturas.

—Hola... ¿Tanto solo al llegar? —preguntó Lucila sorprendida para bien.

—Son para el mismo lugar. En un *holding* de empresas. Algunas decidieron aprovechar el descuento de los viernes, querida. Ya sabes que es así... El local queda sobre la avenida Santa Teresa.

—Sí, *shampoo*, desodorante, perfumes... En fin, es lo convencional. Volveré pronto.

Lucila metió en la mochila las tres bolsas, las facturas y el pos para entregar el pedido. Subió a la motocicleta y se colocó el casco.

Pensaba en la dirección a la que debía ir y preguntar por los nombres de las personas que figuraban en los comprobantes. Una vez que dejó la motocicleta en el edificio, habló con el portero para que la dejara pasar. El hombre de la entrada le dijo que esos nombres pertenecían a las oficinistas del quinto piso, y a otra del tercero.

Empezaría por abajo para luego dirigirse hacia arriba. Entregó el pedido a la licenciada Cynthia Velázquez del área comercial en el piso tres. Vio a la clienta, satisfecha con su compra. Se la enseñaba a sus compañeras de trabajo.

Una sonrisa se formó en el rostro de Lucila. Pensaba que en algún momento ella estaría en un lugar como ese. Si bien, le gustaba andar montada en una motocicleta, sabía que no era el futuro que esperaba. Se ganó una beca, y no para ser la chica del delivery para siempre. Como cualquier persona, muchas veces soñaba despierta con una gran casa, un automóvil del año y un trabajo estable, aunque todo se fuera al demonio cuando Miguel se comportó de una manera inconcebible.

Ella no podía inmiscuirse en los matrimonios de sus padres o de su hermana para frenar los abusos a los que eran sometidas las esposas por sus maridos, pero sí podía escoger lo que ocurriría con su vida. Quiso mucho a su ex novio; sin embargo, no era suficiente para tolerar sus mañas. Un día podían ser gritos, y al otro, golpes. Lucila quería salir del círculo de la miseria y los conflictos. Estaba decidida a lograrlo.

Hizo su entrega con lentitud para disfrutar de sus sueños, mientras estudiaba minuciosamente su entorno. Las oficinas ambientadas con luces led, plantas artificiales y cuadros de paisajes era lo primero que veía en el quinto piso. Leyó un cartel que decía: Administración.

Miró de izquierda a derecha en la búsqueda de alguien que pudiese guiarla para encontrar a sus demás clientas. Se decidió por el lado derecho y caminó hasta encontrar a una mujer elegante sentada frente a su escritorio, tecleando con rapidez. La muchacha dejó de teclear y cogió unas carpetas, esperando a que sus impresiones salieran de la impresora. Lucila consideró preguntarle a esa joven lo que necesitaba.

—Disculpe, señorita, estoy buscando a Lourdes Pacheco y a Marcela Aponte —dijo Lucila.

—Buen día. Ellas están en la oficina de contabilidad. Es por el lado izquierdo. Vas por el pasillo y te encontrarás con la puerta del departamento —habló la mujer.

—Muchas gracias.

Lucila fue hacia donde le indicó la que parecía ser una secretaria y no encontró la oficina de contabilidad. ¿Sería posible que tuviese dos izquierdas o no lo entendió bien?

Masculló una maldición y regresó sobre sus pasos para buscar otra vez a quien le dio las indicaciones. Esperó por un instante a que apareciera la secretaria de cabello rubio con alisado permanente. La vio regresar a su sitio y se acercó de nuevo.

—Disculpe... No encontré la oficina de contabilidad —comunicó Lucila, avergonzada.

—Creo que no me expresé bien, disculpa, estaba un poco apurada... Te llevaré... —La oficinista se levantó de su asiento para ayudar a Lucila.

—Cassia, ¿podrías agendar...? —Humberto no acabó de decir lo que quería. Se fijó en la joven que tenía una remera de tela piqué en color verde oscuro, que llevaba el casco en el codo y también una mochila en la

espalda. Aquella muchacha tenía las mejillas rojas, como si estuvieran quemadas.

—Diga, licenciado... —pronunció Cassia, colocándose a su servicio.

Lucila no podía creer su suerte. Aquel era el cliente tan atractivo que conoció cuando llevó el ibuprofeno. Ese país era un verdadero pañuelo.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

Humberto se sorprendió al encontrar en ese lugar a la chica del delivery a la que había conocido por la noche. Era increíble que esa ciudad terminara siendo tan pequeña. Tronó los dedos intentando recordar el nombre de joven.

—¿Lucía, no es así? —interrogó.

—Lucila... —Lo corrigió sonriente. Era bueno alimentar su vista de vez en cuando—. ¿Y el ibuprofeno? ¿Te hizo bien?

—¡Perdona mi tontería! No soy muy bueno con los nombres. Tengo el ibuprofeno en el cajón... Hmm... Sería absurdo que pregunte qué haces por aquí...

—Y para mí también sería tonto preguntar por el trabajo que tienes aquí.

—¿No quieres pasar a mi oficina y conversar?

—Me encantaría, pero tengo que regresar a la farmacia. Ya debo tener pedidos acumulados, es viernes de descuentos...

—Entiendo. Ya sabes dónde encontrarme, Lucila. Soy el dueño de Alberta, puedes pasar junto a mí cuando quieras.

—Por supuesto. Lo más probable es que le ruegue por un puesto en administración... —Lucila se carcajeó y miró a la secretaria de nombre Cassia—. ¿Dónde queda contabilidad?

—Te llevo... —dijo Cassia.

—Cassia, agenda a la gente del departamento que quiero comprar. Yo acompañaré a la señorita Lucila.

La asistente se quedó boquiabierta. El dueño de la empresa guiaría a una trabajadora común. Sabía que Humberto era una persona diferente a cualquier otro patrón, pero no se imaginó que fuese tanto.

Lucila se sorprendió por la amabilidad de Humberto. Cuando le llevó el calmante a su casa, supo que él era amable y no un engreído. Le agradaba cada vez más. Él parecía ser de esos amores platónicos. A esa hora del día podía distinguirlo mejor. Era alto, de cabello oscuro, sus ojos eran azules, y no grises como creyó la primera vez que lo vio, aunque eso no le restaba atractivo.

Humberto le indicó a Lucila que siguiera la señal que le hacía con la mano. Él la vio con sus mejillas quemadas por el calor. Era evidente que su casco no tenía bisagra y que por esa razón tenía la marca. La observó con más detenimiento. Tenía un vaquero y su remera verde. También tuvo la misma percepción que antes: era una chica común, no parecía relatar demasiado con sus ojos pardos y su cabello castaño, pero a él algo le resultaba agradable y tal vez fuese el aspecto común de su vida lo que llamaba su atención.

—¿Sabías que la gente de administración y contabilidad es la que está más hacinada en todas las empresas y cuya valoración es nula y su rotación de personal bastante alta? —preguntó Humberto para hacer conversación a su acompañante.

—¿Me dirás también que seré mal pagada? —replicó Lucila con humor.

—Sí. Nadie quiere pagar mucho por un personal que abunda. Puedes reemplazarlo si se siente que es una carga. Hay muchas personas esperando cubrir un puesto administrativo. La demanda de personal en ese ámbito es alta, y ya sabes la razón: mucha mano de obra barata.

—Suena horrible...

—Tienes que saberlo. En el mundo en el que ingresas, tendrás mucha competencia. No basta con trabajar bien. Hay ciclos que cumplir y los primeros en romper los ciclos son los administrativos. Imagino que tocarás estos temas en administración del personal. Lo único cierto es que la universidad no te prepara para la realidad. Lo aprendí aquí, cuando vine a poner en orden esta empresa. Muchos principios pueden usarse para lavar los baños...

—En verdad... Me estás animando a dejar la carrera, Humberto, o tal vez me dé más miedo trabajar para ti.

—Creo que soy un patrón justo. Estoy poniendo a prueba mis conocimientos y paciencia. Intento tener a la gente más eficiente a mi disposición.

—Es obvio que el patrón busca su propio beneficio, pero muchas veces con la mentalidad de empleado siempre terminamos satanizando a quien nos paga el sueldo...

—Cada quien lo ve desde el punto de vista de su conveniencia y ambos son válidos. Aquí está el departamento de los raritos... No hablan mucho, todo el tiempo tienen alguna factura en la mano o intentan explicarte algo de hacienda que es difícil de entender para cualquier mortal. Suerte en tu entrega, Lucila. —Se despidió Humberto con una palmada en el brazo de la chica.

—Gracias por el susto, Humberto. Lástima que no pueda cambiar de carrera. Hubiese seguido enfermería.

—Nunca tarde. Fue un gusto verte... Que estés bien.

Lucila levantó la mano para despedir al dueño de la empresa y emitió un suspiro antes de golpear la puerta de contabilidad.

Después de entregar sus pedidos, regresó hacia donde se encontraba la asistente de Humberto y se despidió de ella con un gesto de la cabeza que la muchacha correspondió.

Suspiró al salir del aire acondicionado de la empresa para sufrir el sol abrasador de la tarde. Deseaba que fuesen las diez de la noche para que la temperatura bajar a unos 30 grados que eran más soportables que los casi 40 grados a los que se enfrentaba.

Subió a su motocicleta y se colocó el casco para partir de nuevo a recoger más pedidos que pudieran surgir.

Para un par de horas después, concluyó que una cerveza no le haría nada mal antes de irse a dormir. Le avisaría a Analía que la alcanzaría para tomar cerca de la universidad. También se merecía unos gustos, no se le iría la vida en una lata de helada y espumosa cerveza.

Ese viernes había sido terrible para ella por la cantidad de pedidos, pero eso resultaba conveniente, porque ganaba dinero por cada uno de ellos. Los días de descuentos y promociones eran los mejores, pese a odiarlos, también los amaba.

Para las 23:00 horas, ella se disponía a abandonar el lugar. Se quitó la remera verde del trabajo y la guardó en su mochila. Tenía una sudadera que le ayudaría a no ir con ropa del curro. Eso podría ser perjudicial no solo para la empresa en la que trabajaba, sino también para ella. No se vería nada bien a un empleado con una lata de cerveza y el uniforme laboral.

Capítulo 8

Lucila llegó al local en el que le dijo su amiga de la universidad que ella estaría. La buscó por unos instantes hasta que la encontró con otros compañeros de la facultad. Algunos se estaban retirando porque les tocaba trabajar sábado por la mañana.

—¡Analía, te juro que pensé que no estarías! —expresó aliviada.

—Todavía seguimos aquí, queda un poco de la picada que pedimos —dijo Analía.

—Comeré antes de beber, ya que se me subirá pronto si no lo hago.

Ella se sentó para compartir con el resto de sus compañeros con los que tenía materias comunes. Muchas veces eran de las carreras de contabilidad, marketing, comercio internacional e incluso ingeniería informática.

Se divertía con los que todavía quedaban en el sitio. En algún momento debía distenderse un poco. La música estaba alta y las luces comenzaban a moverse de otra manera. Su cuerpo le pedía que se desinhibiera un poco, aunque sin beber demasiado porque debía ir en motocicleta a su alquiler.

Compartían la mesa entre tres en ese momento. Una chica de informática que se llamaba Ingrid, Analía y Lucila. Reían haciendo chistes

y recordando lo que había ocurrido en el día y también durante la semana.

En un instante que se fijó en la hora; que le indicaba que era media noche, igualmente miró hacia la entrada del establecimiento. Creyó que estaba teniendo una alucinación. Era Humberto Albertini pasando el umbral.

—¡Analía, mira a ese tipo! —habló Lucila como si estuviese gritando y le señaló hacia el hombre de aspecto atractivo que estaba cerca y se dirigió a una mesa para saludar a los que serían sus amigos.

—¡Está guapo! pero ¿qué tiene? —replicó su amiga que se colocó más cerca de ella para que la escuchara.

—¡Es un cliente de la farmacia! ¡Es dueño de una empresa, es un tipo *cool* y me gusta!

—¡A quién no, nena! ¡Es un bombón! ¡Hay que hablarle! —sugirió su amiga.

—¡No, no, no! ¡Qué vergüenza!

—¡Estás soltera y si él está aquí también significa que es soltero!

—¡Analía, es un cheto! ¡Está cagado en plata!

—¡Pues tú necesitas alguien que te cague plata! ¡Agarra tu cerveza y vamos a saludar al papi cheto! —alegó su amiga que tal vez estaba un poco

entonada por los tragos que se había bebido.

La pobre Lucila se vio arrastrada por el ímpetu de Analía. Se dirigían directo a una vergüenza sin boleto de regreso.

Humberto había tenido un día pesado. Había salido de la oficina a las seis de la tarde, después fue a realizar algunos controles en las tiendas de Alberta y luego fue a su casa en donde no encontró a nadie. Sus padres debieron salir a cenar, entonces, recibió un mensaje de unas amistades que le preguntaron si no quería reunirse con ellos. Era mejor eso a quedarse en su casa con el móvil en la mano y los insistentes mensajes de su novia, o su ex; no lo sabía a ciencia cierta, estaban distanciados en ese momento.

—Humberto, ¿quién te ha atropellado? —preguntó Walter en un tono alto, aunque no gritando, pues en donde ellos se encontraban todavía podían charlar.

—El trabajo. Estoy dirigiendo la empresa que fundó mi papá —contó.

—¿Por qué mejor no contratas a un buen gerente? ¿Eres tacaño? Yo lo hago con una franquicia extranjera. Lidiar con los empleados es lo peor que puede pasar —sugirió y opinó Nicolás, su otro amigo.

—Porque no en vano fui a capacitarme en el exterior. Puedo quedarme a morir en casa, ir al gimnasio, jugar tenis en el Centenario o paddle con ustedes, pero no sabría lo que me interesa. Si mañana se muere mi padre, yo sabré exactamente cómo mantener sus empresas. ¿Qué pasa si contrato

personas que saben más que yo? Pueden verme la cara. Una vez que conozca todo sobre el negocio, contrataré a alguien.

—Eres extremo. Mejor toma algo para relajarte. ¿Cómo van las cosas con tu novia? —indagó Walter—. Ella me ha estado escribiendo desde ayer para saber de ti.

—No comprendo por qué tiene que molestar a todo el mundo para saber de mí. Le he dicho que me deje en paz. Por causa de su insistencia no puedo escuchar ni siquiera mis pensamientos. No me quiero casar, no sé, no estoy seguro y ella no para de presionar, y de apretar en la herida.

—Es mejor que no te cases. Yo pude salir solo porque Julieta quiere saber qué ha ocurrido entre ustedes. Como es amiga de tu novia... —confesó Nicolás, el único que estaba casado.

—De no ser por Nichole, no nos hubiésemos reunido. Debemos brindar por ella. ¡Bebamos a su salud! —propuso Humberto, burlón.

Los tres brindaron entre carcajadas. Cualquier excusa era buena para estar con los amigos.

El brindis se vio interrumpido por el acercamiento de dos chicas.

—Buenas noches —pronunció Analía, pues a su amiga las palabras no le salían de la boca.

Los tres hombres de la mesa dirigieron sus miradas a las mujeres.

—Tengo suerte de encontrarte siempre, Lucila —musitó Humberto, sonriente. Se levantó de su asiento y se acercó para darle besos en la mejilla a la muchacha.

«¡*Oh, my God!*», se dijo Lucila. Él olía a un costoso perfume, mientras ella tenía el aroma de todo un día en la calle. Era una vergüenza, aun así, Humberto Albertini la saludó de besos.

—Parece que comienzo a perseguirte, Humberto —bromeó avergonzada—. Ella es Analía, una compañera de facultad.

—Qué tal, Analía. Ellos son mis amigos, Walter Sigaud y Nicolás Galanti —presentó Humberto.

Los amigos de Humberto eran menos animosos, pero saludaron a las chicas.

—Nuestra mesa es la que está allí si quieren acompañarnos —alegó Analía que les mostró el lugar en donde estaban.

—Muchas gracias por la invitación, es probable que las alcancemos después —dijo Humberto sin desear comprometer a nadie.

—Solo vine a saludar porque le reconocí. Nos veremos pronto. Chau... —se despidió Lucila.

Las dos chicas se despidieron y regresaron a su mesa. Humberto se sentó y miró a sus amigos.

—No iré a ningún sitio, estoy casado —avisó Walter.

—Yo tengo que retirarme temprano, hay otros compromisos que atender... —habló el otro.

—Entonces conversemos un rato y cada quien por su lado. Yo voy a ir junto a esa chica, Lucila. Ella se dedica a hacer de delivery para una farmacia. Me parece impresionante que una mujer se atreva a tanto —agregó Humberto que contaba aquello con entusiasmo.

Él sí que iría a tomarse unas copas con la chica del delivery. Todavía la noche era joven y no pensaba desaprovecharla.

Capítulo 9

Humberto se quedó junto a sus amigos casi a las 01:00 a.m., y después se fijó si Lucila seguía en el local. Sobre la mesa de las chicas había muchas latitas de cervezas, por lo que eso le indicaba que más de una de ellas estaba mareada.

Se dirigió hacia la mesa y se sentó justo en el lugar vacío que se encontraba junto a Lucila.

Ella casi se desvaneció al ver que Humberto se acercaba. Pese a que intentó tomar poco, sabía que había bebido más de lo debido, solo no quería parecer una mujer ebria que terminaría avergonzada frente a un joven guapo.

—¡Disculpen la tardanza! ¡Tenía que aprovechar que mis amistades por primera vez tienen permiso de salir! —dijo a las tres mujeres de la mesa.

Ellas se rieron y Analía le pasó una de las latas de cerveza para que las acompañara.

—¡Ella es Ingrid! ¡Todas estudiamos en la misma universidad! ¡Ingrid comparte con nosotras algunas materias comunes! —comentó Lucila en voz alta para que la escuchara. La música estaba más que fuerte.

—¡Hola, Ingrid, un gusto...! —saludó Humberto.

—¡Hola! —respondió Ingrid, a la que ya le habían contado de quien se trataba.

Él conversó un poco sobre su vida y Lucila hizo un par de acotaciones que le parecieron divertidas. Pasó una mejor noche con tres desconocidas más que con sus amigos.

Lucila miró la hora en su móvil y no se había dado cuenta de que eran las dos de la mañana. Era muy tarde para aún estar en la calle. Debía retirarse y eso le molestaba bastante porque quería quedarse con Humberto Albertini. Le parecía un hombre divertido.

—Bueno... Tengo que irme. Necesito descansar. ¡Mañana tengo que trabajar! —alegó Lucila con una mueca graciosa.

—¡Yo también debo irme! ¡Te acompañaré hasta la salida, Lucila! —musitó Humberto.

La muchacha asintió y tanto ella como Humberto se despidieron.

—¿No quieres que te lleve, Lucila? —preguntó él una vez que estuvieron fuera del local.

—No, yo tengo la motocicleta.

—¿Crees que puedes conducirla? Vi que bebiste un poco.

Lucila se sonrojó y sintió vergüenza por lo que él le dijo.

—Sí, y tú también bebiste. Tampoco eres alguien digno de confianza —replicó.

—Pero yo puedo beber mayor cantidad sin que eso repercuta en mi forma de conducir.

—No iré con nadie. Tengo mi motocicleta —repitió.

—Entonces te seguiré para asegurar tu llegada. ¿Te parece?

—Bueno, pero no tengo una casa. Alquilo una pieza ya que soy del interior del país.

—Interesante. No importa eso de la casa, Lucila, te acompañaré. Para las mujeres es peligroso andar solas y más un poco "*guachinas*" como te encuentras ahora.

—¡No estoy borracha! Estoy perfectamente bien. Sígueme, no tengo inconveniente. Es más probable que te duermas al volante antes de que yo lo haga en el manubrio.

La joven caminó hacia su moto, cogió el casco y se lo colocó en la cabeza. Después buscó a Humberto con la mirada hasta que escuchó un bocinazo que venía de una camioneta bastante lujosa, sin duda, un BMW. Bajó uno de los vidrios y le hizo una seña antes de decirle: «te sigo».

Dios le daba pocas oportunidades en la vida. En ese momento un vehículo lujoso la escoltaba hacia su humilde morada. La había visto achispada y por eso la estaba cuidando. Qué vergüenza. Nunca más bebería de esa manera. No sé sentía tan mareada, aunque el camino en ocasiones se le hacía un tanto estrecho.

Humberto seguía a la muchacha de la motocicleta. El barrio en el que ingresaban era bastante oscuro y esperaba que no fuese muy peligroso para Lucila y tampoco para él.

La vio subir sobre una vereda y apagar su motocicleta. Se detuvo frente a una construcción pequeña y observó que ella sacaba una llave para abrir la puerta que daba a la calle.

Otro automóvil se colocó frente al de Humberto y de él descendió un muchacho alto y delgado que se acercó a Lucila. Humberto se asustó, creyó que podía ser un asaltante.

—Buenas noches, Lucila... —dijo una voz que ella conocía. Dejó de intentar abrir su puerta y se volteó para ver.

—Miguel, ¿qué haces aquí? Te dije que no quería verte otra vez. ¿No fui clara contigo? —increpó Lucila que miró hacia la camioneta de Humberto. Aquel había parado el motor.

—Quiero hablar contigo, pero como siempre me ignoras en el móvil tuve que venir. Estaba cerca en casa de un amigo cuando te vi pasar —explicó Miguel.

—No tengo nada que hablar contigo. ¿Te puedes retirar?

Miguel se acercó y la cogió de la muñeca. Ella intentó zafarse, aunque sin éxito.

—¡Oye! —masculló Humberto que se acercó—. Deja a Lucila.

—¿Y él quién es? —interrogó Miguel que miró hacia la camioneta. Al parecer su ex novia estaba apuntando más alto en esa ocasión.

—¿Quién eres tú? —interpeló Humberto decidido a amedrentar a ese hombre.

—Soy el novio de Lucila.

—¡Ex novio, Miguel! ¿Por qué mientes? —discutió Lucila, molesta.

—Ah, su ex. ¿No te dijo que ya tiene novio nuevo? —Humberto se estaba metiendo en un problema hasta el cuello.

—¡Mierda, Lucila! ¿En serio? ¿En serio este tipo es tu novio? —señaló Miguel a Humberto.

Lucila no sabía qué decir. Debía seguir la corriente a Humberto o lo desmentía.

—Sí, es cierto. Hace tiempo que sabes que ya no te quiero. No quiero nada más contigo, Miguel. Lo que teníamos se terminó.

—No te va a durar este noviazgo, Lucila. Te lo puedo jurar —farfulló Miguel que hizo girar su llave en su mano. Se quedó viendo de mala manera a Humberto y después retrocedió unos pasos antes de retirarse hacia su vehículo.

Al momento en que Lucila vio que el automóvil de Miguel se alejaba, respiró aliviada.

—Es una suerte que te acompañara, Lucila. Si yo no estuviera aquí quién sabe qué te hubiese hecho ese tipejo.

—En verdad te agradezco por haber mentido. Si no estabas aquí, las cosas se hubieran puesto más difíciles.

—¿Puedo pasar a tu casa?

—Es un lugar pequeño, pero adelante...

Capítulo 10

Lucila giró la llave para que la puerta pudiera abrirse. Hacia el lado derecho estaba el interruptor de la luz, lo apretó y un solo foco iluminaba toda la habitación.

—Pasa, por favor. No te fijes en el desorden. Estaremos un poco apretados porque necesito meter la motocicleta; el barrio no es tan seguro.

Humberto dio unos pasos dentro de una pequeña pieza. Todo lo tenía a mano. Una cama, lo que sería la cocina, la sala y una puerta que dividía el baño del salón principal y único. Nunca había entrado a una casa con casi nulas cosas.

Mientras empujaba la motocicleta, veía a Humberto parado en el lugar. Le daba vergüenza que viera el sitio donde vivía, pues él era un hombre adinerado y ella no entendía por qué la había acompañado hasta su morada.

—Es un espacio justo —comentó al ver que el elemento de trabajo de Lucila sí robaba bastante espacio.

—Puedes sentarte en la cama. No hay otro sitio —indicó ella.

Él aceptó sentarse en el lecho y ella después hizo lo mismo.

—¿Ese era tu ex novio? —curioseó Humberto.

—Sí, aunque parece que no quiere entender.

—Ya entiendo las razones por las que este es un barrio peligroso. Es por él más que por otras personas.

Ella rio al oírlo decir eso.

—Él y yo terminamos hace tiempo. Vivíamos juntos y él me golpeó una vez. Me trataba como si fuese su empleada doméstica, entonces aquí me tienes. Te preguntarás por qué no voy con algún pariente, pero eso es más difícil. Salí de casa de mi hermana porque sabía que la golpeaban como a mi madre y que ella no le pondría fin a ese círculo. Preferí huir antes que aconsejarla. Cuando yo caí en lo mismo, dije que no dejaría que nadie se aprovechara de mí de esa manera, ni por más amor que le tuviera.

Él estaba sorprendido por la decisión que mostraba Lucila con respecto a la violencia. Ella no estaba dispuesta a seguir viviendo aquello y ni de cerca ni como protagonista. Le resultaba admirable.

—Hiciste lo correcto. No conozco a nadie que sufriera de violencia doméstica, al menos no a viva voz —comentó Humberto.

—Dudo que ciertas cosas siquiera se manifiesten en la clase alta...

—¿Crees que soy cheto?

—No lo creo, lo aseguro y lo sostengo. Es evidente. ¿Quién aparece en un barrio de medio pelo con un BMW? Si tienes suerte te dejarán las llantas.

—No puedo mentir sobre mi origen, pero eso no es por mi causa. No tengo la culpa de la cuna que me tocó. No creas que todos somos iguales.

—¿No? Tus amigos nos miraron como si fuéramos marcianas.

—Tal vez sean un poco clasistas, pero son buenos.

—Sí, seguro. ¿Te ofrezco algo?

—Tal vez podría usufructuar el baño.

—Adelante —concedió.

Humberto abrió la puerta y entró al baño de azulejos blancos y canillas de plástico. En aquel lugar nada combinaba. El inodoro era azul, la cisterna era de un marrón extraño y el piso era como una recopilación de varios modelos rotos en formas raras.

La chica aprovechó para recostar su cabeza en la cama. El mareo comenzaba a hacerse presente y eso significaba que había bebido más de la cuenta.

Cuando Humberto salió del baño, encontró a Lucila con el cuerpo recostado en la cama.

—No me digas que la tierra comenzó a girar para ti —expresó burlón. Regresó al lado de ella e hizo lo mismo que la muchacha.

—Tal vez un poco. Espero no tener resaca. Juro que no he mezclado marcas de cervezas... —dijo riendo—. Supongo que tú sabes más de mí que yo de ti. ¿No vas a contarme un sucio secreto? Ya sabes el mío.

—¿Tiene que ser sucio? —replicó a carcajadas.

—Dije sucio para que sonara valioso para hacer chismes.

—Pues sabes que regresé de una maestría en Estados Unidos. Tuve una relación larga y estable, pero qué ha llegado a su fin...

—Si era estable, ¿por qué se terminó?

—Es algo largo para contar y te terminaría haciendo más corto el camino a Morfeo.

—Quiero escuchar...

—Bien. Eso terminó puesto que he percibido que no compartimos ciertos valores importantes. En los últimos meses entendí que ella era egoísta, superficial y frívola. A ti que eres clasista, te digo que esta mujer pertenece a mi círculo social. Cuando llegue mi momento, encontraré a alguien con mis valores. Suena absurdo desde la boca de un hombre, pero somos más que fútbol, cerveza y mujeres.

—En verdad imagino a todos los que tienen dinero como describiste a tu ex hasta que te conocí, Humberto, y vi que eras diferente. No me sentí rechazada como en la mayoría de los casos.

—Lamento que muchas personas traten con desprecio al resto, pero, aunque no lo crean, ustedes también nos desprecian.

—Se siente envidia, ¿por qué no? No todos tuvimos la misma suerte. Yo nací para ser empleada de un hombre rico y tú para tener empleados.

—No creas que es algo sencillo. Tener empleados es más difícil que tener un patrón.

Humberto se fijó en que ella se reía de él, aunque no lo hacía con malicia. Quizá se burlaba porque él se defendía y de paso defendía a los de su clase.

—¿Puedo preguntar qué te da tanta gracia?

Ella le dio unas palmaditas en el brazo antes de responder.

—Que estamos discutiendo como si fuésemos del siglo antepasado. Al final te consideraré solamente humano, ¿te parece?

En ese momento le llegó el turno de reír a Alberto.

—Me parece justo. Estoy más que de acuerdo. —Él cortó distancias y se arrimó a ella. El contacto de la chica pareció llamarlo hacia algo más. Lucila no lo había tocado antes, pero en ese momento sí.

Lucila dejó de reír al ver que él estaba demasiado cerca y callado.

—¿Qué haces tan cerca de mí? —curioseó la chica.

—Creí que me invitaste... —respondió Humberto, socarrón.

—Tienes lindos ojos, ¿no te lo había dicho?

—Estás un poco achispada, ¿no te lo he dicho? —replicó.

—No, pero lo sospecho porque creo que te veo más guapo de lo que eres...

—Ajá... —musitó Humberto que cogió el rostro de Lucila y se apoderó de los labios de ella por instinto. Un hombre solo con una mujer bonita en una habitación, no podía terminar de otra manera más que con un beso o con ellos enredándose en esa pequeña cama.

Entre ellos no había amor, pero tal vez se manifestaba una atracción que los dejaría aprovechar la situación.

Capítulo 11

Lucila todavía no podía creer que estaba besando a ese hombre. No sabía cuánto había tomado él, pero ella sí estaba un poco mareada, aunque no era tonta. Le gustaba sentir esos labios calientes rozando con los suyos, mientras con su lengua le exigía que respondiera de la misma manera. La obligaba a abrir la boca para recibirlo y también sintió que subió su mano hasta el rostro de ella y la acercó más a él.

Humberto no sabía ni siquiera por qué estaba besando a la chica del delivery que conoció hace unos días. ¿Qué lo motivaba? Tal vez le atraía lo diferente y sencilla que era, o simplemente era un hombre «calentón». El asunto estaba en que él no solía calentarse con cualquiera ni con tanta facilidad. Era probable que la bebida estuviera haciendo lo suyo. ¿Qué cosa mala podría ocurrir? Al menos no era virgen o algo así, tuvo un novio y vivió con él.

El beso no lo conformaba, por lo que decidió usar sus manos para acercarla a él. Primero la tomó del rostro para apretar más sus labios a los de ella y profundizar el beso. Después, bajó esas manos a los senos de la chica, apretando con fuerza cada uno de ellos. Estaba excitado y no tenía muchas ganas de parar. ¿Era correcto tener sexo con otra mujer que no fuese su novia? Ni siquiera sabía en qué estado se encontraba su relación. Siguió pensando en eso, sin embargo, levantó la blusa de Lucila y también su corpiño, dejando al descubierto los pomposos manjares de puntas rosadas. Abandonó los labios de ella y se dirigió a chupar con gusto lo que le ofrecía ese cuerpo.

Su miembro erecto estaba sufriendo dentro de aquel vaquero que tenía, mas no creía conveniente sacar al «amigo» para que disfrutara de la fiesta. Aún no estaba seguro de cómo acabaría.

Ella gemía disfrutando de esa atención que recibía. Estaba un poco nerviosa porque hacía meses que no tenía intimidad con nadie, y teniendo en cuenta que Miguel había sido el primer y único hombre hasta ese día, sentía cierto temor a lo desconocido. No sabía qué esperar de otro hombre y, además, recordó que, ¡ni siquiera se había bañado después del trabajo! Le daba vergüenza que un cheto se la quisiera follar y ella que tuviera pinta de cucaracha de baño.

—¿Tienes algún condón? —preguntó Humberto que se alejó un poco de los pechos de ella para indagar.

Ella levantó medio cuerpo de la cama y lo miró.

—No tengo. ¿Los varones no deberían llevar eso a todas partes?

—No ando follando al mundo, Lucila. Esto es fortuito...

—Entonces yo menos debería tenerlo si es algo fortuito. No me ando follando a todos por ahí, Humberto —replicó sarcástica.

Él se maldijo por dentro. Hacerlo sin condón era más que peligroso y no solo por un hijo, sino también por alguna ETS que pudiese transmitirle una desconocida.

—Creo que es mejor que dejemos este encuentro para otra ocasión — dijo Humberto.

A Lucila esa idea no le agradó. Se colocó bien la prenda que había sido removida. Toda pasión o calentura se había esfumado.

—Bueno. Está bien. El señor Albertini reuló al minuto 90.

—Podríamos añadirle cinco minutos adicionales para culminar este encuentro —replicó a la molesta joven—. La próxima vez saldremos tú y yo solos. Te invitaré a bailar...

—Ajá. Mira, Humberto. Lo de esta noche ha sido solo una coincidencia, no espero nada. Era una oportunidad, pero es mejor que no pase nada.

—Una oportunidad que se repetirá, puedes estar segura. ¿Me das tu número de móvil? No del corporativo de la farmacia. —Humberto sacó su móvil del bolsillo para anotar el número que le daría ella.

—Es el +595986*****, ¿y el tuyo? —respondió ella.

—El mío es +595972*****,

Ella fue hasta donde había dejado su mochila, a la vez que repetía el número que él le dijo para fingir que no la había anotado antes. Hizo una llamada para cerciorarse de que era el número correcto.

—Listo. Con esa llamada ya tienes mi número —alegó la joven.

Humberto guardó el número y después decidió que era momento de retirarse.

—Me tengo que ir. Estaremos conversando. Chau, Lucila —habló Humberto para despedirse.

—Chau, Humberto. —Ella se acercó a la puerta para abrir y lo miró con ansiedad antes de que se fuera—. Gracias por la mentira y por espantar a Miguel. El sexo hubiese sido una buena forma de pagar, porque no tengo dinero para hacerlo.

—Fue un placer ayudarte. Todavía tienes tiempo de pagar el favor. Te escribiré para cobrar lo que me debes —musitó bromista. Se acercó a ella y la atrajo hacia él. Otra vez se apoderó de sus labios y Lucila colocó sus brazos en el cuello de él.

Una vez que el beso se rompió, él salió de la pequeña pieza y sin dilación se dirigió a su camioneta.

Ella lo vio encender el vehículo y alejarse raudamente del sitio. Luego, cerró la puerta y por fin dejó que todo a su alrededor diera vueltas. Ese hombre había sido sensato al no acostarse a su lado. Además, si mal no suponía, estaba en sus días fértiles después del día catorce. Aquel hubiese sido un terrible error. Lamentaba no haber probado otro cuerpo, pero era mejor así. Tal vez él estuviese interesado en contactarla otra vez, aunque no

debía hacerse muchas ilusiones. Él tenía plata y ella no, eso ya era suficiente para que no calificara como mujer de señor rico.

Lucila se decidió a tomar un baño para dormir un poco más fresca. El calor durante el día había sido insoportable. Al estar en la ducha, observó que su brazo tenía dos colores: blanco en la zona de los hombros una parte del brazo y las abajo hasta la mano, era de un color quemado. Debía usar mangas largas o bloqueador solar.

Después de sentirse menos mareada y más revitalizada, conectó el auricular al móvil, lo colocó para cargar y puso en altavoz la FM Conquistador 89.1 para escuchar música romántica para cortarse las venas, mientras recordaba su fallida noche.

Capítulo 12

Humberto llegó a su casa casi a las tres de la mañana. Tenía pendiente la visita para concretar la compra de un departamento. Sentía que vivir con sus padres ya no era una opción a sus veintisiete años por varios motivos, y uno de ellos era la influencia que tenían cuando se trataba de su vida personal. Si durante todos esos años no terminó con su noviazgo fue por la intercesión de ellos para mediar el problema.

Él no estaba seguro de continuar con esa mujer. Lo que había pasado tiempo atrás con una desconocida, le dejaba claro que no le tenía respeto a su novia y eso era porque dentro de su mente todo había terminado. No quería casarse, deseaba sentirse libre. Entendía que eran cinco años invertidos por parte de los dos, pero no podían vivir contando los años desperdiciados, ¿para qué desperdiciar más en una relación destinada al fracaso?

Tampoco estaba interesado en conocer a otras mujeres o iniciar inmediatamente una nueva relación. Lo de Lucila fue un desliz, una oportunidad que tendría que haber aprovechado; sin embargo, era un ser responsable. Sin preservativo, no había forma de que él se introdujera en ella. Tenía pendiente el asunto de volver a encontrarse. ¿Era conveniente hacerlo? Él quería acostarse con la chica por el oportunismo, aunque no era lo correcto. Ella estaba mareada y no podía aprovecharse de su poco raciocinio en ese instante. ¿Qué debía hacer?

Se despertó tarde para desayunar. Estaba acostumbrado a hacerlo solo. Sus padres iban al club Centenario a hacer ejercicio en el gimnasio para mantenerse en forma. Cuando él estaba desayunado ellos regresaron.

—Ya volvieron tus papás, Humberto, y saben que viniste tarde anoche —dijo doña Rosa, la señora que trabaja en casa de esa familia.

—¿Y qué me pueden decir? Tengo veintisiete años, doña Rosa. Creo que estoy «grandecito» para tenerles miedo.

—Solo te lo comento, mi niño. Te van a decir algo sí o sí porque tu novia llamó hasta al perro chihuahua de tu papá para contarle que no contestabas el móvil. Tienes que hablarle para que se calme un poco. Te dije que estaba medio loca.

—Sí, yo sé que me dijiste, pero ya está. ¿Puedes traerme el postre de mburucuyá que me gusta?

—Qué barbaridad. Ya comiste bastante ayer y hoy quieres más.

Humberto rio por lo que le decía doña Rosa.

—Buen día, Humberto, lograste despertarte después de haber dejado mal estacionada la camioneta —reclamó su mamá, la señora Verónica de Albertini—. Doña Rosa, compré veneno para las hormigas del jardín. Pídele al jardinero que lo eche en los hoyos.

—Sí, señora Verónica. Aquí Humberto quiere postre.

—Lo que tiene que hacer Humberto es llamar a su novia porque es insoportable esa chica —interrumpió el papá, Franco Albertini.

—Qué bien. Me alegra saber que alguien se dio cuenta de que Nichole es insoportable —comentó Humberto como broma—, parece un chiste, pero es la anécdota de cinco años.

—Qué exagerado, Humberto. Llámale. Ya han pasado por situaciones similares. Estamos esperando la fecha para que se casen. Ella me ha contado que compró su vestido en Kleinfeld —pronunció su madre.

—Ese no es mi problema, mamá. Yo le dije que quiero terminar. No sé por qué se empeñan en qué sí o sí tengo que hacer un casamiento.

—Porque somos familias amigas, Humberto. Tu papá y su papá son socios desde hace tiempo...

—¿Y eso me obliga a que me tengo que casar? Para mí terminó todo.

—Te vas a arrepentir, hijo. Lo mejor es que le dejes claro el asunto porque se tiene que enterar de que le terminaste —sugirió su papá.

—También les quiero contar que me voy a mudar a un departamento. Todavía no lo compré, pero estoy indagando. Llegó el tiempo de independizarme.

—Esperemos que no le tapes el estacionamiento a nadie —resaltó su papá que se rio de él.

Antes del mediodía, se reunió con un vendedor para mirar un edificio que estaba cerca del trabajo. No quería nada que quedara lejos.

Recorrió el departamento y le gustó. Tenía dos habitaciones, cocina, sala y comedor integrados, baño en suite, balcón, áreas comunes como parrillero, piscina, gimnasio, solárium, sauna y un lavadero.

Él cerró la compra de la unidad y pidió que le amoblaran el departamento. No quería estresarse con esas cosas. Le dijeron que en menos de una semana podría estar habitando el sitio.

Pasó casi una semana desde que Lucila vio a Humberto por última vez. Él nunca le escribió y ella tampoco lo haría. Su vida había vuelto a la normalidad, aunque Analía siempre la martirizaba con preguntas sobre Humberto que ella no quería responder porque no sabía nada de él y tampoco le preguntaría.

Lo pensaba con frecuencia. Recordó que quizá él se arrepintió de acostarse con ella porque era pobre, pobre como pocas. No tenía que avergonzarse de eso. No todos nacieron con las mismas oportunidades.

—Lucila, tengo un pedido para ti. Escucha el gracioso pedido: una caja de condones —contó la chica que estaba los sábados como técnica de

farmacia.

—Condomes... La gente está cada vez más vaga. Soy la encargada de que la noche de este señor sea la mejor y no deje consecuencias —dijo Lucila, bromista.

—Pagaré en efectivo. Pregunta al señor José con el portero del edificio. Es lo que me dijo el señor. Es probable que ya le hablara al encargado para que no tengas problemas.

—Sí, sí...

Lucila tomó el pedido y lo colocó en su mochila. Recordó que, si ella hubiese tenido los condones días atrás, al menos estaría contenta de haber compartido la cama con un hombre tan guapo como Humberto Albertini, pero la realidad era que se quedó con las ganas. Dios no daba segundas oportunidades cuando se traba de fornicar, mientras solo se divertiría entregando pedidos a personas que tendrían una noche feliz. Debió pedir un lubricante, o uno de esos anillos vibradores o mejor un condón con sabores afrodisíacos para que su noche fuese más ardiente.

Ella se distrajo pensando en las múltiples opciones que le hubiese sugerido al cliente si ella hubiese estado en el Call Center.

Capítulo 13

Salió de la farmacia para llevar el pedido hasta el lugar. La indicación era avisarle al portero que debía subir hasta el apartamento 6A. No sabía quién debía recibirlo, tan solo tenía la información de que no era con factura y que se abonaría en efectivo.

Eran las diez de la noche y el movimiento del jueves era poco comparado con los viernes, aunque los jueves y viernes eran de descuentos. La gente tenía más predisposición para comprar con la libertad que le daba el que para algunos era el último día de trabajo de la semana.

Ella se encontraba entusiasmada por terminar su ronda e irse a su casa. Ese día el calor estuvo cocinando personas en la capital y, a ella la estaba torturando desde muy temprano. No tenía aire acondicionado, solo un triste ventilador que a duras penas cumplía con su función.

Ella llegó hasta un edificio de nombre Elysium Park. Dejó la moto estacionada frente al lugar y con su mochila al hombro y su casco en el codo, entró al suntuoso lobby. Unas sillas de colores claros y mucha iluminación le daban un gran estilo al lugar. Lucila estaba impresionada. Trató de concentrarse en lo que debía hacer y no distraerse con lo que le rodeaba. Cuando se acercó más hacia el ascensor, encontró al portero.

—Buenas noches, señor. Traigo un delivery para el departamento 6A
—dijo.

—Sí, el señor pidió que subiera hasta el sexto piso —indicó el portero.

—Muchas gracias. —Ella le agradeció y caminó hasta llegar a las puertas del ascensor en donde tocó el botón para subir.

Una vez que se abrieron las puertas, ella se metió, pulsó el número 6 y le dio cerrar. En esos instantes se miró en el espejo del ascensor. Se veía desgredada y cansada con las mejillas quemadas. Ser delivery era difícil, pero le servía para sobrevivir sin molestar a nadie de sus necesitados familiares, salvo a su primo que le había prestado la motocicleta.

Escuchó el timbre que indicaba que había llegado a su piso y se abocó en la búsqueda del departamento 6A. Pudo apreciar un par de cuadros y también plantas para lugares cerrados. Todo estaba finamente planificado, nada era al azar.

Al encontrar el departamento, golpeó la puerta y esperó con paciencia, mientras sacaba de su mochila el pedido envuelto en una pequeña bolsita blanca con letras verdes. También sacó vuelto para el efectivo que podría darle la persona que estuviese detrás de esa puerta.

—No esperaba a ninguna otra persona que no fueses tú, Lucila —mencionó una voz.

Lucila reconoció esa voz al instante y no podía ocultar su sorpresa.

—¿Humberto? —indagó con una gran sonrisa.

—Sé que estás trabajando, pero me gustaría invitarte a mi departamento para que lo conozcas.

—Todavía no puedo creer que tú seas el de la caja de condones —alegó entre risas.

Humberto también rio ante lo que ella había dicho. No se le había ocurrido nada para tener una excusa para verla.

—Pues quise comprar lo último que nos separó. Lo tendré conmigo por si llegara a necesitarlo —insinuó.

Ella se sonrojó y trató de ocultarlo con unos movimientos de su mano en el rostro tratando de quitarse caballos imaginarios. Menos mal que el sol abrasador de la tarde la había quemado para no quedar en evidencia.

—Más precavido que con el ibuprofeno...

—Por supuesto. ¿Quieres beber algo? ¿Tal vez un poco de agua? —sugirió haciéndose a un lado para dejarla pasar.

—Estoy a menos de una hora de acabar mi turno. No puedo quedarme.
—La joven le mostró el pedido y le entregó la factura.

—Sí, sí, lo sé —habló Humberto que se su bolsillo trasero sacó su billetera, y se desprendió de un billete con la máxima denominación—. Te invitó a salir mañana, podríamos cenar...

La muchacha buscaba la otra parte del vuelto. No preparó tanto dinero para un billete de ese valor. Estaba tan nerviosa que no agarraba nada. ¡Él la estaba invitando a salir! No podía concentrarse, estaba al borde de perder su poco juicio. Humberto Albertini le había tendido una trampa sorprendente.

—Yo... Estaría encantada... —concedió avergonzada de sus propias respuestas.

—Cuando acabe tu turno, llevarás la motocicleta a tu casa y yo te buscaré ahí. Iremos en mi vehículo.

—¿Cómo sé que debo confiar en ti? —inquirió burlona.

—Porque estuve en tu casa y no hicimos absolutamente nada. Significa que no soy un violador.

—Solo porque no tenías lo que te acabo de proveer. Eso cambia muchas cosas.

—Vamos, Lucila. Conoces mis casas y mi trabajo. Cualquier cosa puedes reclamarme cuando gustes.

—No voy a reclamar nada. Bien... Tengo que continuar o pensarán que no estoy haciendo mi trabajo. Gano por entrega, así que debo seguir...

Humberto aceptó el vuelto que la muchacha le daba, y después parecía que él lo metería en su billetera, mas cogió otros billetes iguales al que le había dado antes.

—Son para ti —musitó Humberto que deseaba la comodidad de la joven.

A Lucila se le desorbitaron los ojos al ver el dinero. No lo aceptaría ni de coña. Si Humberto Albertini pretendía ser amable, esa no era la mejor manera.

—No puedo aceptar ese dinero, no me lo he ganado.

—Quisiera que esto te ayude a llegar más pronto a tu residencia. Quizá esta noche no consigas lo que esperas al repartir.

—Tengo tiempo de hacer esto. No me puedo acostumbrar a recibir esa ayuda porque cada mes la necesitaré. Es mejor que sigas pidiendo remedios o alguna que otra crema de afeitar o cremas para hidratar la piel —alegó entre risas.

—Entiendo que mi piel se ve un poco seca por tu comentario...

—¡No, no! No es una insinuación. Me sentiría mejor si guardaras tus buenas intenciones en el bolsillo. Es lo mejor. Me conformo con traerte los pedidos y salir contigo a cenar.

—Está bien. Te escribiré para saber a dónde quieres ir.

—Lo pensaré durante todo el día de mañana.

—Después podríamos pasar a conocer mi departamento. Te encantará, lo juro.

—Todo en este edificio es hermoso, por supuesto que me gustará...

OceanofPDF.com

Capítulo 14

A Lucila le costó despedirse después de que le coquetearan tanto. Se sintió deseable, hermosa y un poco santurrón. Ella sabía lo que él quería, y suponía que Humberto también sabía que Lucila lo deseaba a su manera.

Nunca se imaginó tener que ser como una mujer que tendría varias parejas sexuales. Se sentía promiscua al solo considerarlo. No era bien visto que una muchacha tuviera varios novios. Sus padres todavía no sabían que ella andaba haciendo «cositas prohibidas» antes del matrimonio. Lucila había creído que Miguel era el amor de su vida, pero eso fue un pensamiento.

Ella no quería vivir golpeada como su mamá ni como su hermana. Había vivido entre golpes desde muy niña y no quería seguir con esa cadena. Soñaba con ser mamá alguna vez y no quería que su hijo o hija tuviese que verla golpeada, arrastrándose por el piso y rogando para que quien la golpeaba se detuviera.

Dejó el lujoso edificio Elysium Park y se abocó a regresar a la farmacia y esperar que no tuviese ningún pedido más. Estaba exhausta y deseaba regresar a su alquiler para recuperar fuerzas y también para buscar alguna prenda decente para la invitación que le hizo él. ¿A qué lugar la llevaría?

Esa interrogante causó emoción en su mente. Llevaba tiempo sin salir a cenar con alguien. Miguel la invitaba poco, prefería que ella preparase la

cena como si se tratara de una esclava.

Cuánta ilusión podía significar algo tan diferente en su vida. ¿Desde cuándo su corazón latía frenético por una aventura? Sí, porque eso era, una extraña aventura con un tipo guapísimo. Debía ser un sueño porque ella no merecía tanta suerte.

Ya en la farmacia, a través de su móvil vio que eran las once de la noche y eso significaba tomarse un merecido descanso después de estar todo el día con el cuerpo tensionado y sus sentidos alerta. Merecía una gaseosa bien fría con un buen lomito caliente, pero aspiraba a lo que hubiese en la heladera.

En su casa, Lucila abrió la diminuta heladera que consiguió y tenía hamburguesas congeladas, pan integral, unas lechugas que pedían a gritos ser arrojadas a un sitio para hacer compost, un huevo de dudoso vencimiento y un tomate que era tan firme como sus glúteos grasosos. Contaba con algunos condimentos que solía conseguir en McDonald's o Burger King. Era lo que tenía y debía aprovecharlo. Para cuando acabó de cocinar eran las once y treinta horas. Dormiría con la barriga llena.

Al día siguiente en la universidad, llegó Analía para tomar la clase que tenían en común. Se sentó junto a Lucila.

—¿Qué te parece si repetimos lo de la semana pasada? —preguntó Analía.

—No podré. Tengo una cita...

—¡No! ¡No me digas! ¡Una cita con el cheto! —exclamó su amiga, emocionada.

—¡Shuuu! —reprochó Lucila para que bajara el volumen.

—Es que... es un tipo hermoso, Lucila. Qué suerte tienen las que no se bañan.

—Yo tampoco entiendo mi suerte. ¿Crees que es un ligue? No me permito pensar de esa manera, no quiero ilusionarme.

—¡Ay! Una aventurilla no le cae nada mal a alguien. Tienes que aprovechar, Lucila. ¿Ya sabes qué te pondrás?

—Ni siquiera he pensado en eso, lo juro. No creo que me lleve a un lugar lujoso, un vaquero, una blusa y unas sandalias serían perfectos.

—Esperemos que no te lleve a una lomiteria de esas «chuchis», en donde tengas que cortar tu lomito árabe con cubiertos.

—No, ni digas eso. Me moriré si llega a ocurrir. Supongo que, al igual que yo, sabe que no estamos en el mismo estatus social. Él nació con estrella y yo estrellada. Es dueño de una empresa y yo, como mucho, soy dueña de la empanada que voy a comer en el receso. Es todo.

—Lo único que sé es que debes aprovechar esta oportunidad. ¿Qué pasa si después quiere casarse contigo?

—¡No! Eso obviamente no va a pasar, Analía. Estamos para el rato y nada más. Me gusta mucho y aprovecharé. Ya después ni siquiera estoy segura de que me case. Si me encuentro con otro como Miguel... No, ni de broma.

—Ja, ja, ja, esperemos que no.

El día se hizo largo para la pobrecilla Lucila y ni qué decir las últimas horas de su jornada laboral. Viernes de muchos pedidos. Luego de acabar con la locura de ese día, ella tenía que apurarse para ir a su casa, dejar la motocicleta, bañarse y estar lista para cuando Humberto apareciera.

Cuando le dieron su último pedido y lo entregó, fue a rendir cuentas a la farmacia y quedó libre

Apresuró la motocicleta a todo lo que daba. Tenía como un golpe de adrenalina. Estaba muerta de cansancio, pero también muy ansiosa por salir con Humberto Albertini.

Al llegar a su casa y meter la motocicleta, ella quitó su teléfono de la mochila y encontró un mensaje del mismísimo Humberto:

Humberto Albertini:

Paso por ti en quince minutos... :)

—¡Quince minutos! ¡Pero si me lo envió hace quince malditos minutos! —masculló mientras se quitaba la ropa y la arrojaba a un lado para

meterse a la ducha.

Se enjabonó el cuerpo de una pasada y cogió la maquinita para afeitarse. Debía desmalezar ciertos lugares. Esperaba que, con el apuro no terminara rebanándose partes importantes de su cuerpo, y más si él la llevaba a su departamento.

Dentro del baño se escuchaba el sonido de los golpecitos de la maquinita contra el azulejo cuando intentaba quitarle los pelos para continuar rasurándose. La prisa la estaba consumiendo.

Una vez que terminó con su depilación, salió del baño como si fuese una bala y buscó algo que ponerse. Se puso con exactitud lo que le había comentado a Analía. Buscó unas muestras de perfume que tenía y se colocó un poco del envase. Utilizaba esos productos en ocasiones especiales. No pensaba gastar dinero en perfumes caros si tenía muestras gratuitas.

Continuó con su preparación con un peine. Rastrilló su cabellera y se hizo una raya de costado. De maquillaje no tenía nada. Era una vergüenza como mujer.

Al rato escuchó que alguien golpeaba la puerta. En su móvil tenía una llamada perdida.

—¡Mierda, mierda! —expresó al ver que era de Humberto.

Corrió hacia su puerta y la abrió, agitada.

—Hola, ¿todo bien? —preguntó Humberto al ver que todavía salía un poco de vapor del cuerpo de la muchacha. Se había esmerado en su higiene.

—¡Hola! Discúlpame, estaba en el baño.

—No importa. ¿Estás lista o tengo que esperar?

—¡Ya estoy lista! Traigo el móvil y una cartera, es todo.

Humberto asintió y sonrió. Ella parecía un tanto exaltada. Esperaba que pudieran pasarla bien después de la cena.

Capítulo 15

Lucila se apuraba bastante. No encontraba nada de lo que necesitaba.

—¡Ay, Humberto, pasa, porfa! —pidió—. Juro que con el apuro se me han perdido el móvil y la cartera.

—Tranquila, Lucila. Te espero el tiempo que sea necesario —dijo Humberto entre risas—. El móvil lo tienes en la mano.

—¡Ja, ja, ja! Qué vergüenza. Espero no tener la cartera puesta en el cuerpo. Eso sería el colmo.

—Pues no, no la tienes. ¿Llegaste recién?

—Sí, estaba pendiente de tu llegada.

—¿A qué lugar quieres ir?

—A donde tú digas, soy la invitada.

—A esta hora hay pocas opciones. Podemos ir a paseo Carmelitas.

—Será la primera vez que iré a ese sitio. Suena interesante.

—Te agradará. Hay mucho que comer y tomar.

Lucila siguió buscando su cartera cruzada hasta encontrarla.

—Por fin estoy lista —anunció al meter su billetera y el resto en la cartera.

—Pues vamos...

Lucila salió primero y después de que saliera Humberto, ella cerró la puerta. Miró hacia cada lado de la vereda por seguridad. Tendía a hacerlo y no solo por la inseguridad reinante, sino que también por Miguel.

Humberto desbloqueó su vehículo y le abrió la puerta a Lucila.

Ella se sintió extraña ante un gesto de caballerosidad. Era raro encontrar algo así en estos tiempos.

—Gracias —pronunció después de que subió. Tomó asiento y no podía dejar de mirar el interior del vehículo. Estaba impresionada porque nunca había visto un vehículo tan lujoso, que olera a nuevo y ya también a cuero.

—Vamos a paseo Carmelitas... —comunicó Humberto que encendió el vehículo para partir.

—Al infinito y más allá... —dijo Lucila entre risas. Estaba nerviosa.

—¿Cómo te ha ido en el día? Estuvo bastante caliente.

—Me he quemado bastante. Creerás que siempre ando sonrojada, pero en realidad estoy quemada hasta las pestañas. La calle es difícil, ¿sabes?

—Sí. ¿Buscas trabajo en otro sitio que no sea como delivery?

—Pues sí, cuando encuentro lugares para enviar correo, lo hago, por lo general durante el almuerzo. No queda mucho tiempo después, porque al terminar la universidad, debo comer e ir a trabajar. Paso todo el día en la calle en la motocicleta de mi primo. Gracias a Dios me la ha prestado o todavía seguiría con Miguel. Ya lo conociste, nada de bueno puede tener.

—Deja que te dé un consejo... Busca algo más tranquilo. Veré si te ayudo con eso.

—¿Cómo me ayudarías? Humberto, te conozco hace menos de un mes, no sé lo que quieres...

—Y yo tampoco sé qué es lo que quieres de mí, pero aquí estoy porque me agrada tu compañía. No sé cómo explicarte... Tu naturalidad...

—Pese a que estoy en una universidad de gente pudiente, todavía no he conocido a nadie como tú. Creo que esa gente huele que soy pobre ja, ja, ja.

Él comenzó a carcajearse junto a ella.

—Algunos solo te buscarán porque creen que eres inteligente. Esto funciona así, aunque no todos somos así. Cada uno de nosotros sabe de

dónde viene. Tengo un círculo de buenas amistades, al igual que otras personas a las cuáles trato de no hacer caso, o me moriría.

—Es cierto. Ojalá que pronto pueda conseguir un trabajo diferente. Seguiré buscando para no depender de ti o de tus amistades, mientras me seguiré subiendo a la motocicleta.

—Sé que te ayudaré, lo prometo. ¿Cómo haces los días de lluvia?

—Me pongo el traje que es para la lluvia. Solo si hay muchos raudales es que no salgo. Asunción es peligrosa en días de lluvia, no quiero acabar en el río.

—Cierto. Tampoco voy a trabajar cuando hay lluvias torrenciales. Será más caro reparar el vehículo que perder un día.

—Pero te aseguro que tus empleados están ahí sin falta. Tú eres patrón, es evidente que, si no vas, las cosas igual fluirán.

—Tenemos a una laborista...

—O tú eres un patronista —bromeó la joven.

Mientras iban conociéndose dentro del vehículo, llegaron hasta el estacionamiento del paseo Carmelitas. Lucila no dejaba de mirar todo a su alrededor antes de bajarse. Se sintió avergonzada de su vestimenta. Las mujeres que estaban en el lugar, eran elegantes con vaqueros finos en los

tobillos, botas de caño corto y blusas escotadas. ¡Dios! ¿Qué podía estar viendo ese hombre en ella que no tuviera alguna de esas fulanas?

Mientras que Lucila se ahogaba en su vaso de agua, Humberto bajó del vehículo para abrir la puerta y que ella pudiera descender. Él extendió su mano para que la joven la tomara. La vio cogerlo con cierto recelo.

Al bajar, Lucila se sintió pequeña e insignificante. No era su mundo. Las chicas de la universidad en la que estaban eran de ese estilo, pero no se había detenido a cuestionarse su origen.

Humberto cogió a Lucila de la cintura para guiarla hacia el caminero por el que debían ir para llegar al sitio al que cenarían. En aquel lugar también había una discoteca y otros locales que eran ideales para la juventud.

Cuando entraron el lugar estaba repleto. Debían buscar una mesa disponible para poder ordenar algo. Encontraron una que sus ocupantes habían dejado en ese momento. Lucila y Humberto se sentaron a esperar que la mesera se acercara.

—La música está buena, me gusta el rock —contó Lucila para dejar de lado su incomodidad o echaría a perder su noche junto ese hombre.

—Sí, no recuerdo si en este lugar cambiaban el estilo después de las doce, esperemos que no —alegó Humberto a quien el móvil le comenzó a sonar y vibrar.

—Te llaman, ¿no vas a contestar? —preguntó Lucila al ver que él no se disponía a coger su móvil.

—No puede ser nada bueno a esta hora —justificó. El móvil dejó de sonar.

—¿Y si es algún familiar?

—Ellos tienen prohibido enfermar por la noche. —Humberto colocó el móvil sobre la mesa para continuar conversando.

—Uno no puede controlar eso y... —El sonido insistente junto a la vibración, interrumpieron a Lucila, que miró la pantalla de lejos y decía «Nichole». ¿Quién sería Nichole?

Humberto se fijó en que Lucila vio el nombre antes de que él cortara la llamada. Esperaba que no preguntara porque mentiría o se pondría en una situación muy embarazosa.

Capítulo 16

Lucila levantó la mirada hacia los ojos de Humberto. Ella no era nada de él, no podía siquiera preguntar, ni por educación. Él le encantaba, pero como había dicho antes, no sabían las intenciones de cada uno.

—Yo creo que sea quien sea, deberías responder. No creo que los cobradores de Inverfin llamen a esta hora, y también dudo que un hombre de tu riqueza tenga deudas. Debes cargar un fajo de dijeron como si fuese un abanico —dijo Lucila—. En verdad, es mejor que le contestes, por tu noche o no te dejará en paz.

Humberto asintió y se alejó un poco para poder devolver la llamada. Mientras se alejaba, miraba de reojo hacia donde estaba Lucila, incómoda.

—¿Por qué me cortas las llamadas, Humberto? ¿Dónde estás? Escucho música —habló la voz desde el otro lado del móvil.

—Hola, Nichole, estoy en Paseo Carmelitas, ¿qué quieres? —respondió.

—Quiero hablar contigo. Te la has pasado todas estas semanas ignorándome. ¿Tienes otra? ¡Dímelo! —lo acusó Nichole.

—Todavía no. Además, qué te importa. Terminamos hace unos días. Te dije que no estoy seguro, que no sé si quiero casarme contigo, ¿entiendes? Ya sé que compraste el vestido más caro de Pinina, venderlo en

los clasificados cuando vengas aquí o guárdalo para cuando encuentres a alguien.

—Sabes que ahora no puedo ir, pero cuando esté en Asunción, más vale que te pongas a rezar, Humberto. Quiero arreglar las cosas contigo. ¿Qué te pasa? Después de cinco años crees que es fácil dejar todo esto así... ¡No, no es! En unos meses estaré ahí y quiero una explicación a todo esto. Por el momento seguimos siendo novios para mí, para mi familia y también para la tuya.

—Yo di por terminado esto. Solo falta hacerlo personalmente. Cuando estés aquí, hablaremos, Nichole —musitó. Miró hacia donde estaba Lucila que conversaba con el mozo—. Ahora tengo que irme.

—Te amo, Humberto...

—Buenas noches para ti también. —Esas fueron sus palabras para cortar. Llevó su móvil en la mano y lo colocó sobre la mesa.

—¿Te molesta que pidiera dos cervezas para iniciar? Me dio pena no pedir nada aún. El menú lo dejaré a tu cargo porque conoces bien este lugar —alegó Lucila, tratando de mantener una sonrisa. Quería saber quién era esa mujer, no quería pensar que fuera su novia, porque ninguna mujer dejaría que su novio anduviera por las calles con otra, y que para colmo la subiera a un auto de lujo con aroma a cuero del bueno, no cuerina ni asiento de pana.

—Me parece acertado. Era Nichole quien me llamó...

—No es necesario que me lo cuentes si no quieres, no tenemos nada, es simplemente una salida.

—Sí, pero prefiero decirte que es mi ex. Hay algunas cosas que no se pueden superar en la vida, y para ella, yo soy insuperable...

El mozo iba con dos cervezas en su bandeja. Se acercó y las dejó en la mesa de ellos y Humberto decidió pedir unas picadas para que comenzaran a tomar.

La comida tardó en llegar, pero lo hizo después de cierto tiempo después de la segunda tanda de sus bebidas.

Lucila sentía que su lengua comenzaba a moverse sola y a hablar de muchas burradas juntas. Eso se debía a que tomó alcohol antes de comer.

Entre el bocado y el trago, ella se había perdido por completo. Estaba desinhibida. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una salida a solas con un muchacho guapo. Sus días de maltrato y dependencia acabaron. Ella podía ser libre, libre de disfrutar de su juventud y de su soltería.

En cierto momento de la madrugada, mientras ella se movía al ritmo de la música, sentada en su silla, Humberto se acercó a su oído.

—¿Quieres que te muestre mi apartamento? Tengo un buen equipo de música para continuar la fiesta —pronunció.

Ella rio como tonta por la invitación. Sabía que iría como cerdo al matadero y lo haría feliz.

—¡Por supuesto! ¡A tu salud! —Ella levantó su chopera y la golpeó con la de él.

Humberto poseía mayor control sobre la bebida que su acompañante. Tenía que llevarla con él antes de que se quedara dormida o vomitara en su vehículo. Quizá exageraba, pero no era imposible ni descabellado.

Él pidió la cuenta y una vez que terminaron de abonar, regresaron a la camioneta. Humberto sincronizó su móvil con la radio del rodado y siguió haciendo de DJ. No quería que Lucila terminara cerrando los ojos. Con todo lo que trabajaba, debía estar cansada.

Manejó con cuidado hasta llegar al estacionamiento del departamento.

Cuando se apagó la música, Lucila sintió cierta tensión. Su corazón comenzó a latir con premura por la anticipación. Algo iba a ocurrir, lo sabía, lo deseaba, lo esperaba. Como todo un caballero, él le abrió la puerta y ella intentó parecer una dama, aunque su falsa forma de hablar y de caminar, la delataban. Humberto le colocó la mano en la espalda para guiarla en su caminata.

Llegaron hasta el ascensor y él tocó el botón para que pudieran subir. Cuando la puerta se abrió, entraron y se dieron cuenta de que estaban solos. Se miraron como si se llamaran.

Humberto no perdió el tiempo y apretó a Lucila contra un lado de la pared. Se apoderó de su boca con ardor y la obligó a que la abriera aún más, quería jugar con esa lengua, succionarla, morderla y estirarla. La calentura se había apoderado de él y en lo único que pensaba era en quitarle la ropa a Lucila y pasar un buen rato.

Lucila respondió con la misma avidez al ataque de Humberto. Se abrazó a él e incluso deseó meter sus manos bajo la remera del muchacho. De repente, sintió que la mano de su acompañante se posó sobre su entrepierna e hizo un par de movimientos como si la acariciara. Aquello hacía que ella gimiera desesperada. Estaba excitada y todo su cuerpo le pedía que abriera sus piernas para que Humberto la tomara sin parar.

Aquel seguía dándole sus caricias a Lucila, esperando que ella se encendiera para que ambos se consumieran al calor de la pasión.

Capítulo 17

Esos besos que se daban contra el rincón, los hacía delirar y desear que todo ese frenesí terminara en la cama.

Lucila tenía un par de meses sin tener sexo. Después de que dejó a Miguel, sus días eran corrientes y esos toqueteos la volvían loca.

—Te mostraré la habitación, es amplia y tiene una cama enorme —sugirió Humberto, apasionado—. ¿Quieres verla?

—¡Sí! —respondió dando un respingo porque él le había apretado sus partes íntimas con fuerza. Quería matarla de placer antes de llegar.

Se apresuraron para entrar a la habitación y ahí Lucila no tuvo tiempo de ver nada. Él la había recostado para besarla como si no existiera un día más.

Humberto la ayudó a deshacerse del pantalón y la ropa interior. Mientras la besaba en el cuello, él prefirió subir la apuesta. Descendió hasta la intimidad de Lucila y se apresuró a devorarla con su boca hambrienta.

Ella dio un grito al tener una cabeza entre sus piernas, una que jalaba con su boca cada uno de sus pliegues y que movía su lengua como una serpiente. Lucila lo cogió de los pelos para soportar aquella deliciosa tortura. Era más de lo que había imaginado después de la sequía. Luego,

una de las manos de él estrujó su pecho y pinchó su pezón haciendo que el placer aumentara.

Todavía con una cara entre sus piernas, jugando con su intimidad, sintió que él la penetraba no solo con sus dedos, sino también con su lengua. Aquel estaba tan hambriento como ella, tanto que lo deseaban todo rápido. Lucila ya quería ver el miembro de Humberto acercándose a su húmeda entrada.

—Quítate la ropa —ordenó Lucila para que él la obedeciera.

—Ahora no puedo, estoy ocupado con esta delicia —dijo y regresó para atacar la entrepierna de la joven.

Lucila no tenía mucho que hacer, estaba a merced de la lujuria de ese hombre. Cuando casi hizo que se desvaneciera de placer, aquel abandonó su guarida y se quitó las prendas, dejándola ver su rígido y palpitante miembro viril. Se sentía lista para recibirlo y que la hiciera delirar.

—Ya quiero estar dentro de ti, Lucila, ponte de cuatro.

Había imaginado que primero harían algo así como la vieja postura del misionero, algo para conocerse un poco más íntimamente, pero al parecer no era la misma idea de su compañero. Lucila no estaba dispuesta a discutir por eso hizo lo que él le mandó. Se colocó en la típica pose del perrito y ahí volvió a sentir que tenía una nariz enterrada en sus partes. Aquel la dejaría tan ondeante como una bandera si él seguía lamiéndola y chupándola entera.

Humberto no solo disfrutaba de sentir el sabor de Lucila, sino que también la estaba lubricando para su majestuosa entrada a la privacidad de la joven. Al tiempo que iba a introducirse dentro de ella, recordó que necesitaba el condón, aunque no se quería privar de sentir la estrechez y la humedad de los fluidos de ella. Se arriesgó y de una vez la penetró haciendo que Lucila se agarrara de las sábanas de la cama con mucha fuerza y gimiera con impulso.

Él se quedó en esa posición por un instante y con su miembro revolvió el interior de Lucila buscando que su hombría estuviera bien adentro.

La muchacha escuchaba los gemidos de su compañero de cama cuando este gozaba moviendo sus caderas de un lado al otro. Quizá él no sintiera que estaba a punto de perforarle el útero y pasar a su estómago en cualquier momento. Cuando sintió que volvió a embestirla, se atajó de lo que pudo porque lo hacía con una fuerza devastadora. A ella le gustaba que el sexo fuera duro, no era de esas mujeres que esperaba romance en la intimidad. Lucila quería placer, deseaba el éxtasis de la relación. Él estaba cumpliendo a cabalidad sus requerimientos.

La embistió un par de veces hasta que supuso que no aguantaría mucho tiempo más y por eso se detuvo para buscar el condón que se encontraba en el bolsillo de su pantalón que había dejado sobre la cama cuando se desnudó.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucila al sentir que él no se movía.

—El condón me lo tengo que poner...

—¿Lo estábamos haciendo sin condón?

—Sí.

Guardó silencio y maldijo por un instante. Para eso le había llevado los condones que pidió.

Tras ese momento de desconcentración escuchaba como rompía el envase, solo esperaba que no lo hiciera con los dientes para que terminaran de desgraciarse. Después, él la volvió a colocar como deseaba y la penetró otra vez. Parecía furioso, poseído por una fuerza que su cuerpo apenas podía quedarse quieto para que la siguiera embistiendo a su gusto.

Los susurros de Lucila le pedían que lo hiciera más fuerte y más duro. Hacía tiempo que no tenía sexo rápido y satisfactorio en donde le decían que no parara. Estaba demasiado excitado para dormir esa noche y sentía que su invitada se quedaría a dormir porque no pensaba dejarla ir. Con las ganas que tenía, utilizaría toda esa cajita para desahogarse.

Ella estaba a punto de alcanzar el orgasmo cuando él lo hizo primero y paró el buen ritmo que llevaban. Ella estaba sudorosa y la cama a su alrededor, desparramada.

—Eres insaciable o yo soy débil, Lucila —comentó Humberto, mientras se arrojaba sobre la cama justo al lado de ella.

—Todo estuvo bien —dijo Lucila—. Me preguntó cómo es que no usaste el condón que compraste. Se suponía que era para esto.

—Soy sano, si es eso lo que te preocupa. No soy alguien que aliente la promiscuidad. Tuve una novia por muchos años...

—No estoy insinuando nada, solo que me resulta ridículo que compraras condones para no usarlos.

—Prometo usar todos contigo esta noche. Eres deliciosa por eso entiendo que tu ex novio todavía te persiga.

—No es incómodo hablar del ex cuando acabamos de... ¿Tú sabes...?

—Lo sé. ¿Te apetece una cerveza? Te puedo llevar a que conozcas mi cocina. En este piso dudo que alguien nos vea salvo que esté en otro edificio, podemos ir desnudos.

Lucila rio y se levantó de la cama.

—Primero entraré al baño y después iremos a por una cerveza.

Capítulo 18

Todavía la cabeza le estaba dando vueltas por las cervezas que se había tomado mientras comían la cena. Cuando se sentó a orinar, su entrepierna le ardía y también sus piernas parecían temblar. Fue un encuentro duro, uno que le gustó porque llevaba tiempo sin hacerlo y con su anterior novio acostumbraba a hacerlo de esa manera. Ya no necesitaba que nadie la tratara como si se fuera a romper. Había pasado por esa etapa. Cada una de sus etapas sexuales las recordaba con todo lo bueno y lo malo.

Se limpió, apretó el botón del agua y después se mojó un poco el rostro antes de regresar a la habitación junto a Humberto, pero al salir del baño, él ya no estaba ahí. Cogió la sábana para taparse con ella y caminar por el lujoso departamento.

Ella llegó hasta la cocina y lo vio desnudo, hurgando en la heladera. De ahí sacó una bandeja de salame, queso, aceituna y snacks como nueces y almendras. También cogió una lata de cerveza. Sacó un vaso del mueble de la cocina, abrió la bebida y la se sirvió haciendo que botara toda la espuma.

—Dicen que la cerveza debe servirse así para que la panza no se infle. ¿Qué piensas tú? —preguntó Humberto—. ¿Tienes hambre?

Lucila se acercó y cogió solo los frutos secos y le dio un sorbo a la cerveza, una que la dejó con un bigote de espuma.

—Deberíamos buscarlo en internet para salir de dudas. San Google lo resuelve todo —respondió.

—Ahora no tengo ganas de mirar en Google, sino que quiero que continuemos. —Humberto tomó la cerveza en un trago largo y después la cogió de la cintura.

En verdad él se sentía ardiendo, quería más de Lucila. Llevaba meses sin sexo rabioso. Desde que Nichole dejó de gustarle para esposa, evadió sus responsabilidades de novio y no quiso intimar con ella. Siempre decía que estaba cansado pese a no ser así, aunque en ocasiones tenía sus recaídas y lograba que le hiciera el favor.

Tenía pensado gastarse los otros condones que le quedaban. Sabía que lo que ambos vivían era algo efímero y que pronto tendría fin. Ellos habían aprovechado una oportunidad de flirteo y nada más. Era probable que se encontraran de vez en cuando para compartir la cama. En verdad Lucila le agradaba, pero no estaba listo aún para algo serio si acababa de terminar con Nichole. Y lo peor de todo era que ella seguía creyendo que continuaban la relación. Se daría contra una pared cuando regresara al país.

—Al menos espera que me coma las almendras...

—Lo lamento, pero ya estoy muy endurecido para tener paciencia.

Ella rio y después sintió que Humberto se balanceaba contra su entrada, intentando mover la sábana que la cubría.

Sin soportarlo más, Humberto la cogió en brazos y la llevó de nuevo hacia la habitación, pero no la acercó a la cama la dejó cerca de la ventana y él fue a coger el preservativo para después ir a por ella y destrozarla con su ansiedad.

La mantuvo con el rostro pegado al vidrio, mientras la asaltaba por un rato que no era fácil de precisar para ninguno.

A Lucila le agradaba lo que ocurría porque se sentía caliente cuando estaba cerca de él, tenía un conjunto de cosas que lo convertían en algo deseable y también se sentía atendida en sus necesidades. Era mejor no dejarla pensar ni comparar demasiado entre parejas porque ella apenas estaba conociendo a Humberto.

Ella creía que después de esa noche no se volverían a ver. Ellos no pertenecían al mismo mundo. Lucila era pobre y él un rico empresario, rico en todos los aspectos. No estaban destinados ni siquiera a ser vecinos.

—Fue una hermosa vista de la capital —habló Lucila con humor después de que él se alejara para arrojar el condón usado en el basurero del baño.

—La mejor vista de todas. Desde mi casa no tenía esta vista.

—Yo ni en mis sueños pensé tenerla. Creo que los vecinos debieron haber vistos mis senos. Hay otros edificios en los alrededores.

—No creas, este lugar tiene buen polarizado o quien estuviera aquí se asaría con el sol —replicó Humberto que se acercó a Lucila que tenía gran afán por cubrirse el cuerpo después de que le había visto todo.

Él suponía que se excedió un poco con la intimidad, pero se sentía tan excitado que, si no hacía todo lo que pensaba, terminaría muerto.

—¿Te apetece una cerveza? —interrogó él.

—Sí.

—Te la traeré.

Mientras que él se fue pudo observar todo y tocar lo que deseaba. Entró a lo que sería su cambiador. Era un lugar enorme con un montón de camisas y remeras colgados en perchas, ordenadas por tonalidad de colores.

—Esto solo se ve en Pinterest —murmuró. Después miró los zapatos, ninguno era chino o sin marca—. ¿En dónde te has metido, Lucila? —se reprochó al distinguir todos los lujos de su compañero de cama.

Humberto regresó a la habitación y no la encontró en donde la había dejado. La buscó y la encontró mirando todo.

—Esto es el triple de la pieza que arriendo... —comentó Lucila al ver que Humberto entró a su cambiador.

—Tal vez sí...

—¿Tal vez sí? Es que es un sí sin el tal vez. Wow, hay gente con mucho dinero. Y no me digas que alguna vez podré tener algo así...

—No lo iba a decir. Lo que ves es parte del dinero de las ganancias que me dan las acciones en las empresas de mi padre. Si bien Alberta es de mi propiedad, sus ganancias son más modestas.

—¿Modestas vendiendo vestidos a 500 dólares?

—Es una marca nacional de lujo. Cuando estés en una empresa comprenderás que para cubrir ciertas necesidades y obtener un margen de ganancias necesitas un buen precio. La gente quiere algo que los diferencie de los demás y eso lo hace Alberta. La idea es expandir la marca a otros países y yo no apunto solo a América Latina, sino que lo hago hacia Europa y Estados Unidos.

—Tienes muchas ideas...

—Siéntate y te comento otro par de mis ideas.

Capítulo 19

Después de charlar al menos una hora con un par de cervezas encima, ambos sintieron sueño. Lucila miró la hora en su móvil y sintió que era momento de irse.

—No creo que puedas llevarme a mi arriendo —pronunció Lucila—. Puedo llamar un taxi.

—No, no quiero que vayas en este estado a ningún lugar. Tampoco puedo comprometerme a llevarte porque chocaría por cualquier columna de electricidad y terminaríamos muertos. Te llevaré después del almuerzo.

—Pero si tengo que trabajar mañana por la tarde.

—No hay discusión, te quedarás conmigo hasta que amanezca. Almorzaremos juntos...

Lucila rio y aceptó. Estaba a punto de quedarse dormida. Los dos fueron hasta la cama y no tardaron en quedarse cuajados.

Por la mañana, la empleada doméstica de la casa de los padres de Humberto fue hasta el departamento del muchacho. Al llegar encontró un montón de latas de cerveza sobre la mesada de la cocina. También había un móvil que no era un iPhone, en el mismo lugar. Limpió y comenzó a preparar el desayuno y también el almuerzo para Humberto.

—Hola, Blanca. Prepara todo para dos —pidió Humberto que se había puesto una bermuda y una remera.

—Sí, señor. Aquí hay un móvil...

—Sí, es de mi acompañante que sigue durmiendo.

—Son las diez de la mañana.

—La despertaré.

Humberto fue hacia su habitación y miró a Lucila que seguía felizmente dormida.

—Lucila, es hora de desayunar —pronunció moviendo el brazo de la muchacha varias veces.

—Mmm...

La respuesta de vaca que le había dado Lucila no le daba buenas vibras. No quería despertar.

—Vamos, Lucila. Tienes que ir a trabajar después... —insistió.

—Ya, ya, ya. Quiero dormir más —replicó con voz pastosa.

—Blanca está preparando el desayuno.

—¿Quién es blanca?

—La empleada de mi mamá que viene a limpiar en ocasiones.

—¿Y mi ropa?

—Supongo que está por toda la casa. Ten tu móvil, lo dejaste abandonado en la cocina.

—¡Son las diez y media! —exclamó Lucila. Eso hizo que fuera un salto y buscara sus prendas.

Se sentía sucia y sudada, pero satisfecha. Al llegar a su casa se limpiaría hasta el alma. Cogió sus ropas y se las colocó frente a Humberto. Eso fue incómodo. ¿Qué ocurriría después? ¿La volvería a buscar?

—Bien, estoy lista —dijo Lucila.

—Estás lista para hacer el ridículo. Te has puesto la blusa al revés —habló burlándose.

—¡Ay, qué vergüenza!

Resolvió ese problema y fue hacia la cocina acompañada por Humberto. La empleada la miraba como si no fuera lo que esperaba y Lucila lo sabía. Hasta en la piel se notaba que ni siquiera parecían ser de la misma raza.

—Hola... —musitó Lucila, avergonzada.

—Hola —correspondió la empleada que colocó un plato de huevos revueltos con tomates cortados frente al desayunador. Después colocó un jugo verde y unos quesos cortados en cubos en un pequeño platito.

Lucila se preguntó en dónde están los panificados como el coquito, palito, rosquita o una baguette con una taza de café con leche. Los ricos comían otra cosa. Lo único que pudo hacer era darle una sonrisa nerviosa a la empleada de nombre Blanca.

—Siéntate, Lucila. El desayuno es sencillo... —aseguró Humberto.

—Seguro... —resopló. Debía ser una broma suya, porque no imaginaba qué sería algo no tan sencillo.

—Blanca está preparando unos camarones al ajillo con patatas gratinadas al horno. Ese será nuestro almuerzo.

Al escuchar lo que había para el almuerzo, ella prefirió decirle que mejor la llevara a su casa. No podía darse el lujo de tener una diarrea que la dejara en su peso ideal. No, debía trabajar.

—Todo se escucha delicioso, pero yo tengo que irme después del desayuno, sabes que tengo que trabajar. ¿Ustedes no trabajan los sábados? —preguntó Lucila para conversar.

—Sí, pero nos turnamos. Bueno, ellos se turnan. Yo no voy los sábados si no es necesario. En cada departamento van sábados de por medio.

—Qué envidia. A mí me toca trabajar todo el tiempo.

—Eso cambiará cuando envíes tu currículum a varios lugares para probar suerte. Hazme caso, envía eso antes de acabar la carrera, porque después te recibirás y serás una junior eterna.

Ella resopló.

—Sí, yo sé. Prepararé mi currículum esta semana en el salón de informática de la universidad.

—Puedes usar mi ordenador. Llévatelo.

—No, por Dios. Me lo robarían, tengo mucho miedo de que me lo quiten y no te lo pueda devolver.

—Entonces vendrás en la semana a hacerlo.

—No hace falta. Puedo hacerlo rápido. No escribo solo con dos dedos en el ordenador.

—Como quieras, te lo he ofrecido como una facilidad.

—Facilidad de que me lo roben...

Ellos continuaron desayunando mientras discutían cosas de la profesión en la que ella deseaba entrar. Él tenía la buena intención de que Lucila hiciera bien las cosas, pero lo único que hacía era asustarla porque no se sentía lo suficientemente capacitada para llegar al nivel del hombre que estaba frente a ella.

El desayuno al que Lucila no le tenía fe, en realidad estuvo delicioso, pero seguía haciéndole falta su café con pan para despertar.

Al acabar de desayunar, fueron al estacionamiento para subir al vehículo que los llevaría hacia el alquiler de la muchacha.

—Hoy no hay mucho tráfico, por lo general se llega rápido a todas partes —comentó Humberto para que Lucila hablara un poco.

—Sí, también para repartir los pedidos.

—Tengo una duda...

—¿Cuál?

—¿Ya has comido camarones?

—No, y les tengo miedo. Sabes que no tenemos mar, ¿verdad? Es por eso que no abundan en un puesto callejero y tampoco puedes pedir una empanada de camarón. No te la venderán, ley de la oferta y la demanda.

—Ja, ja, ja... Me matas, Lucila, en verdad que lo haces.

—¡Te burlas porque soy pobre y no como esas cosas raras! Mi cara en el desayuno decía: «mierda, ¿dónde están el café y el pan?»»

Ese último comentario que hizo Lucila terminó de partirlo de risa. Ella era tan fresca, tan normal y sencilla que le encantaba su forma de ser. Todo lo deseaba común y eso no era malo, mas él quería que la joven ampliara sus horizontes. Humberto tendría mucho que mostrarle a Lucila.

OceanofPDF.com

Capítulo 20

Al llegar frente al alquiler de Lucila, ella no sabía qué hacer. Debía despedirse, aunque no sabía cómo. ¿Tal vez con un beso en la boca o en la mejilla? ¡Dios, tuvieron sexo! Alguna nalgada sería una excelente forma de despedirse. Ante su indecisión, Humberto se había acercado a ella.

—Estaremos mensajeando, Lucila. Recuerda lo de hacer tu currículo —recitó antes de darle un corto beso—. Chau...

Ella sonrió y levantó una mano para despedirse.

—Así lo haré. Chau, Humberto —se despidió. Después abrió la puerta del vehículo para descender de él.

Cerró con cuidado y se alejó unos pasos para ver que Humberto regresaba a su residencia. Ella tenía muchas cosas que hacer, mientras él descansaba y comía sus camarones al ajillo. Lucila pensaba comprarse un par de empanadas de Don Vito, una franquicia de empanadas nacionales. Le fascinaban las de chilena y palmito. Qué camarones, ni qué camarones, las empanadas eran mejores.

Buscó su llave en el bolso hasta que lo consiguió. Al entrar y ver todo un poco desordenado, tuvo una cachetada de realidad. Por la noche estuvo mirando la bella noche asuncena con vista al río, y en ese momento estaba saludando a «Kuka» su *roomie*, una cucharada voladora que se le escapaba con frecuencia.

Le hacía mal juntarse con el millonario Humberto Albertini. Lo único que tenían en común era que respiraban e incluso, quizá la vida de Lucila fuera inútil en comparación a la de un hombre de su inteligencia y preparación. Ella no aportaba nada en ningún lugar. Era una simple chica que había nacido pobre, aunque la idea era morir de otra manera. Siempre confiaba en que cada generación familiar debería ir un escalón más arriba y ella estaba decidida a que así sería. Para eso se hallaba estudiando una carrera universitaria. Pudo haberse quedado en la chacra, pero hubiera sido infeliz pasando penurias y malas cosechas.

Ella dejó todas sus cosas sobre la cama y se dispuso a buscar un vestido para poder estar cómoda después de tomar un baño rápido. Deseaba descansar un poco más antes de ir a trabajar.

Mientras estaba desnuda y se enjabonaba el cuerpo, recordaba la noche anterior y se reía como tonta. ¿Cómo se había atrevido a distenderse de esa manera con un extraño? Alguien a quien conoció como cliente de la farmacia y para colmo, ella le había llevado los condones que usó con ella. Consideraba que quizá esa fue la única oportunidad que le dio la vida para comer lo mejor de lo mejor, o sea, a un tipo con plata. Fue una noche espectacular, pero debía admitir que comenzaba a tener un dolor de cabeza punzante, y eso debía ser a causa de las cervezas que se había tomado y por el desvelo.

Al salir del baño, buscó algo para el dolor de cabeza. Esperaba que no estuviera vencido. Al hallarlo, cogió un vaso y lo llenó con agua del grifo.

Tomó la pastilla acompañada con el agua. Luego bebió tres vasos más. Parecía deshidratada.

Antes de colocar su despertador y dormir un rato más, ordenó un poco su pequeño lugar de alquiler. Tenía que pasar por algún sitio para conseguir algunas cosas rápidas y básicas. Por fin tenía una heladera para guardar cosas. También un poco de hielo, ya no tendría que ir a comprar del vecino. Esas pequeñas cosas la llenaban de emoción. Cuando acabó con su cometido, se recostó en la cama y no tardó mucho en dormir pese a las molestias en la cabeza.

Durmió una hora y media hasta que sonó el desafortunado despertador del móvil con esa molesta musiquita que era capaz de poner nervioso al más tranquilo de los hombres. Buscó sus prendas para vestirse y conseguir el pan de cada día.

Miró que la motocicleta tuviera combustible como un linternazo al tanque, pues ese modelo no contaba con medidor. Sería horrible tener que quedarse con ese armatoste en medio de un camino y más en la noche, cuando no existían demasiadas estaciones de servicio que operaban las veinticuatro horas. Sacó su bicicleta sobre la vereda para poder prepararse para partir. Cerró su pieza y se montó en la motocicleta en medio de aquel calor abrasador de unos treinta y ocho grados centígrados. Ese día el sol estaba durísimo, por lo que bajo su remera verde llevaba un abrigo ligero para que la protegiera.

Se colocó su casco y partió rumbo a la farmacia. De nuevo el asfalto caliente hacía que el calor subiera por todo su cuerpo y se sintiera sudorosa.

Ese día en particular, la motocicleta le parecía más incómoda que nunca. Sus piernas le dolían y ni hablar de su maltratada entrepierna. Ella estaba molida, pero feliz. No sabía qué esperar y si había algo entre ellos, esperaba que fuera bueno de verdad.

Humberto pasó su día sentado en su ordenador traduciendo un par de ofertas para que Alberta llegara a Europa. Sonaba ambicioso, pero en el país, uno en el que no se tenía mucho poder adquisitivo, la marca vendía bastante bien, mas la ambición de Humberto quería llevar a Alberta a otro nivel. Algún día deseaba que la gente le dijera que vio su tienda en Dubái, eso era una locura. También estaba trabajando en la implementación de la venta por catálogos en internet. Una tienda virtual era otra idea vanguardista que lo ayudaría a posicionarse junto a los gigantes en marcas de ropa.

Mientras estaba tranquilo haciendo números, alguien golpeó a su puerta. Él abandonó lo que estaba haciendo para poder atender a quien fuera.

—Mamá —dijo al abrir la puerta.

—Blanca me ha dicho que estuvo aquí...

—Sí, mamá. Pasa —pidió educado.

.

—Tu departamento es bonito. Primero creí que querías independencia, pero después de lo que me dijo Blanca, no me pude quedar con los brazos cruzados. ¿Cómo es eso de que una chica extraña pasaba la noche contigo? ¿Y Nichole?

—Ella y yo ya terminamos. Solo falta que Nichole venga al país y asunto arreglado. No quiero hablar de eso porque tú y papá defienden a alguien que no piensa un poco... Me aburrí de Nichole y es todo.

—¿Te aburriste? Hiciste que perdiera años de su vida.

—Se los pagaré de alguna manera, pero no será con mi sacrificio.

OceanofPDF.com

Capítulo 21

La mamá de Humberto estaba muy enfadada con su hijo porque había defraudado a Nichole, su novia de años. El matrimonio de ellos era tan esperado por todos que no podía creer lo que aquel estaba haciendo. Tanto tiempo desperdiciado por una desconocida.

—¿Quién era la fulana con la que estabas aquí anoche? —increpó. Dejó su cartera sobre la mesada de la cocina y se sentó.

—Eso no es de tu incumbencia, mamá. Tengo veintisiete años y no tengo que darte razones de mis decisiones o contarte quién es mi nueva pareja si es que la tengo. Estoy soltero y nada más, disfrutando de la tranquilidad de la soltería. Nichole terminó por asfixiarme y ya no pude más. Ahora solo quiero libertad.

—¿Entonces no tienes una relación con nadie que no sea Nichole?

—Con nadie, ni con Nichole. Ella sabe que terminamos y si quiere hacerse la ciega yo no puedo hacer nada. Soy un adulto emancipado de mis padres y ya, no necesito reclamos ni consejos para que me case con Nichole porque es amiga de la familia. Yo ya no quiero estar con ella, fin. Espero que todos lo respeten. No les pido aprobación, sino respeto por mis decisiones.

Su madre se levantó de la butaca y fue hacia la máquina de café con cápsulas que tenía su hijo. Cogió una de las cápsulas de café corto, buscó

una taza en la alacena. Después puso a funcionar la máquina. Su hijo había dejado de hablarle. Seguía inmerso en su ordenador.

—Te pido que lo reconsideres —solicitó su mamá.

—No voy a reconsiderar nada. Mejor si me haces un capuchino ya que estás cerca.

La señora hizo lo que su hijo le había pedido. Cogió una cápsula de capuchino y tomó otra taza distinta para ese sabor del café. Buscó el edulcorante con stevia y le colocó un par de gotas. Una vez que terminó de prepararlo, le acercó la taza al joven.

Humberto se sentía cansado por haber dormido poco. Estaba exhausto después de haber tenido relaciones con Lucila. ¿Qué debía hacer? ¿Hacerse el tonto y continuar como si nada hubiera ocurrido o intentar tener más sexo?

No estaba seguro de que quisiera una novia de inmediato, pero disfrutaba de la compañía de Lucila, por lo que quería pensar que ella era una mujer del siglo XXI, que podían tener cositas sin compromiso, ni exigencias. Ella salía de una relación tóxica y violenta al igual que él. Ninguno de los dos estaba listo para decirse te quiero o te amo. Podrían gustarse, pero todavía no pasaba de eso. Se gustaban y aquello era muy bueno.

Estaba pensando si lo ideal era invitarla de nuevo por la noche o dejar que todo se asentara. No quería que pensara que la había utilizado. Le

resultaba desagradable especular en que pudiera sentirse de esa forma por más que fue una relación consentida.

Era extraño haber tenido sexo con otra mujer distinta a la misma que tuvo por cinco años. El problema en sí no había sido la intimidad entre él y Nichole, sino la incompatibilidad de pensamientos. Ella creía merecer el mundo por ser quien era y él pensaba que debían existir esfuerzos propios para merecer el mundo.

Sin bien su papá le había dado Alberta tiempo después de su creación, fue el mismo Humberto quien levantó los números de la empresa, primero con sus ideas y luego con otros aportes. Él quería trabajar por lo suyo. No se sentía bien siendo un parásito de su familia. Tenía que comprender el negocio familiar y demostrar que era capaz de dirigir una organización. El *holding* de empresas de su padre no podía quedar a la deriva si él era un inculto al que cualquier otro profesional podía tomarle el pelo. Sabía que no daría abasto en un futuro no muy lejano, pero al menos tendría la forma de controlar, pues conocería el negocio en su esencia.

Después de que su madre se retirara, él se quedó más pensativo. No sabía si ir tras Lucila o quedarse en casa. Era sábado por la noche y no quería permanecer aburrido en casa. ¿Qué podía hacer? ¿Encender el televisor y morir de fastidio? Prefería ir a buscar a Lucila y comer algo juntos, algo sencillo que a ella le gustara. Esperó que fuera la hora en que ella salía de la farmacia y se dirigió a la morada de la chica.

Mientras estaba quieto en un semáforo, se fijó que una motocicleta con alguien de remera verde y una mochila negra se colocaba frente a él. En

el instante distinguió que era una mujer, se trataba de Lucila que iba a bordo del biciclo.

Él comenzó a bocinar varias veces y ella no se volteaba a verlo. Insistió hasta que vio que ella le había enseñado su dedo del medio.

—Qué modales, señorita —dijo entre risas. Luego bajó la ventanilla y para decirle algunas palabras

Lucila estaba enfadada porque una camioneta le bocinaba y hacía cambio de luces como si estuviera cometiendo alguna infracción. Solo aprovechó el espacio entre el paso peatonal y el vehículo. Después de un momento de provocación, le mostró su dedo. Estaba sumamente cansada como para soportar las tonterías.

—¡Qué modales, Lucila! ¡Venga ese dedo! —exclamó Humberto.

Ella al escuchar su nombre dio vuelta su cabeza para mirar hacia atrás. Aquel irritante conductor era Humberto. ¿A dónde iba a esas horas?

El semáforo cambió a verde y ella se adelantó un poco para encostarse cerca. La camioneta de él la siguió. Lo vio descender y acercarse.

—Quería llamar tu atención —contó Humberto.

La chica se quitó el casco, dejando ver su coleta desparramada.

—Eres exasperante cuando quieres. ¿Qué haces por aquí?

—Iba a tu casa para invitarte a comer algo.

—¿En serio? —preguntó sonrojada.

—Sí, y no será camarón. Estaba pensando algo así como una pizza o un lomito o tal vez algo de McDonald's. ¿Qué prefieres? Si estás cansada voy a buscarlo y me esperas en tu alquiler.

—Pero ahí no tenemos una vista de Asunción...

—Si quieres ir a mi departamento, no hay problema.

—Esta vez nos quedaremos en mi pieza. Trae lo que quieras. Si vas a McDonald's me traes una McNífica, si es un lomito, quiero un árabe mixto con salsa de ajo y si es una pizza, de pepperoni. Así te evitas la fatiga de pensar por mí.

—Una mujer que dice lo que quiere. Soy tan afortunado. Ve a tu casa. Nos encontraremos ahí.

Capítulo 22

Ella se despidió de él para partir hacia su alquiler, llegar como tromba furiosa y hacerle creer que era pobre, pero limpia, aunque la realidad era que no tenía muchos ánimos de ordenar por el cansancio. Conducir una motocicleta por el calor infernal de las calles asuncenas no era una tarea sencilla, pero por Humberto Albertini podía hacer una excepción para cansarse aún más esa noche.

Al entrar a su pieza, corrió para recoger todo lo que estaba tirado sobre la cama, después arreglar la cocina y darle un barrido general al asunto. Después buscó alguna ropa que usaba para estar en su casa y se metió al baño para echarse un poco de agua y no oler a patas de camello, luego se fijó que no quedara ningún mojón en el inodoro. No quería sufrir la humillación de que alguien viera lo que salía de su cuerpo.

Al pasar media hora, él apareció en su arrendamiento con el pedido. Golpeó la puerta y esperó a que le abriera. Una vez que lo dejó pasar, Humberto miró de pies a cabeza a Lucila. Tenía un short que podía jurar que era bastante corto y una blusa con tirantes en color azul. El conjunto en si resaltaba la figura de la muchacha que se hallaba sonriente frente a él. Esa noche podía distinguir las piernas blancas y contorneadas de Lucila, su cintura estrecha, sus senos pequeños y unas caderas que podían llevar a la locura a cualquiera.

—Ya estoy aquí. Un árabe mixto para ti con una cerveza... Una cerveza siempre ayuda a enfrentar un mal día y para mí un lomito sándwich

con más cerveza —comunicó Humberto enseñándole la bolsa.

—¿Y la salsa de ajo?

—Espero que la pusieran en la bolsa —rio nervioso. Al parecer su mente no funcionaba muy bien para algo que no le habían dicho que pidiera, o tal vez se lo había dicho y él lo olvidó.

—Si no hay salsa de ajo no pasa nada —dijo para que Humberto no se sintiera tan culpable, aunque deseaba de corazón que esa salsa estuviera ahí —. Pasa y nos acomodamos. Aquí no hay aire acondicionado central ni música funcional en las habitaciones.

—No moriré si no tengo eso. ¿Quieres que meta la cerveza en el congelador para que no se caliente?

—Sí. Ten cuidado de que mi heladera no se desarme.

Humberto rio ante el *autobullying* que ella se hacía por ser pobre. Él creía que Lucila era más prejuiciosa que una persona con dinero. Llevó las cervezas al congelador de la parte de arriba de la heladera. Ahí había hielos en bolsita y unas salchichas congeladas. Hizo espacio y ahí dejó las bebidas para que se enfriaran un poco. Después echó un vistazo más abajo en el aparato y ese lugar tenía verduras solitarias: un tomate, una cebolla y un morrón verde. También tenía tres huevos y los infaltables condimentos como el ketchup, mostaza y mayonesa.

—¿Qué comes? —curioseó luego de fijarse en la heladera.

—¿Preguntas si cocino? ¿Con qué tiempo? No tengo a nadie a quien alimentar. Me como un sándwich, alguna empanada o asaditos por la calle. No puedo llegar de la universidad y prepararme unos langostinos. Este cuerpo con rollitos está hecho a base de pan y frituras —respondió.

—Dime la verdad, Lucila, ¿me odias?

—¿Qué? ¿Odiarte por qué?

—Porque como camarones... No sé, tú dime.

—No te odio. Que a mí no me gusten los camarones es otra cosa. Nunca pude pagar algo tan caro. Vi cuánto cuestan los congelados y no pienso gastar un jornal en algo que no pinta tan bien.

—¿No te animas a probarlo?

—Le tengo miedo a la colitis. Tengo el estómago sensible para las cosas de gente pudiente.

La risa no podía estar ausente en Humberto, Lucila estaba hecha para la tontería, pero le gustaba.

Siguieron conversando y comiendo en casa de Lucila. Ella era muy auténtica, eso le gustaba mucho a Humberto porque nunca había tenido un noviazgo con alguien que tuviera una realidad diferente a la suya. Él ni siquiera sabía lo que era ir al mercado 4 o a comer empanadas de copetines,

en cambio, ella vivía de eso. La vida del que no tenía mucho era bastante compleja y le llamaba la atención cómo hacían para vivir.

Luego de un par de horas, él se retiró sin acostarse con ella, solo se dieron un par de besos antes de retirarse.

Había pasado más de un mes en que se frecuentaban constantemente y todavía no definían lo que pasaba entre ellos. Acordaron salir, acostarse, compartir o encontrarse, pero no sabían qué relación los unía. Él no le había pedido ser novios, ni amantes, ni nada. Era como un acuerdo cómodo, sin compromiso alguno.

Lucila no quería involucrarse mucho con alguien que no sabía qué deseaba. Temía enamorarse y salir lastimada. Le había costado superar lo que había vivido con Miguel.

En esos días, también Miguel le había escrito insistiendo para que regresaran, pero ella no había contestado a ninguno de sus mensajes. Si una vez fue capaz de tocarle, sería peor después de saber que andaba involucrada con otros. Además, había superado esa etapa con quien ella había querido mucho.

Andaba entusiasmada con Humberto. Cada vez le generaba más interés y ansiedad estar cerca de él. Sabía que era un riesgo de enamoramiento, pero no podía evitarlo. Él era un caballero atento y preocupado. Todo el tiempo le andaba diciendo que la motocicleta era

peligrosa y le preguntaba si enviaba su currículum a los lugares que requerían de personal administrativo. Ella ya estaba llegando al último semestre. Debía trabajar en algún puesto que estuviera relacionado a su carrera, pero no podía y no porque no quisiera, sino porque no conseguía alguien que quisiera a una delivery novata en cuanto a oficina se trataba. Nadie la llamaba para una entrevista, ni siquiera para ofrecerle un sueldo mínimo. Era frustrante, pues deseaba salir de la calle y, aunque Humberto la apoyaba, más parecía presionarla. Lucila sabía que él deseaba su crecimiento personal, pero a veces la agobiaba demasiado, como si fuera que ella no se estaba esforzando en conseguir un puesto así y eso la frustraba. Humberto era muy superior a ella en conocimientos y preparación y aquello parecía hacer que tuviera más ansiedad por conseguir algo que a él le resultara más satisfactorio.

Capítulo 23

El hecho de estar cerca de alguien preparado como Humberto y ella dedicándose a hacer entregas, resultaba ser tan inferior al momento de conversar. Comenzaba a sentirse desmotivada para trabajar como delivery y ansiosa por no encontrar un puesto que encajara con ella.

El viernes por la noche, ella llegaba a su alquiler después de un arduo y cansador día. Los exámenes en la universidad estaban pesados y Lucila debía enfocarse en mantener su nota para la beca. Frente al lugar distinguió la camioneta de Humberto. Tendría que decirle que no podía salir porque tenía que concentrarse en otras cosas y no solo en su cuerpito latino.

Lucila descendió de su motocicleta y buscó su llave en la mochila, ínterin en que Humberto salía de vehículo y se acercaba a ella.

—Te puede pasar cualquier cosa si estás siempre sola, Lucila —advirtió Humberto.

—Sí, lo sé, pero es lo que hay, Humber —respondió con seriedad.

Esa actitud alertó a Humberto. ¿Qué pasaba con la dulce y tierna Lucila?

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —respondió. Abrió la puerta y con una mano le indicó que pasara—. Dejaré aquí la motocicleta porque no tendremos espacio para conversar si la meto.

—Está bien —aceptó Humberto, cauteloso.

Él entró a la estancia a la que ya estaba acostumbrado y se sentó en la cama.

—¿Pasa algo, Lucila? Te siento rara.

La chica miró hacia el techo antes de responder.

—Sí, pasa que no tengo tiempo para estudiar. Dejaré de salir contigo al menos hasta que terminen los exámenes.

—Yo puedo ayudarte con el estudio.

—No me ayudas, me distraes. Necesito concentrarme con el poco tiempo que tengo. Estoy cerca de terminar y no quiero flojear.

—Lucila, quiero que tengas más tiempo para estudiar.

—¡Y yo también, pero no consigo nada! ¡Nadie mierda quiere contratarme!

A él le sorprendió la exaltación con la que ella le respondió.

—Entiendo.

—No, no entiendes, puesto que nunca tuviste que pasar por lo que yo estoy pasando. En este momento estoy estresada, cansada y molesta.

—¿Molesta conmigo?

—También contigo.

—Estoy aquí ligando gratis.

—No estás «ligando gratis» —lo imitó—. Eres alguien que me distrae y ni siquiera eres mi novio.

—¡Oh! ¡Ya entiendo por dónde va este problema! Pensé que éramos novios. Al menos lo presumía. Soy peor que un novio lulú, o sea, de lunes a lunes.

—De donde yo vengo eso se pregunta y no se presume.

Él se levantó de la cama y se acercó a ella, pero lo rechazó. Sin embargo, Humberto continuó insistiendo.

—¿Quieres ser mi novia, Lucila ogro? ¡Ya devuélveme a mi chica! —pronunció.

Ante eso a Lucila no le quedaba más que reír. Se abrazó a él y sonrió.

—No sé si quiero ser tu novia, pero acepto por si acaso —dijo riendo a la vez que apretaba con fuerza el cuerpo de él.

—Lucy, quiero que me envíes tu currículum.

—¿Para qué?

—Para el fuego de mi chimenea, ¿para qué crees? Quiero conseguirte un puesto en Alberta.

—No, no, no. Eso es tráfico de influencias.

—No será así, porque se lo daré a la gente de recursos humanos. Créeme que tendré poco que ver con eso.

—Me niego rotundamente. Yo puedo conseguir algo. Esto solo tardará un poco, ¿sí? Soy capaz de conseguir trabajo de oficina sin ti. Tengo que hacerlo por mi mérito propio. Mi novio no puede darme trabajo en su empresa.

—¿Cómo qué no? Claro que puedo. Voy a tratar de hacerlo por la vía legal y eso es por recursos humanos. Tu contratación dependerá de eso. Si te llaman ganarás un sueldo mínimo.

—Humberto...

—Te paso mi e-mail y no acepto ninguna discusión. Este puede ser el empujón que necesitas. El voto de confianza que te doy, no creo que otro te

lo pueda dar.

—Eres un corrupto.

—Soy corrupto con mi dinero al menos y no con el dinero del pueblo. Iré a buscar algo para cenar contigo y después me iré a casa. Te dejaré estudiar. Es importante que termines la carrera.

—Sí. Te estaré esperando. Y no quiero que vuelva a faltar la salsa o tú y yo tendremos problemas...

—Sí, señora —acató Humberto, bromista—. Mete la motocicleta, no quiero que te agarren desprevenida.

—Eres más miedoso que yo.

—Y cómo no serlo. Todos los días es lo mismo. Robo, saqueo y muerte. No hay otra cosa que ver en las noticias o escuchar en la radio cuando quieres informarte y salir de tu burbuja.

Lucila obedeció a su queridísimo Humberto antes de que este se fuera.

Apenas aquel hombre se subió al automóvil, a ella le había llegado un mensaje con:

halbertini@alberta.com, envía tu currículum ahí. Si no lo encuentro a primera hora de mañana, te buscaré en la universidad y me lo enviaré yo mismo.

Se lo enviaría, no perdía nada. Ya eran novios «oficiales» porque a ella no le gustaba ser la «amiguita» a la que se comía a cada antojo.

Al día siguiente, Humberto se hallaba revisando su correo laboral y ahí encontró el e-mail de Lucila. Reenvió aquello a recursos humanos y enseguida llamó por el interno a ese departamento.

—Recursos humanos —respondió una voz del otro lado del teléfono.

—Juan, te envié el currículum de alguien para el puesto de tesorería. Puede que requiera de entrenamiento, pero es la persona que quiero que se quede con el cargo, descarta a cualquier otro.

—Sí, licenciado —respondió el hombre del otro lado.

—Gracias. Quiero que la llames para una entrevista y que siga como un proceso normal de selección.

—Sí, me encargo, licenciado.

—Gracias. —Humberto colgó el teléfono y sonrió. Pronto tendría ahí a Lucila trabajando cerca de él.

Sabía que era arriesgado tenerla en aquel lugar, pero la apreciaba tanto que quería verla prosperar. Se veía desgastada y machacada por tanta

calle. Ella era una mujer hermosa e inteligente, merecía algo mejor que exponerse a tantas cosas todos los días. Desde los peligros en el tráfico hasta sus llegadas a altas horas en su barrio. Sería apresurado decir que vivieran juntos. La convivencia era difícil y tal vez eso rompiera la armonía dentro de la burbuja del noviazgo nuevo que iniciaban. Se animó a decirlo, le dijo que eran novios. ¿Qué haría con Nichole? Para él esa relación terminó. Ya no se casarían y ya. Estaba más que seguro de eso después de conocer a la chica del delivery.

OceanofPDF.com

Capítulo 24

En medio de sus entregas, Lucila recibió una llamada. Se encuesta con la motocicleta en una vereda para contestar.

—Hola —dijo para responder.

—¿Hablo con Lucila Cabral? —inquirió una voz del otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo.

—Soy Juan Velázquez. Te estoy llamando de la empresa Costuras Albertini S.A., para concretar una entrevista para el puesto de auxiliar de tesorería.

El rostro de Lucila ardía y no era por el calor. Humberto sí había pasado su currículum. ¡Dios! ¿Qué haría trabajando con él? Corría muchos riesgos desde cortar el noviazgo y quedarse sin trabajo. ¿Qué haría sin trabajo?

—Sí... —Fue lo que pudo articular.

—¿Qué horario te queda mejor? ¿Por la mañana o por la tarde?

—Por la mañana. Puedo estar en donde me digan para las once de la mañana.

—Te estaremos esperando en ese horario. Te envió la dirección por un mensaje.

—Dale, gracias.

—Hasta mañana.

Ella cortó la llamada y se quedó con el corazón palpitante. Qué miedo sentía de cambiar la calle por una oficina y más por un trabajo que le conseguiría su recientemente llamado novio.

Lucila buscó en su directorio el número de Humberto y lo llamó, pero él no contestaba porque debía andar ocupado. Insistiría después, debía aclarar algunas cosas y como no se verían, tendría que aclarar todo a través del móvil.

Ella continuó con sus idas y venidas sobre la motocicleta entregando los pedidos. El sol candente de la tarde la estaba a punto de derretir. No importaba que usara algo con mangas, parecía que se asaba al vapor.

Dentro de su mente tenía mil y un preocupaciones, pese a todo lo malo que podía tener ser delivery, ella sentía que era más seguro. Lo que Humberto le ofrecía era un ascenso y un comienzo en la parte administrativa. Eso era algo que ella había deseado, pero no de esa manera.

Nunca había soñado con ser la novia de un millonario, dueño de una empresa. Ni se le había pasado por la mente que eso ocurriría. Ella vivía

envuelta en algo que estaba destinado a no prosperar con el tiempo. Se divertían mucho juntos, pero no eran del mismo nivel social. Todo le divertía a Humberto porque le resultaba nuevo, mas en cualquier momento la realidad podía golpearlos y esa burbuja de diversión se desvanecería.

Una parte de ella le decía que viviera el presente sin esperar nada del futuro. Sentía temor por lo que podía venir. Lucila y él se gustaban. Había atracción y ganas de verse y compartir. Eso podría llevarla a enamorarse y complicar su situación en todos los aspectos posibles.

Una vez que acabó con su recorrido de la noche. Lucila regresó a su alquiler. Se preparó unas salchichas, aunque no tenía pan. Cortó aquello en pequeñas rodajas, las fritó y lo mezcló con dos huevos. Después cortó tomate, cebolla y un morrón verde para preparar una salsita que condimentó con vinagre y sal. Mezcló su fritura junto a la salsita y le echó un par de condimentos, con eso ya estaba hecha.

Cuando se disponía a estudiar un poco para su examen del día siguiente, el móvil de Lucila comenzó a vibrar, pues ella lo había puesto en modo vibración. Vio que Humberto le devolvía la llamada.

—Hola... —saludó ella con una risita pícara.

—Hola, Lucy. Mañana tienes entrevista aquí —comunicó Humberto que había decidido devolverle la llamada una vez que ella estuviera en su casa. No quería arriesgarla.

—Créeme que lo sé. Mañana a las once debo estar ahí.

—Si no estoy de reunión espero verte.

—Humber...

—¿Y ahora qué? —farfulló. Él sospechaba que ella tenía intenciones de echarse atrás.

—¿Crees que es bueno que ambos trabajemos juntos?

—Sí. ¿Piensas que porque eres mi novia no te haré sudar frente a un escritorio? Es probable que trabajes en el área más salvaje de la empresa, en donde nunca existe la paz. ¿Te gustan los desafíos? Conmigo aprenderás mucho.

—Pero y si terminamos, puedes echarme...

—O tú puedes renunciar y dejarme con todo el trabajo tirado. ¿No crees que ambos corremos riesgos?

—Yo necesito el trabajo por eso no puedo renunciar. No importan los peligros de ser delivery, siempre ese trabajo está.

—Está hasta que te enfermes. La rueda tiene que seguir girando, Lucila, y las piezas son recambiables. Ningún lugar es seguro. No te aferres.

—Bueno, me convenciste —confesó pensativa.

—Sí. No debes romantizar a ninguna empresa. Esto es interés de ambas partes.

—Lo comprendo. ¿Cómo ha sido tu día?

—Ajetreado. Está pendiente de lanzamiento la colección otoño-invierno. Hay mucho trabajo detrás de cada temporada para vestir. Con la gente de marketing estábamos viendo cómo liquidar el stock de la colección primavera-verano de este año. Para el año que viene todo debe ser nuevo.

—Tu trabajo es tan interesante...

—Es estresante. Cada puesto tiene sus problemas. No te desanimes. Te veré mañana...

—Hasta mañana, Humber.

—Chau, Lucy. Dejaré que estudies.

Humberto había colgado el móvil y dejó a Lucila preocupada por el mañana. Estudió hasta la una de la madrugada y después ya no pudo más. Se había quedado dormida.

Al amanecer, ella bostezaba mientras preparaba su café frío. Hacía tanto calor que no quería beber nada caliente.

Al acabar el desayuno se dirigió a la universidad para rendir. En el próximo semestre debía cambiarse de turno si conseguía el trabajo en la empresa de Humberto.

Con mucha tranquilidad llenó su hoja de examen. Ella era inteligente, por eso tenía una beca. Cuando salió del aula, observó la hora y le quedaban veinte minutos para llegar a su entrevista. Se apresuró a subir sobre su motocicleta y no perdió tiempo.

En la empresa, pidió que se le anunciara con Juan Velázquez. La recepcionista general le hizo pasar hacia el lado contrario en el que se encontraba Humberto. Lo sabía porque su secretaria estaba atareada sellando papeles.

—Lucila, ¿verdad? —interrogó Juan, el entrevistador.

—Sí...

Ella respondía a cada pregunta que él hacía. Si bien Lucila, en teoría, sabía qué hacer en un departamento de tesorería y cómo manejar un fondo fijo y vales. No había practicado nada, solo sabía cobrar por el pos de tarjeta y dar el vuelto a la perfección. Buscaban una persona que se quedara en el puesto y a la que pudieran preparar.

Después la llevaron junto a la jefa de tesorería, la licenciada Cinthia Cazzola y fue ahí en donde aquella la sometió a presión al decirle que Humberto era un hombre exigente y que todo lo deseaba para ayer.

OceanofPDF.com

Capítulo 25

Nadie en esa empresa sospechaba que era la novia del dueño y era mejor que jamás lo supieran, se sentía avergonzada. Esperaba que no la llamaran.

Al salir de la entrevista con Juan y Cinthia, la acompañaron hasta la recepción. Lucila quiso acercarse a la secretaria de Humberto, pero prefirió llamar a su novio, pero este no le había contestado. Era evidente que tenía demasiadas cosas que hacer. Por eso prefirió retirarse sin ver a su querido Humber.

De nuevo salió a la calle, rezando para que no la llamaran. Buscó un copetín en donde comer algo antes de ir a su casa y cambiarse por el uniforme de la farmacia.

Había almorzado un delicioso guisado de arroz grasoso, como a ella le gustaba. Era uno que hicieron con el corte de carne al que le llamaban falda.

En su morada pudo preparar los libros que necesitaba para su próxima prueba. Estaba a finales del semestre y debía preocuparse para que todo saliera bien.

Al llegar a la farmacia, se puso a leer algo mientras no tenía nada para llevar. Ese era un día tranquilo y esperaba que así continuara y que de esa manera pudiera descansar temprano.

Una hora después, le avisaron que tenía un pedido para llevar cerca de la farmacia. La gente andaba bastante vaga que no podía caminar un par de cuadras.

Cogió el pedido y salió como lo hacía todos los días. La persona que había hecho el pedido correspondía a la tercera edad, no podía llamarlo vago. El señor había salido de su residencia con su andador.

Una vez que le entregó el pedido y tomó el rumbo hacia su trabajo, un conductor distraído no la vio cuando estaba en el semáforo.

Eso había sido todo para Lucila. La motocicleta había sido arrojada junto con ella a unos metros de distancia. Para la chica, en el instante del choque, todo se había puesto negro. Llevaba el casco en la cabeza, pero ella estaba tirada en medio de la avenida. Todo le daba vueltas y su pierna derecha le dolía.

Al tiempo que los curiosos se reunieron a su alrededor, ella fue recuperando la razón. Solo esperaba que no le robaran la motocicleta y la mochila. Su pierna o alguna parte de su cuerpo podían esperar.

El señor que la había atropellado se acercó hasta ella. Tenía el móvil en la mano y hablaba con alguien pidiendo una ambulancia, otros mientras tanto, solicitaban una patrullera para realizar la denuncia.

—¿Estás bien, niña? —preguntó el señor, preocupado—. En verdad lo lamento, me he equivocado de pedal.

Lucila quiso incorporarse, pero su pierna derecha estaba doblada y por nada del mundo podía ponerla recta. Se había quedado endurecida en ese sitio. Cerró los ojos al creer que su rodilla pudo haber sufrido un daño severo.

—Te pondremos en un lugar más seguro —avisó otro hombre que estaba ahí. Entre cuatro la alzaron y colocaron en la vereda, a la vez que otros colocaban la motocicleta junto a ella.

—Trata de no moverte demasiado —pidió otra persona. Alguien se acercó a ofrecerle un poco de agua fresca, mientras esperaban a la ambulancia o la patrullera; el primero que llegara.

Primero llegó una patrulla que estaba cerca, pusieron acta de denuncia para que la persona que había atropellado a la chica no saliera impune. La motocicleta que estaba golpeada la subieron a la camioneta de la policía. Quedaría bajo custodia policial.

La ambulancia de color amarillo se hizo paso entre la gente para llegar hasta ella. Uno de los bomberos se acercó a Lucila, a la par que otros colocaban cerca de ella la camilla.

—Vamos a ver esa pierna. ¿Puedes extenderla? —indagó el bombero.

—No, no puedo —respondió asustada.

—Voy a tener que cortar el vaquero para poder verificar.

—¿En serio? Creo que es el único que tengo.

—Se convertirá en short.

El bombero quitó una tijera del botiquín y comenzó a cortar la tela. La herida que ella tenía bajo la rodilla no sangraba.

—No parece haber fractura, más bien un golpe severo. Vamos a extender...

Lucila dejó que aquel joven bombero se encargara de su pierna. Al extenderla ella lloró de dolor, al igual que su pierna comenzó a manar mucha sangre, era una enorme cortadura que dejaba expuesto parte del hueso.

La subieron a la camilla y la llevaron al hospital del trauma. El bombero le hablaba para que se calmara, mientras las sirenas sonaban para que el tráfico se abriera paso.

En medio de esa locura, buscó su móvil y llamó a la farmacia para avisar que no terminaría su turno porque se había accidentado.

Llegaron muy rápido al hospital. De manera apresurada la llevaron hacia la sala de procedimientos, esperando que la dejaran ingresada.

—Persona de sexo femenino, herida expuesta y sangrante bajo la rodilla, sin probable fractura en el fémur. Causa, accidente de tránsito —

informó el amable bombero que le dictaba a la enfermera lo que debía anotar.

A ella la cambiaron de camilla y la dejaron en otra. Luego la llevaron por los oscuros pasillos de aquel lugar hacia la sala de procedimientos.

El doctor que era demasiado joven para ser un traumatólogo se acercó. Tocó partes de su cuerpo y descartó que tuviera otros golpes. Solicitó anestesia, grampas e hilos de costura.

Lucila le tenía bastante temor a las agujas. Le clavarían una en su pierna.

—Necesitarás de alguien que te retire después de la costura. Vas a estar de reposo al menos cinco días —pronunció el doctor para que ella se hiciera a la idea de que estaría en cama y de que necesitaba que alguien la acercara a su casa.

—Sí, doctor —. Lucila pensaba que si llamaba a Humberto quizá él no le contestara. Lo haría, pero en todo caso pediría que alguien le dijera en donde llamar a un taxi.

Para su buena fortuna, el señor que la había atropellado estaba haciéndose cargo de la mayoría de sus necesidades. Los remedios e insumos con los que el hospital no contaba, él los estaba consiguiendo.

Ella llamó a Humberto y para su sorpresa, este le contestó.

—Hola, Lucy, no me esperaste —reprochó Humberto con un tono burlón.

—Te llamé y pensé que estabas ocupado por eso no devuelves la llamada.

—Acabo de desocuparme...

—Humberto quería pedirte si podrías llevarme a mi casa. Me han atropellado y estoy en el hospital. Ahora me van a coser la herida de la pierna...

OceanofPDF.com

Capítulo 26

Humberto había quedado mudo por lo que ella le dijo. Abandonó su asiento y comenzó a caminar por la oficina.

—¿En dónde estás? ¿Estás bien? ¿Tienes algo roto? ¡Cómo te ha pasado eso!

—Estoy en el hospital del trauma. Estoy un poco golpeada, pero no tengo nada roto. Un señor me chocó cuando estaba parada en el semáforo.

—¡Ves, ves que es peligroso!

—Sí, yo sé...

—¡Ahora mismo voy a buscarte!

—Tienen que hacerme una costura. Estoy esperando los insumos. Te hablo desde una camilla en el pasillo.

—¡Costura! ¡Qué te van a coser!

—Una herida cortante... Humberto... ¿Humberto?

Él ya no quiso seguir oyendo nada. Cogió sus llaves para salir de la oficina.

—Cassia, no vuelvo hasta en unos días. Lo que exista de pendiente me envían al departamento o me hacen una videollamada —avisó antes de salir.

—Sí, licenciado —respondió la secretaria.

Humberto ya tenía un pie en el automóvil y el otro en el hospital por la ansiedad. En la vida había tenido que preocuparse por alguien y justo tenía que involucrarse con alguien que andaba en motocicleta. No había nada más mortal en la vida que subir en una en aquel país sin un poco de cultura en las rutas.

Al menos sabía dónde quedaba el hospital. Cuando estaba concentrado en llegar al lugar en que se encontraba Lucila, su móvil comenzó a vibrar. Miró quien era y se trataba de su madre.

—Hola, mamá —contestó—, ahora estoy un poco ocupado al volante. Puedes llamarme más tarde.

—Solo quiero decirte que vengas a cenar con tu papá, conmigo y unos amigos. Hará un asado de esos que te gustan.

—¡Ufff! No podré ir, mamá. Lucila se accidentó.

—¿Quién es Lucila? ¿Es la furcia esa por la que cambiaste a Nichole? —increpó la madre de Humberto del otro lado.

—Bueno, alguna vez te deberías enterar que Lucila es mi novia y Nichole ya no. ¿Entiendes, mamá? No es tan difícil.

—¿Cómo se te ocurre salir con alguien que no conoces? ¿Quiénes son sus padres?

—¿Acaso eso importa?

—¿Es del club? ¿Del gimnasio?

—Voy a cortar, mamá.

—¡No cortes sin decirme de dónde salió esa fulana!

—OK. La conocí haciendo delivery para una farmacia. Salgo con la chica del delivery.

Al confesar eso la mamá de Humberto se había quedado muda. Al parecer y de manera literal la había dejado sin palabras.

—Ahora sí voy a cortar porque voy rumbo al hospital.

—Qué barbaridad, Humberto. Sobre gustos no hay nada escrito. ¿Qué viene después, vivir en la Chacarita o irte a Haití?

—Chau, mamá. Saludos a papá. Te quiero mucho.

Colgó sin esperar respuesta de nadie. Humberto sabía que tenía muchas cosas en contra cuando se trataba de su relación con otra mujer diferente a Nichole. Cinco años, dos familias, un compromiso no asumido y

seguían sumando los asuntos, pero él ya no quería nada con la otra. Lucila ocupaba su mente y lo estaba haciendo muy feliz en ese poco tiempo. Aunque sabía que todas las relaciones eran maravillosas al principio, después el encantamiento se desvanecía. Tenía que ver hasta dónde duraba con esa muchacha que estaba accidentada. A ese paso, su relación sería más que fugaz, porque pronto podría estar muerta.

Buscó un lugar para aparcar, pues ese hospital no tenía aparcamiento y la calle era la única opción. Encontró un lugar a una cuadra y dejó su camioneta ahí.

Al llegar al sitio, él se enfocó en la búsqueda del cartel de urgencias. Vio a una enfermera que se hallaba sentada frente a un escritorio tomando anotaciones.

—Disculpe, enfermera. ¿Dónde puedo encontrar a alguien que tuvo un accidente de tránsito?

—¿Su nombre? —preguntó la enfermera sin mirarlo.

—Lucila Cabral.

La mujer movió un par de hojas y después encontró la de ella.

—Ella ingresó a procedimientos hace unos minutos. La costura es rápida. Puede esperar aquí. Ese es el señor que vino con ella y se encarga de sus gastos —señaló hacia una persona canosa.

—Gracias.

Humberto se acercó al señor para hablarle.

—Disculpa, ¿tú atropellaste a Lucila? —increpó.

—Sí. Me estoy ocupando de ella —respondió el señor que tenía el móvil en la mano.

—¿Cómo pasó?

—Me confundí de pedal... No sé ni cómo. En lugar de frenar, aceleré. Di negativo al test de alcoholemia.

—Yo me voy a encargar de lo que necesite mi novia. Gracias por no huir.

—Soy un hombre responsable. La chica ya tiene todos mis datos por si necesita algo más. Mi nombre es Ángel Zavala y te dejaré mi número para lo que se ofrezca.

Él anotó por si los datos no coincidían con los que le había dado a Lucila. El señor también le había dicho que la motocicleta estaba en la comisaría y que no sufrió daños de consideración al igual que la jovencita.

Después de que el hombre se retirara, él no tuvo que esperar demasiado. Sacaron a Lucila con el pie extendido y la herida cubierta. Ella no parecía tener ningún rasguño.

—Lucila —dijo apresurado, acercándose a ella.

—Me dieron tanto miedo las agujas —lloró al escucharlo.

—Ya todo está bien... —Humberto le acarició el cabello para consolarla.

—¿Es familiar de la señorita? —interrogó el doctor.

—Soy su novio. ¿Hay algo más que se necesita?

—Tiene que comprar estos remedios para ella. Debe tener cinco días de reposo. —El doctor entregó la prescripción y la hoja de reposo con el diagnóstico para que lo presentarán en el trabajo.

—Sí, doctor. ¿Lucila ya se puede ir?

—Sí. No puede quitar la silla de ruedas del hospital. No puede caminar mucho por la costura y el golpe. Procure acercar su vehículo a la entrada de ambulancias para que puedan retirarse sin forzar mucho la herida.

Humberto asintió y se dispuso a hacer lo que le dijo el doctor. Dejó a Lucila con el guardia de urgencias en la entrada y fue a por su camioneta. Estaba pensando en subirla en los asientos traseros o tal vez correr el asiento del acompañante hasta el fondo. Una vez que hizo lo último, se acercó para subirla. No dejó que ella hiciera un solo movimiento. La cogió

en brazos y la depositó en el vehículo. Luego, cerró la puerta y subió para que pudieran moverse y no obstruir el sitio por mucho tiempo.

—Tengo que hacer muchos trámites. Mañana ya estaré bien — comentó ella.

—Ahora te irás a mi casa para que yo te cuide.

—Tienes que llevarme a mi alquiler.

—No. Te vas a quedar conmigo en mi departamento y es todo lo que voy a decirte. No más peligros, no más calle, no más nada...

Capítulo 27

Lucila no podía creer lo que estaba ocurriendo. No la llevaría a su alquiler.

—¿Estás secuestrándome?

—Si secuestrarte es mantenerte alejada de la motocicleta, sí, te estoy secuestrando —respondió Humberto.

—¿En serio, Humberto? Yo necesito ir a casa. No tengo ropa y estoy con un vaquero cortado. También debo retirar mi motocicleta, rendir la última cobranza, presentar mi reposo en el trabajo y en la universidad...

—¿Puedes concentrarte en no estresarte?

—¿Parece que tengo razones para estresarme? ¡Claro que sí! No voy a cobrar por cinco días. Eso afecta mi salud financiera.

—Si eso te preocupa yo te lo pagaré. La ropa se soluciona rápido. Te compraré algo y ya.

—¡Uy! ¡Todo para el rico es fácil! Pues yo soy pobre. No puedo dejar de trabajar cinco días. ¡Cinco días! Es una locura. Como mucho, me quedará uno. Me siento bien...

—Estabas llorando cuando te vi.

—Fue un momento de debilidad. Le tengo miedo a las agujas, pero eso no significa que no pueda trabajar mañana.

—Te quedarás cinco días en mi casa y no habrá más discusión o me pondré más déspota.

—No eres mi dueño.

—Pero soy más razonable que tú. No te preocupes por nada que me encargará de cubrir lo que haga falta para ti. Escucha, tú puedes recuperar dinero, pero no puedes recuperar un brazo o una pierna o alguna secuela que te quede por un accidente. Esta vez la sacaste barata. Yo me encargaré de todo y tú te preocupas por mejorar.

Lucila se sentía avergonzada por lo que él le decía, nunca nadie se había preocupado tanto por ella. En verdad que él sí la estaba atendiendo como merecía. Si estaba con Miguel, aquel le ordenaría que se pusiera a hacer algo para la merienda.

—Algunas mujeres tienen suerte. Hoy me siento afortunada contigo, Humber. No puedo decir que tuve una experiencia similar en el accidente y en el trato que me das. No estoy muy acostumbrada a que me traten bien.

—Yo no soy tan maravilloso, Lucy. No me gusta hablar de mi noviazgo anterior, pero te aseguro que ella no se sentía afortunada de estar conmigo por las mismas razones por las que tú te sientes así. Tú valoras el trato, que nadie te insulte o te golpee y te trate con respeto. Sin embargo,

ella me valoraba por lo que yo podía gastar. Contigo quien se siente valorado soy yo. No importa que quieras contradecirme cuando tengo la razón. Puedo acostumbrarme.

—Tú ni siquiera te enfadas. ¿Cómo lo haces?

—Claro que me enfado. Que no ande por la vida rompiendo cosas no me convierte en el más tranquilo de los hombres. Tengo mis momentos.

—Yo soy explosiva.

—Ah, ¿sí? Pues prefiero que seas mansa como hasta ahora.

—No me gusta que me lleven a ningún lugar sin mí consentimiento. Te parecerá manso y gracioso cuando te lo digo, pero es básicamente una amenaza.

Humberto giró su cabeza hacia ella. Era evidente que no estaba contenta con eso de irse a vivir con él, pero se pondría menos contenta después de lo que haría por ella.

—Aquí me quedaré. Iré a por los remedios que te recetaron —avisó Humberto.

—Toma —dijo Lucila y le entregó su tarjeta de débito—. La contraseña es 4675.

Él lo agarró y se fue. Humberto no tenía ni una intención de utilizar el dinero de Lucila.

Compró todo lo que estaba en la receta y regresó al vehículo que estaba en marcha con el aire acondicionado funcionando.

Apenas se subió, los ojos pardos de Lucila parecían querer devorarlo.

—No me ha llegado el mensaje de que usaste mi tarjeta —reprochó.

—Porque no la usé. Es mejor que no gastes.

—Después me pasas tu cuenta para devolverte eso.

—No puedo porque ya lo gasté y tengo que darle el comprobante al contador para que calcule mis impuestos.

Lucila colocó los brazos cruzados bajo el pecho, frunció el entrecejo y exhaló aire con mucha fuerza.

Para la buena fortuna de Lucila, él estaba acostumbrado a lidiar con el silencio femenino. Porque si en alguna cosa se parecían ella y su ex, era en que usaban la ley del hielo con él, Humberto parecía vacunado contra eso. En algún momento ella le hablaría.

Una vez que llegaron al edificio, él la cargó para bajarla y la llevó hasta el ascensor. Ahí tocó el número de su piso y esperó. Lucila seguía en silencio, mientras Humberto la miraba con una sonrisa.

Dentro de sí, Lucila ardía de la vergüenza por estar en la casa de él. No se sentía cómoda y encima de todo pasaría cinco días ahí.

Cuando entraron al departamento, él la llevó a la habitación y la dejó en la cama. Le quitó los zapatos y miró el agujero en el calcetín de ella.

—Creo que esa media ya no sirve —comentó al ver que su dedo pequeño salía por el hoyo.

—No es un agujero común, significa que fui a la guerra. No hay nada que el hilo y aguja no solucionen.

—Te dejaré al cuidado de Blanca.

—¡Pero si ella me matará de hambre!

—Le diré que no cocine ningún marisco, ¿te parece?

—Sí. Soy de paladar económico.

—Bien, se lo haré saber. —Al terminar de decir eso, Humberto le acercó el control del televisor y también otros dos controles más que no sabía para qué servían.

Humberto salió de la habitación y cogió su móvil e hizo una llamada a la tienda Alberta del shopping del Sol. Ahí realizó pedidos en tamaño M para Lucila, fue a la cocina y encontró a Blanca en los quehaceres.

—Blanca, atiende a Lucy, está de malhumor porque se accidentó en la motocicleta. Esta es la indicación del remedio que voy a dejarte para que se los des. No quiero que se levante de la cama hasta que se sienta mejor. Tampoco hagas algo de comer que sea muy elaborado. Solo algo sencillo para que ella coma porque no le gustan los bichitos de mar.

—Bueno, señor.

—Ahora buscaré los remedios que dejé en la camioneta y después saldré al shopping, compraré algo para ella, no tiene una sola prenda.

Él fue hacia el estacionamiento y ahí se detuvo por un instante. La gente de la oficina estaba a punto de retirarse.

—Cassia, quiero que mañana a primera hora llames a una concesionaria. Necesito un automóvil pequeño y cómodo —pidió Humberto una vez que Cassia lo atendió.

—Sí, licenciado. Puedo buscarle con el representante del que habíamos comprado los furgones para la distribución.

—Sí, sí. Kia está bien.

—Listo, licenciado.

Capítulo 28

Al subir lo que debía de los remedios y dar las últimas indicaciones, él salió del departamento rumbo al shopping del Sol. Primero pasaría por Alberta para retirar los pedidos y abonarlos. No sería alguien que patearía su propio ingreso, luego pasaría a Unicentro y nueva americana para prendas menos sofisticadas para su novia.

Recordaba que a Nichole le daba dinero mensual para que se vistiera bien, aunque ella tenía dinero. Él era un novio muy atento, pero no fue valorado por esa mujer con la que estuvo. Al menos eso sintió. Tal vez no fuera de esa manera, mas él se sentía así. En cambio, Lucila lo hacía vivir de otra manera. Su forma de ser y su vergüenza lo conmovía. Pese a su pobreza, era educada y le decía lo que pensaba. Humberto necesitaba de toda esa vitalidad. Esta relación con ella era mucho más intensa que cualquier que hubiera vivido antes. Cuando estaba con la chica del delivery todo era diferente, real, palpable. La vida se sentía diferente. Él ya no vivía en su burbuja de comodidad. Tenía a alguien por quien velar, una muchacha trabajadora, preocupada, estudiosa y honesta. En verdad que ella se hallaba sola, ni siquiera tenía un respaldo económico.

Llegó hasta el shopping y pagó por las prendas de su marca. Pasó al siguiente local y tuvo que solicitar ayuda, dando indicaciones de la forma del cuerpo de Lucila y también de las tallas, incluyendo la de sus pies porque necesitaría unas chanclas cómodas. Además, llevaba un par de calcetines. No quería una novia que constantemente estaba en guerra por sus calcetines.

Una vez que la vendedora logró comprender todo lo que él necesitaba, pasó por la caja para abonar el monto de lo que costaría vestir a su queridísima Lucila desde cero.

Mientras tanto, en la casa de Humberto, Lucila intentaba cerrar las persianas porque le daba la sensación de que la gente del resto de los edificios la estaría mirando, aunque eso no pensó cuando tuvieron sexo pegados al vidrio. Apenas movió unos músculos y sintió cómo el dolor se apoderaba de ella. En verdad que no podría trabajar ni por más que lo deseara. Pensaba pedirle a Humberto que, de favor, llevara su reposo a la universidad y también al trabajo. A su hermana le había avisado que estaría bien y que sus padres no se preocuparan por ella, pues no había sido nada demasiado importante.

Había tomado sus remedios, pero sentía que no le hacían tanto efecto en otras partes del cuerpo ajenas a su pierna que cosieron. Hasta pensar comenzaba a ser doloroso.

—El señor Humberto me dijo que te cuidara —dijo Blanca—. ¿Quieres algo para cenar?

—¿Tienen algo que no me haga pensar que un país mediterráneo tiene mar? ¿Qué te parecen unas salchichas o hamburguesas?

—La madre del señor quiere que coma todo de manera saludable.

—O sea que eso significa que me moriré aquí... ¿No hay nada que sirva para comer? ¿Tienen huevos?

—Sí, tenemos.

—Dos huevos hervidos con tomate solucionan todos mis problemas —dijo Lucila.

—Bueno. ¿Licuado verde?

—No, mejor agua del grifo. No soy tan exigente. Gracias.

La mujer que se encargaba de las cosas de Humberto la miraba como si Lucila fuera de otro planeta, al menos llegó a cerrar el panel con la ayuda de esa señora.

Se sentía incómoda siendo atendida. Estaba acostumbrada a hacer todo o quizá nada. Vivía sola, estudiaba y trabajaba. Ni siquiera preparaba comidas decentes. Pasaría cinco días de su vida en casa de Humberto. Esperaba que al menos él fuera a trabajar de manera responsable.

Las preocupaciones no dejaban de afligir a Lucila. Pagar las cuentas, no trabajar cinco días, no presentar los exámenes... Eso la estaba volviendo loca. Para quitarse un peso de encima, llamó a la universidad y preguntó si podía tomar los últimos exámenes y le respondieron que debía presentarse solo para la hora de la materia en cuestión. ¿Cómo demonios haría para presentarse si no tenía su motocicleta, le dolía el alma y tendría al sabueso

Albertini con la nariz fría pegada a su trasero? Pues lo único que le quedaba era ponerse regia y decidida para cumplir con sus objetivos.

—Ya volví —anunció Humberto después de unas dos horas de ausencia—. ¿Cómo estás?

A ella se le abrió el cielo al verlo.

—Te diría que hicieras un hoyo en el patio trasero para arrojar mi dolorido cuerpo, pero no tienes patio. Me duele todo —confesó.

—¡Ja! Y tú que creías que eras inmortal...

—Está bien, no soy inmortal, pero mañana tengo que presentarme a rendir. ¿Hay alguna parada de taxi?

—No, no hay. Yo te llevaré.

—¿Me llevarás? Debes trabajar mañana.

—No iré mañana, ni tampoco los días en que te quedes aquí.

—No soy quien, para criticarte, eres el dueño. Si te quedas no me molestes. Me quedan un par de exámenes. Tengo mis libros en la mochila.

—No voy a molestarte. Estaré trabajando desde el ordenador. Te compré algo para que puedas cambiarte.

—Sería estupendo, ¿dónde están las cosas?

—Las dejé en la sala. Voy a por ellas.

Humberto regresó a la entrada de su departamento y cogió la cantidad de bolsas y algo extra que había comprado.

Lucila tenía los ojos desorbitados al verlo entrar con tantas bolsas y también con unas muletas. Ella solo pensaba en que debía pagarle todo eso. Comenzó a morder su uña del dedo gordo de la mano derecha.

—Te compré unas muletas por si hace falta que te muevas por todas partes. Sé que estás inquieta.

—¿Inquieta? Inquieta es como estoy. Veo que compraste ropa de Alberta y de otros lugares de los que yo nunca compraría nada. Trabajaré toda mi vida para pagar eso.

—Escucha, es mi regalo para ti. Necesitas ropa...

—Ropas comunes, baratas del mercado... —Ella inhaló y exhaló para no explotar.

—El mercado está cerrado a estas horas. Ya compré y listo.

—Humberto, no quiero que piensen que estoy contigo por tu dinero, pero hasta yo me miro en el espejo y lo digo. ¿Te parece que evites comprarme cosas?

—Sí, no tengo ningún problema, si te sientes mejor así, lo haremos a tu manera.

Él vio que Lucila asentía con la cabeza, pero ella ni siquiera imaginaba que Humberto le regalaría un automóvil.

OceanofPDF.com

Capítulo 29

Lucila había pasado una noche terrible. En el sentido de haber sido atropellada, se sentía de esa manera. Después del accidente solo le dolía la pierna, pero eso debió ser a causa de la adrenalina. Casi no había estudiado para el examen. Tendría que pedir clemencia en la universidad. No estaba en condiciones de nada.

—No has dormido bien... —pronunció Humberto, preocupado.

—No. Me duele todo el cuerpo. Esto es horrible.

—Al menos sé que te tomas las medicinas a hora porque yo te las doy. Si quieres vamos a mi seguro. No te han hecho exámenes completos. Tuviste un accidente de motocicleta, no es cualquier caída.

—No me lo recuerdes. No tengo ganas de ir a que me pinchen. No me voy a morir. Me hubiese muerto ayer si Dios se apiadaba de mí, pero aquí sigo.

—¿Quieres que te muestre cómo usar las muletas para que puedas ir al baño en mi ausencia? Iré a justificar tu falta. Nunca pensé hacer esto. No soy ni siquiera capaz de justificar las mías...

—No soy una inútil, te aseguro que puedo hacerlo. Es cuestión de usar la lógica, primero una pata y después la otra, y ya.

—Confiaré en que no te romperás algo. Pídele a Blanca lo que quieras para desayunar cuando venga.

—Sí, al menos ayer cené algo normal. Ahora rezo para que traiga café con unos palitos.

—Me bañaré y salgo.

Ella intentó dormir, pero no podía hacerlo. No estaba tranquila y cómoda pese a que le indicó a Humberto todo lo que debía hacer. Tenía preocupaciones. Vivía del día a día y para colmo de males, su motocicleta estaba en una comisaría, no podía ni siquiera rendir su examen. Era un momento difícil, aunque pudo haber sido peor: fracturada o muerta.

Su novio salió del baño con la toalla envolviendo la parte baja de su cuerpo. A Lucila le encantaba ver a ese hombre desnudo. Dios le estaba permitiendo tener la aventura más extraña de su vida. Ellos no tenían ni una uña en común, eran opuestos en lo económico y en lo físico. Él tenía molde de varón esbelto y ella... Bueno, forma de salchicha mal cargada. No se cuidaba mucho en su alimentación. Comía lo que había y mientras más rápido, mejor. Vivía a las apuradas y no le daba tiempo de evaluar demasiado. Algún día comprendería qué había visto Humberto en ella, porque lo que Lucila había visto en él era evidente.

—Puedo hacerte el favor antes de irme —se ofreció enseñándole su cuerpo con desfachatez. Él estaba excitado y ella accidentada.

—¿En serio te estás ofreciendo?

—Sí. Mira lo ilusionado que estoy. —Humberto le enseñó su miembro erecto sin vergüenza alguna.

Ella se tapó la cara para evitar mirarlo. Sabía que era falsa decencia, pero debía evitarlo porque mientras más lo viera, terminaría en sus brazos.

—Estoy dolorida... —dijo para intentar zafar de la situación.

—Un dolor más, un dolor menos... Al menos este quizá lo disfrutes...

Lucila no pudo hacer mucho, él se había acercado a ella como un león hambriento. Lo que podía decir era que su papel de muerta le salía a la perfección, no había podido mover un músculo, así que dejó que hiciera lo que deseaba con su cuerpo. Ella también salía beneficiada.

Después de aquello, él se retiró para cumplir lo que esperaba hacer ese día por la mañana.

Dentro de su camioneta se puso en marcha para hacer todo lo que necesitaba. Su móvil comenzó a sonar y vio que era Nichole se sentía tentado a no contestarle. Cuando estuvo a punto de haberlo, ella había cortado. Luego el teléfono volvió a hacer lo mismo, pero la persona que lo llamaba era Cassia, por lo que contestó.

—Cassia —pronunció.

—Buen día, licenciado. Quería avisarle que el pedido ya está en la concesionaria. Me preguntan si retirará el automóvil o desea el servicio de grúa con costo adicional.

—Pues quiero que lo lleven a mi departamento, pero ahora recuerdo que solo tengo un espacio de estacionamiento. Llama al desarrollador del edificio donde vivo y pide que me vendan un espacio. Debe costar unos doce mil no quince mil dólares. Preparen el cheque por lo que se requiera.

—Sí, licenciado, otra cosa... Le volvió a llamar la señorita Nichole. Esta vez ya no supe qué decirle.

—Por cualquier cosa dile que me llame.

—Sí, licenciado. Le envió un mensaje cuando todo esté concretado.

—Gracias.

Ambos cortaron y él continuó con sus gestiones. Dentro de todo ese ajetreo solo pensaba en que cuando Nichole regresara tendría que ser bastante amable con ella para que entendiera que ya dejó de quererla y no fue a causa de Lucila, sino porque en una parte del camino que transitaban rumbo a un futuro matrimonio, se dio cuenta de que no era feliz, porque no compartían los mismos ideales. Nichole quería vivir como si el dinero creciera en los árboles. Trabajarlo no era una opción. Humberto deseaba seguir capacitándose y ella prefería ir por la vida como una liebre. Se había aburrido de eso.

En cambio, Lucila arañaba cada día para vivir. Era una persona normal con días buenos y malos. Ella no quería que le diera nada porque prefería trabajarlo. Tarde o temprano cedería. Él quería darle algo para ayudarla a mejorar su vida. Sabía que llevaban poco tiempo, pero era un tiempo tan intenso que cada vez estaba más seguro de desear ir por ese camino hasta donde fuera que los llevara la vida.

Ninguno de los dos sabía hasta donde llegarían, y Humberto quería que siguieran sin presiones y tratando de vivir con tranquilidad. Esperaba que en algún momento pudiera conocer a la familia de ella y que Lucila lograra ganar el corazón de su mamá porque sí que aquella era una mujer que diferenciaba entre clases. Con todo lo que le había comentado sobre Lucila, su mamá ya estaba preparada para odiarla, al menos esa era su percepción, esperaba que las cosas cambiaran después de que se conocieran en persona.

Capítulo 30

Habían pasado tres días y Lucila se sentía mejor. Solo le molestaba la pierna cuando la doblaba o hacía esfuerzos. A ella le fastidiaba sentirse inútil en una cama, por eso se había puesto a limpiar todo y a cocinar para sorprender a Humberto.

No quería ensuciarse. Tenía puesta ropa cara. Su querido Humberto no pudo ocultar los precios. Ella estaba escandalizada hasta más no poder por los montos que había visto, y más por los de Alberta. No se había puesto nada de eso. Era demasiado elegante.

Cuando Blanca llegó de las compras, Lucila ya había acabado con los quehaceres y tenía la comida en la olla fritándose.

—Traje las compras —dijo la mujer.

—Las guardaré.

—El señor dice que deberías estar de reposo.

—¿Ves a un «señor» aquí? Ni tú ni yo lo estamos viendo. Cuando el gato no está los ratones salen a pasear, Blanca. Oye, ¿crees que le guste un estofado con arroz y jugo de naranja?

—Creo que sí. ¿No le pusiste mucho tomate? Una salsa muy fuerte puede darle malestares porque no está acostumbrado a comer algo tan

pesado.

—No le va a pasar nada. Se come camarones y no tenemos mar. Quién sabe qué proceso tienen. Debería comer más tallarines, guisos, milanesas y caldos.

—Bueno, yo limpiaré.

—Ya he limpiado todo, o sea, no había mucho que limpiar. No hay polvo, es el primer lugar que veo en donde no hay. Limpié el baño, puse las ropas a lavar y también ordené la heladera. No tengo nada que hacer.

—Entonces regresaré para la cena.

—No te preocupes que yo me encargo de todo.

—Mmm... Está bien...

—Puedes retirarte...

Entre la señora y Lucila se dio un ambiente un tanto hostil, pues la mujer quería hacer su trabajo y la otra quería echarla para estar tranquila.

—Ordenaré las compras y luego me iré, ¿te parece?

—Sí. Una pregunta, ¿sabes cómo cambiar la radio?

—No...

—Entonces iré a hacer unas pruebas.

Blanca vio desaparecer a Lucila y suspiró aliviada. Miró lo que ella estaba cocinando y no estaba nada mal. Mientras ordenaba las cosas en los muebles de cocina y la heladera. La música había subido de volumen, tanto que Blanca dejó caer un par de cosas a causa del susto.

—¡Perdón! ¡Era la perilla del volumen! —se disculpó Lucila.

La mujer suspiró, cogió su móvil y llamó a Humberto.

—Hola, Blanca, ¿todo bien en casa? —respondió Humberto.

—Sí, señor Humberto, solo que tu novia...

—¿Qué hizo Lucy?

—Pues cuando llegué aquí después de comprar las cosas necesarias, ella ya había terminado con la limpieza y se puso a cocinar. Ahora está tocando la radio y es un infierno. También quiere que me retire y no regrese por hoy.

—Me parece que es bueno que ella haga lo que quiera en el departamento. Puedes irte a casa de mi mamá. Es probable que ella te esté necesitando. Yo arreglaré las cosas con Lucila, ¿está bien, Blanca?

—Sí, sí.

—Llego en un rato cuando solucione algo en el estacionamiento.

La señora cortó la llamada y se apresuró a terminar con lo que estaba haciendo para poder retirarse.

—Lucila, ya terminé —comunicó Blanca—. Le di un par de vueltas al almuerzo. Échale un ojo porque se te quemará.

—¡Ay, lo olvidé! Le diré a Humberto que no entiendo su radio.

—Él está por llegar. Anda, termina la comida. Yo me retiro.

Lucila fue caminando con lentitud hasta la cocina. Se fijó en todo lo que faltaba y preparó la mesa del desayunador para comenzar para cuando su novio regresara.

A la vez que ella hacía eso, Blanca tomó el ascensor y bajó hasta el aparcamiento. Ahí Humberto estaba firmando un papel de lo que parecía ser una grúa que llevaba un automóvil de color blanco con un moño encima. Blanca concluyó que eso no le gustaría para nada a la señora Albertini. Su hijo tenía viviendo en su casa a una muchacha que era pobre, aunque muy amable y divertida. Alguien que en verdad hacía feliz a Humberto, pero estaba segura de que ella no lo entendería así. Vería a Lucila como una escaladora social que engatusó a su hijo en la cama. Era evidente que sería así porque ellos dormían juntos.

La mujer pasó de largo hasta salir del edificio.

Humberto estaba satisfecho con el automóvil. Había pedido uno automático para Lucila, para que le fuera más fácil utilizarlo. Esperaba que no le arrojara algo en la cabeza por darle todo lo que él consideraba necesario para ella. Era mejor que le enseñara el vehículo después del almuerzo. Por suerte puedo conseguir un estacionamiento junto al de él. Cuando acabó de pagar lo necesario por la grúa, él fue al ascensor.

Al llegar a la puerta de su departamento, sentía un aroma fuerte y distinto. Era raro, pues las comidas que preparaba Blanca no tenían tanto aroma.

—Hay algo aquí que huele muy rico —mencionó Humberto que cerró la puerta.

—Alguien aquí va a comer comida de su país... Te he preparado estofado con arroz blanco. ¿No crees que es lo más delicioso del mundo?

—Creo que lo pienso yo y también los vecinos...

Humberto camino hacia las ollas que estaban humeando y después encendió el extractor de aire.

—Enciéndelo siempre o terminarás despertando el hambre de todos —dijo sonriente. Cogió de la cintura a Lucila y le dio un tierno beso en la boca.

—No sé usar esas cosas. Deberías agradecer que al menos separé la ropa de color antes de meterla al lavarropas.

—Eso sí me asustaría.

—Te serviré... ¿Te gusta cómo he puesto el desayunador?

—Está muy bonito.

—También hice jugo de naranja con edulcorante para que tú no engordes. Soy muy buena cuidando tu salud —rio después de decirlo.

—¿Ya no quieres que vuelva Blanca?

—Mmm... Prefiero hacer esto yo. Me quedo aquí hasta mañana y luego puede volver a cuidarte. Quiero buscar mi motocicleta.

—¿Por qué no renuncias?

—¿De nuevo con eso? ¿Cómo pagaría mi renta? No me cae maná del cielo, Humber. Yo no tengo acciones que me darán de comer. Debo cambiar un trabajo por otro.

—¿Y por qué no esperas la respuesta de mi empresa?

—Han pasado muchos días. Es evidente que no me quedé en la selección.

OceanofPDF.com

Capítulo 31

El problema no estaba en que sí quedó seleccionada o no. Humberto no le había avisado a Juan que ella ya se estaba recuperando. Era cuestión de una llamada corta que por supuesto haría encerrado en el baño.

—Los procesos de selección son largos cuando hay muchos candidatos para un puesto. Debes esperar un poco —alegó Humberto.

Lucila hizo un gesto de desinterés con el hombro. Ella estaba contenta porque no la llamaban. No quería trabajar con Humberto, porque no era correcto. No sabía qué podía ocurrir mañana. Tal vez un día se levantara de mal y le marcara el zapato en el trasero.

—Voy a servirte —avisó.

Humberto tomó asiento y aguardó a que le sirvieran. Todo tenía buen aroma. Primero le colocó el arroz en el plato, y con un enorme cucharón le colocó mucha salsa encima. Notaba la carne, las papas y las zanahorias de gran tamaño.

—Este plato tiene pinta de que terminará tapando alguna de mis arterias —bromeó Humberto entre risas.

—Si no masticas bien se te tapaná la garganta.

Él miró que no le colocaron un tenedor ni cuchillo, sino que tenía una cuchara.

—¿Y el tenedor y cuchillo? —curioseó.

—La carne es osobuco. Puedes cortarla con cuchara. Blanca trae buenos productos. Recuerdo que en mi casa debíamos hervir por varias horas la carnaza blanca. Era lo único barato que había y sabes que es la carne más dura.

—No sé mucho de carnes. La verdad no sé cocinar...

—¿Un hombre de tu edad no sabe cocinar?

—No te burles, no lo necesito. ¿Para qué esforzarme si le pago a alguien para que lo haga?

—¡Uy! Salió el adinerado señor...

—Me haces *bullying* porque tengo dinero, si yo hago chistes de los pobres, nadie se reiría, ¿verdad?

—Tienes razón. Ya dejaré de burlarme de tu dinero. Ahora que voy a tu baño me limpio con billetes.

Humberto negó con la cabeza y se arriesgó con la cuchara. Al percibir el sabor del estofado, sintió que tocó el cielo con las manos. Aquello era delicioso.

—Qué manos para cocinar... —halagó Humberto a la vez que llevaba otra cucharada más a su boca.

—Cocino bien, solo que nunca tengo tiempo.

—Era cierto eso de que la carne se deshace —comentó al quitar la carne con la cuchara.

Estaba impresionado con las buenas artes culinarias de Lucila. Blanca estaría enfadada si le decía que su comida era sosa en comparación a la de su novia.

—Lucila, ¿por qué no vienes a vivir conmigo?

Esa pregunta hizo que ella dejara de comer con el mismo ahínco.

—Es mejor que no. Ya una vez cometí el error de vivir con alguien y salió mal. Creo que el encanto se acaba.

—No, no es lo mismo. El encanto no se acaba, lo que pasa es que muestran su verdadera personalidad y malos hábitos. Yo estaría feliz de conocerte más.

—Te aseguro que es mejor que no. Tú querrás tu espacio y yo el mío.

—Ambos tenemos espacios definidos...

—No quiero discutir. Me voy mañana, retiro mi motocicleta de la comisaría y santo remedio. Seguiremos como novios. No puedes guiarte por tres días que vivimos juntos. Los primeros días son maravillosos, el resto es el problema. ¿Nunca viviste con alguien?

—Sí, he vivido con alguien y ciertamente no me divertí tanto. No teníamos lo mismo en común, los pensamientos eran distintos y eso llevó al fin del asunto.

—Bueno, lo mismo puede pasar con nosotros. Mantengamos nuestra individualidad y ya...

—Estarás mejor conmigo, Lucila.

—¡No, no y no! No es el momento. Nos estamos conociendo, llevamos poco más de un mes juntos y no sé, quizá más adelante.

—Es una esperanza. Más adelante suena a un tiempo incierto, pero confortante.

No siguieron discutiendo sobre el asunto de vivir juntos. Él quería y ella no, entonces no podían forzar las cosas, debía convencerla de alguna manera más adelante.

Después de acabar el delicioso almuerzo, él fue al baño y realizó una llamada.

—Juan, tienes que avisarle a «tú ya sabes» que se ha quedado con el puesto y que empieza el lunes —comunicó.

—Sí, licenciado.

—Podrías llamarle a las 14:30 horas.

—Listo.

—Gracias, Juan.

Él colgó la llamada y apretó el botón del agua del baño. Guardó el móvil en el bolsillo y se lavó las manos. No quería levantar sospechas.

Lucila la vio salir de ahí y le sonrió.

—Estoy aburrida, Humber... —contó.

—Yo tengo que trabajar en el ordenador un instante más, pero mientras puedo hacerte compañía o sugerir que hagas algo.

—Escucho sugerencias...

—Hay que aburrirse. Dentro de dos días regresarás a tu trabajo y desearás aburrirte. Es la ley de todo trabajador. Todos los días suspirando por estar en la casa, y cuando estás, sufres por el descanso.

—Mmm... Tiene sentido. Bueno, me aburriré viendo alguna película en la televisión.

—Buen plan o puedes dormir la siesta.

—No...

Él se retiró a la sala y dejó a Lucila en la cama. Después de un rato, Humberto escuchó que sonaba el móvil de Lucila. Esa debía ser la llamada de Juan para decirle que el lunes debía empezar.

Humberto fingió trabajar cuando escuchó las zapatillas de Lucila arrastrándose por el pasillo.

—Me llamaron de Alberta —anunció Lucila.

—¿Y qué te dijeron?

—¿Estás seguro de que no tienes nada que ver?

—Soy el dueño, pero recursos humanos selecciona a lo mejor para la empresa.

—Pues dicen que he quedado y que debo empezar el lunes.

—Eso es maravilloso. Tienes que renunciar a tu trabajo de delivery. Empezarás tu vida como administrativa. Basta de calle.

—No estoy segura. No es conveniente que trabajemos juntos. No quiero que sepan que soy la novia del jefe.

—Nadie tiene razones para saberlo.

—Dirán que es nepotismo.

—A veces hay que soportar habladurías. —Él abandonó su asiento y se acercó a ella para besarla—. Quiero darte la bienvenida oficial a Alberta. ¿Qué te parece si vamos a la cama para hacerlo? Después de eso te mostraré una sorpresa que tengo para ti...

Ella le dio un beso y colocó sus brazos en el cuello de Humberto.

—No quiero nada que cueste más que una hamburguesa, ¿entiendes?

—Me lo hubieras dicho antes de comprarlo...

Capítulo 32

Él la llevó a la habitación en donde estuvieron de arrumacos. Para algunas cosas a Lucila no le dolía la pierna y más cuando se trataba de que Humberto la consintiera un poco.

Se dejó mimar en la cama hasta que ambos quedaron exhaustos. Después de seguir entre las sábanas por un instante más, se acondicionaron para bajar al estacionamiento.

Lucila estaba feliz en compañía de Humberto. Él era atento y agradable. No parecía real. Era probable que ella estuviera muerta y que se encontrara viviendo un vibrante sueño junto a un cliente de la farmacia.

—Dime qué es... Hazme un adelanto —pidió colgada del brazo de él.

—No, es mejor que lo veas —replicó Humberto pendiente de cómo reaccionaría.

—¿Me vas a llevar a McDonald's? Se me antoja una hamburguesa.

—No, tal vez después. Dependerá de ti.

—¿Qué te traes entre manos?

—Algo para ti.

—En serio, me estás mareando.

—Entonces espera un poco. Soporta tu curiosidad porque ya hemos llegado al estacionamiento.

Ella observó el lugar y vio un vehículo blanco con un gran moño encima.

—Dime que no es el automóvil...

Humberto se rascó la nuca al ver que ella no estaba para nada feliz con el presente.

—Sí, es el automóvil blanco con el moño encima. ¿No te gusta el color?

—¡Por qué mierda no me escuchas, Humberto! —gruñó enfadada—. Yo no necesito un automóvil, ni ropa cara, ni un trabajo en Alberta. ¿Qué quieres cambiar de mí? ¿Que soy pobre? ¡Por favor, me conociste en una motocicleta!

Lucila no estaba hablando, estaba exaltada y gritando.

—Baja la voz, Lucy. El vehículo es con la mejor intención del mundo. ¿No ves tu pierna? ¿Acaso quieres perderla?

—¡No, pero...!

—Y la ropa la compré en un apuro. ¿Querías que la comprara de un lugar que no conozco y para colmo que estuviera cerrado? Creo que deberías parar con este asunto de burlarte de mí porque tengo dinero.

—¿Me burlo de ti? ¡Tú te burlas de mí!

—Y también lo de Alberta, ¿piensas que soy tan macabro para despedir a alguien y colocarte a ti en su lugar? Envié tu currículum y ya.

—¿Y no te parece que si el dueño envía algo hay que hacer caso? ¡Todo es sesgado!

—¡Qué irritante eres!

—¡Si tanto te irrita me voy! ¡Terminó! ¡Adiós, Humberto! Voy a por mis cosas que quedaron arriba y tomaré un puto taxi. No era tan difícil quedar bien conmigo. Solo tenías que respetar mi estilo de vida. Soy una puta, una trepadora. Es así como debe verme la señora de limpieza.

Ella abandonó el estacionamiento y fue hacia el ascensor. Humberto supuso que a Lucila se le pasaría el coraje en cualquier momento. No devolvería el automóvil porque la haría entrar en razón.

En el ascensor, Lucila estaba demasiado enfadada, tanto que no podía con su propio genio. Menos mal tenía su mochila. Mañana mismo regresaría al delivery. Estuvo perdiendo el tiempo con un tipo que quería cambiar lo que ella era. Comenzaron a salir cuando estaba en una

motocicleta repartiendo pedidos. Ella no podía ni siquiera pagar una parte de ese vehículo y menos el combustible. Era tan humillante.

Cogió el ordenador de Humberto y buscó: taxi radio de Asunción. Alguno debería aparecer en los alrededores. Encontró uno y lo llamó. Después comenzó a agarrar sus prendas con las que se accidentó, incluso el pantalón que convertiría en un short y su mochila. Nada más le pertenecía.

—Lucila...

—No quiero hablar contigo. Voy a dejar todas estas compras que hiciste...

—¿En verdad eres tan irracional para no comprender lo que te digo?

—¿Y tú no entiendes que no quiero tus cosas? No soy tu putita. Me acuesto contigo gratis, porque me gustas.

—No seas vulgar. Te denigras sola, Lucila —pronunció Humberto, molesto por las expresiones que ella utilizaba.

—¿Y sabes otra cosa más? No sé manejar y no tengo dinero para el combustible. Y se suma otra cosa más. Se suponía que para follarnos somos novios. No necesitaba que me compres.

—Mira, mejor hablemos cuando te calmes, porque terminaré enfadado.

—Enfádate. No quiero volver a verte y tampoco iré a trabajar a tu empresa. ¡Por esto no quería ir a la entrevista!

—¿Y qué puedo hacer si quieres seguir en lo mismo? Te quejas de la falta de oportunidades y te das de digna cuando algo sale para ti.

—Me las doy de digna porque es mi comida. Si deseas cambiarme por otra, me despedirás y yo me quedo con una mano al frente y la otra atrás.

—¿Te sientes tan poco preparada para cumplir con las necesidades del puesto? Te pido que llames mañana a recursos humanos y les digas que no eres capaz de defenderte sola.

—Chau, Humberto. —Ella salió del departamento y casi echa la puerta por el golpazo. Los vecinos debían estar felices con un poco de chisme.

Humberto se sentó en el sillón para pensar. No saldría corriendo tras ella. Lo único que conseguiría era alterarse y alterarla. No pensó que se enfadaría tanto por sus buenas intenciones. Él jamás la había visto como trepadora. En verdad, ella no sabía cómo actuaba una trepadora. Nichole era eso.

Dejaría que se fuera y después se arrepentiría de lo que había hecho. Si ella no lo quería volver a ver, en verdad le dolería, pero no podía obligarla a verlo. No sería tan tóxico como su ex. Él tenía dignidad. Intentaría acercarse una vez y si en esa ocasión no lo lograba, tendría que hacerse a la idea de que ya no estarían juntos.

—Me quedé sin cenar, porque ella le dijo a Blanca que no volviera por hoy. Gran error.

Tendría que llamar a un delivery para que lo alimentara a causa de que ella se había creído la dueña de la casa. En verdad él quería que se quedara a vivir ahí, pero ya con el escándalo del vehículo, dudaba que fuera una buena idea reiterar su propuesta. Al menos trataría de convencerla de que anduviera segura por las calles y que cambiara de trabajo. Pronto sería licenciada y sin una experiencia en alguna parte administrativa, nadie la tomaría en cuenta, tal vez moriría siendo una secretaria como Cassia. No estaba mal porque ella era eficiente, no le quitaba mérito; sin embargo, quería más cosas para Lucila.

Capítulo 33

Lucila estaba ofendida, demasiado insultada siquiera para detenerse a pensar en lo que había ocurrido. Salió a esperar el taxi frente al edificio de Humberto. No le dijo ni adiós al pobre portero del lugar.

En ese momento lo odiaba, no lo soportaba ni quería saber de él. Le había advertido que ya no comprara nada y Humberto seguía haciéndolo. Era ofensivo lo que hacía porque la estaba humillando. Era pobre, pero tan poco era para que la hiciera sentir miserablemente pobre. Él se quejaba de que ella le hacía *bullying* por ser rico. Ella podía quejarse de que se lo hacía por ser de escasos recursos. ¿Qué quería? ¿Que saliera corriendo a felicitarlo? No era de esa manera. Cuando el milagro era grande hasta el santo desconfiaba.

Sus argumentos para convencerla eran bonitos, pero no realistas, estuvo viviendo la vida con tranquilidad sin su ex y sin Humberto. Cuando este último apareció en su vida, ella había perdido el norte. Pensaba todo el tiempo en él y eso no era nada bueno. Si se enamoraba, ¿qué haría? ¿Y si ya se había enamorado? No tenía remedio, le tocaría llorar por amor otra vez, pero, así como superó a Miguel, podía hacerlo con Humberto.

El taxi pasó a buscarla y ya dentro le dio la dirección de dónde vivía. Al menos tenía efectivo para pagar el viaje hasta ahí. Debió pedirle a Humberto que la llevara, pero su orgullo no se lo permitía.

Al llegar a su casa, abrió la puerta y por suerte no estaba muy caluroso dentro. Todo estaba como lo había dejado antes del accidente. Adiós comodidades de la casa de Humberto. Esperaba que no hubiera cosas podridas en la heladera.

Se puso a revisar todo y no tenía nada para comer.

—Debí enfadarme después de la cena. Eres una tonta mayúscula, Lucila —se dijo.

Ella cogió un poco de dinero de su bolsa y salió de su alquiler para ir a la despensa del barrio. Quería un poco de pan y mortadela. Con eso sobreviviría. Al regresar, Lucila abrió el pan y ni siquiera cortó la mortadela, se la comió con bastante hambre.

Mientras comía, miraba su móvil. No tenía ni siquiera un mensaje de Humberto. Suspiró al pensar que ella acabó esa relación. Era tan feliz. ¿Por qué simplemente no aceptó lo que le ofrecía?

Estaba en una encrucijada con lo del empleo. Necesitaba salir de ser delivery. Cada día se hallaba más cerca de ser licenciada. Tenía que ir a Alberta. No llamaría al de recursos humanos para negarse. Humberto le dijo que él no tenía nada que ver en la elección, aunque las dudas la asaltaran. No podía echar su empresa por una fulana, pero con un hombre nunca se sabía.

Lo mejor que podía hacer era retirar su motocicleta y renunciar a la farmacia. También debía ver las fechas de sus dos exámenes que debía para

pasar al próximo semestre.

Puso la radio en su móvil y no se le ocurrió algo mejor que mucha música romántica. Pasaría toda la noche llorando por culpa de sus propios gustos musicales y también de sus actos. Por tonta y romántica dejó que unas lágrimas se escaparan. No podían dejar de pensar en Humberto. No quería que todo acabara por algo tan absurdo como lo económico. Él tenía su mundo y ella el suyo. Podían convivir en armonía sin matarse. Lo único que podía hacer era rechazar lo que no creía correcto. Cualquiera pensaría que estaba con él por dinero o por obtener una ventaja.

Lucila era su novia porque él le gustaba. Desde un principio habían tenido *feeling*, o sea, estaban destinados a ser algo más que cliente y delivery. Ella lo deseó hasta conseguirlo. Humberto debía estar muy enfadado. Le había gritado tanto que no midió sus palabras. Se había comportado como una absurda orgullosa. ¿Cómo conseguiría su perdón?

Por la mañana, tomó un autobús que la llevaría cerca de la comisaría. Quería retirar la motocicleta y dejarla en condiciones para ir y venir de su nuevo empleo.

Después de retirarlo, fue a la farmacia. A la gente que estaba ahí les sorprendió verla.

—¡Hola! —saludó a la asistente de farmacia.

—¿Qué haces aquí, Lucila? ¿No estabas de reposo hasta mañana?

—Sí, pero vine a renunciar. A mi novio no le gusta que esté en peligro.

—¡Qué hermoso! ¡Se preocupa por ti! Vino días atrás a rendir tus entregas del día de tu accidente. ¡Dios! ¿De dónde te lo robaste? —preguntó la chica, divertida.

—Se lo robé a la farmacia —replicó Lucila en el mismo tono.

—Te voy a extrañar mucho cuando renuncies, Lucila. ¿Con quién voy a divertirme por la tarde?

—Vendrá otro delivery. Probaré algo nuevo. Dios quiera que sea por mi bien.

Después de conversar con la asistente de farmacia, ella fue a la parte administrativa y procedió a realizar su renuncia. Todo eso lo hacía confiando en lo que Humberto le había dicho.

Cuando salió de las oficinas, se sintió extraña. Era una desempleada. Le dieron un cheque por los días trabajados y nada más. Ahí había acabado su tiempo como la chica del delivery. Se convertiría en la chica Alberta, una oficinista. No podía mentir, estaba nerviosa y ansiosa. ¿Por qué Humberto no le escribía?

Sentía que se moría al no tener noticias de él. ¿Y si la olvidó o ya no estaba interesado en ser maltratado? ¡No quería pensar en eso!

Los días pasaron hasta llegar al lunes en que ella debía presentarse a las oficinas de Alberta. Humberto no se había aparecido ni le había escrito. Se pasó llorando esos días sin querer escribirle porque era orgullosa.

En ese instante, dentro de las oficinas solo esperaba que no la hubieran descartado para el puesto.

—Hola, Lucila. Pasa para firmar tu contrato. Te hablaré de las condiciones de trabajo. Después te llevaré a dar una vuelta por la empresa para que conozcas a todos los que integramos este espacio. Verás con quienes trabajarás directamente y también conversarás un poco con el dueño, el licenciado Albertini —dijo Juan, el señor de recursos humanos.

Eso último que había dicho, la puso aún más ansiosa. Llevaba tantos días sin ver a Humberto que podía desmayarse frente a él.

Capítulo 34

Lucila siguió a Juan hasta las oficinas de recursos humanos. Ahí le mostró el contrato por tiempo indefinido. Ganaría el sueldo mínimo y tendría un horario de 08:00 a 18:00 horas, de lunes a viernes y sábados de por medio de 08:00 a 12:00 horas. Estaba conforme. Tendría dos sábados libres al mes. Eso era más de lo que deseaba un empleado común en un país donde se intentaba explotar a las personas lo más que se podía.

Después de decirle que no tenían comedor y que la mayoría de ellos acostumbraba a comer en copetines cercanos o en el shopping. Lucila esperaba que su rostro estupefacto no la hubiera delatado al escuchar cuando dijo shopping. Con su sueldo mínimo con suerte comería en el copetín de la esquina.

Juan la llevaba por cada rincón de la empresa y la presentaba con los demás empleados. Ella sonreía ante todos y se sentía un poco ridícula con su pantalón de vestir negro y su blusa rosada. Además, cargaba su mochila desteñida por el sol de las tardes en la calle.

Cuando ella vio a Cassia, la secretaria de Humberto, quiso que se la tragara la tierra.

—Hola, Lucila, te anunciaré con el licenciado Albertini —dijo Cassia, amable.

—Gracias.

—Cuando el licenciado te suelte puedes ir a tesorería para empezar con tu capacitación —indicó Juan—. Mucho éxito, Lucila. Siéntete bienvenida.

—Así será —aceptó, sonriente.

Lucila observaba cómo Cassia levantaba el teléfono interno para llamar a Humberto. Aquella conversaba y sonreía. Ya ella comenzaba a pensar que alguien entre ellos coqueteaba. Eso no le gustaba a Lucila.

—Puedes pasar, Lucila. Hazlo rápido porque después el jefe tiene una reunión con la gente de diseño —avisó la secretaria.

Cassia se levantó de su lugar y la llevó por un pasillo que terminaba por una puerta, cuando la abrió le pidió que entrara con un gesto de la mano y los dejó a solas.

Los ojos de Lucila recorrieron a la gratificante figura que estaba frente a ella, levantándose para saludarla. Era Humberto, más guapo e imponente que nunca. Sus pulsaciones parecían estar en su oreja a causa del impacto que le producía verlo. Lo había extrañado demasiado, en verdad que se moría por él. Ella podía estar cometiendo un error al juntar su comida con el enamoramiento.

Humberto no estaba dispuesto a que ella pensara que lo tenía comiendo de su mano. Ni siquiera le ofrecería una disculpa que él no tenía razones para dar. Durante días estuvo azotándose la mano para no enviarle

un mensaje y menos para llamarla. Tampoco ella hizo ningún esfuerzo por contactarlo. Lo de ellos quizá estuviera irremediablemente roto.

—Bienvenida a Alberta, Lucila. —Humberto le extendió la mano para que ella la tomara.

¿La mano? Le había pasado la mano. Eso era un poco más doloroso de lo que ella pensaba. La cortesía era una de las mejores maneras de hacer sentir mal a alguien que era descortés. Tuvo que corresponder al gesto de él y ambos estrecharon las manos.

—Gracias —dijo.

—Siéntate. ¿Te han entregado el instructivo de visión, misión, atención al cliente, uniforme y otros? —preguntó Humberto. Haría lo que acostumbraba con la gente nueva.

—Sí. Me han dado todo —respondió.

—Los uniformes los hacemos nosotros por eso no tienen adicional. Puedes pasar después a que te midan si es que ya no lo han hecho.

—Sí, ya he pasado por ahí.

—Bien, ahora te hablaré sobre tesorería. Cinthia Cazzola es una de las empleadas más antiguas en Alberta. Sus decisiones son siempre respetadas al igual que sus sugerencias —habló Humberto—. Tú trabajarás con ella, serás su mano derecha. Te encargarás de la caja chica y de los pagos a

proveedores locales. Eso significa que estarás mucho tiempo por aquí para las firmas de cheques. Los días de pago son los viernes a partir de las 14:00 horas. Para emergencias firmo en cualquier horario. El gestor de tesorería puede llevar los documentos a donde yo me encuentre porque no siempre estoy en la oficina...

—Sí, licenciado —respondió Lucila al ver que él no salía de su papel de patrón. Fue como si Humberto nunca la hubiera conocido, ni que ya tuvieran la bienvenida anticipada que festejaron en la cama en días pasados antes del altercado por el automóvil.

—¿Tienes alguna duda, Lucila?

—No, no la tengo.

—Espero tu compromiso para que puedas crecer dentro de la empresa y obtengas experiencia.

Lucila asintió. Estaba a punto de estallar de rabia. Humberto pretendía desquiciarla fingiendo que no la conocía.

Él vio como ella se levantaba para irse.

—Gracias, licenciado. Daré mi mejor esfuerzo para la empresa.

—Qué tengas un buen día, Lucila.

Eso último que le dijo fue la gota que colmó el vaso de su paciencia.

—¿Seguirás fingiendo que no me conoces? —increpó la chica.

—Te conozco, por supuesto que te conozco. Tú no quieres que piensen que teníamos algo, eso es muy diferente.

—No me has enviado un mensaje ni tampoco me has llamado.

—Tú saliste de mi casa azotando la puerta, me trataste mal por querer tu bien y ahora resulta que la indignada eres tú. Así no funcionan las cosas, Lucila. Y te recuerdo qué tú fuiste quien dijo que todo había acabado. Entonces, si hay algo que reprochar, ve al baño, mírate en el espejo y conversa contigo.

—Y sigo enfadada y quizá me muera así. ¿Por qué no hacemos una cosa? Yo te respeto y tú me respetas.

—Eso siempre ha ocurrido de mi parte. Yo no te compré el automóvil para que te sientas pobre o miserable, lo hice para que estés segura. Tampoco te dije que tú lo pagarías o le cargaría combustible, yo te lo proveería. Jamás te impondría algo que no puedes, pero tampoco intentes limitar lo que yo quiero darte, porque quiero hacerlo y no porque seas todo lo que crees que piensa Blanca.

Lucila suspiró. Ella sabía que él intentaba ser conciliador. La única que no sabía cómo enfrentar sus propios miedos y vergüenza era ella. Su labio inferior se dobló como si fuera a llorar.

—Lucy, no pueden pensar que soy un jefe malo. Si sales con los ojos rojos, todo estará mal. Te invito a cenar para conversar sobre esto —musitó Humberto. Después le acarició ambos brazos para que se tranquilizara—. Ve y aprende con Cinthia, eso te hará bien.

OceanofPDF.com

Capítulo 35

Ella estaba muriendo por besar a Humberto, pero él estaba decidido a no levantar sospechas de nada, y más por comodidad de ella que la propia. Le abrió la puerta para que se fuera.

—Te veo por la noche, Lucila...

Con esas palabras la había despedido. Cerró la puerta en su espalda y ella se quedó tiesa en el lugar. Estaba en Alberta, en un nuevo empleo, a un paso de una ansiada reconciliación con Humberto. Ella tenía un gran problema de inmadurez que debía superar. Convenía aprovechar las oportunidades de la vida y no hundirse en su miseria, pero ¿cómo dejaba atrás el pensamiento de pobreza que arrastraba?

Se dispuso continuar con su día y fue hasta el área de tesorería en donde Cinthia Cazzola se encontraba esperándola para mostrarle todo lo que debía hacer Lucila.

—Buen día, Lucila —saludó Cinthia, la tesorera—, te mostraré tu lugar.

—Buen día. Gracias —contestó Lucila, que exploraba la oficina.

Cinthia la llevó frente a un ordenador que estaba colocado frente a una ventanilla.

—Tú serás nuestro rostro visible, Lucila. Este será tu lugar. No tengo problema para que escuches música y comas sin descuidar el trabajo y la atención a los clientes internos.

—Sí. Desde aquí se ve todo.

—Sí, y se sabe todo —rio Cinthia—. Por fin tengo alguien con quien trabajar. El gestor no me ayuda tanto. Las operaciones comerciales de Alberta han crecido desde que el licenciado Albertini tomó la dirección. Se han contratado más personas para todas las áreas, pero menos para aquí. Piensan que soy un pulpo, pero ahora seremos dos pulpos.

—Eso dice que me divertiré mucho...

—Mucho cuando el lic., no esté de pésimo humor, aunque hace más de un mes que anda feliz como una lombriz. Bueno, te mostraré algunas cosas de lo que debes hacer. Encenderemos la máquina y yo buscaré los últimos legajos. Ya me estaba muriendo para que llegarás. Cuando te muestre todo podré salir de vacaciones. Me esperan vacaciones después de un par de años.

Lucila sonrió ante lo que Cinthia le contaba. Entre cada insinuación de trabajo se le escapaba una frase: necesito vacaciones.

Una vez que se acercó con los legajos de pago a proveedores y caja chica, se fijó que tenía los documentos de una concesionaria. Lucila solo pensaba en el Kia blanco estacionado en el edificio de Humberto y eso la hacía sentir bastante culpable y recordar sus vergüenzas.

—Usamos el sistema Oracle, utilizarás mi usuario hasta que el tuyo esté listo y con todos los permisos. Para la carga de facturas en el sistema te fijas en la fecha, timbrado, número de la factura, condición...

La tesorera le mostraba todo lo que debía hacer de una manera rápida, sencilla y divertida. Lucila sacó de su mochila una agenda en la cual comenzó a anotar todo lo que le está mostrando Cinthia para no olvidarlo o hacerlo mal. Las imputaciones debían estar correctas o los gastos estarían mal distribuidos. Para ser su primera vez en una oficina lo estaba haciendo muy bien, o al menos lo que era mecánico le resultaba sencillo y entendible porque no solo sabía sobre las cargas en el sistema, sino que Cinthia se encargaba de explicarle las razones por las que se realizaba de esa manera. Esa empresa era bastante ordenada.

A medida que avanzaba con los comprobantes, ella estudió la factura del concesionario y se quedó de piedra al ver el monto que estaba en dólares.

—Esa factura envíala a otra caja, el licenciado Albertini tiene que devolver ese valor con sus dividendos, entonces esa carga la llevamos a otro lugar porque él restituirá ese valor. Estuvo un poco apurado para comprar el vehículo —comentó Cinthia.

Lucila se hundía en el lodo de la vergüenza. Humberto había puesto a todo el mundo de cabeza para que ella estuviera segura, ¿y qué hizo la muy tonta? ¡Lo jodió!

Sí, lo jodió. Él tan bien intencionado y ella creyendo que la estaba humillando. La única que se humillaba era ella, pues cualquier cosa que fuera contra su pobreza, ya le resultaba inaceptable. Ambos nacieron en mundos distintos y se encontraron, pero eso no significaba que no pudieran complementarse o quererse. Debía quitarse el complejo de novela mexicana que tenía en la cabeza. Muchas novelas durante su infancia quizá dañaron su cerebro. Debía ser positiva y desear que la relación entre ellos prosperara. No sabía si para matrimonio o algo así. No estaba enfocada en eso. Ella quería terminar su carrera y ejercer su profesión de alguna manera. Mientras que él tenía muchos proyectos para convertir a Alberta en una marca internacional y prestigiosa.

No estaban en caminos diferentes, era la misma profesión, aunque con enfoques distintos, él como dueño y ella como empleada. Tal vez algún día tuviera la apertura mental para emprender algo que le permitiera ser independiente, pero por ese tiempo estaba bien trabajar de manera dependiente.

A la hora del almuerzo, no sabía qué diablos hacer con su vida. Cinthia llevaba su comida y Lucila salió a buscar algo. Encontró un copetín, pero nada le apetecía dentro del menú, así que terminó pidiendo un sándwich de milanesa con una gaseosa. A su edad todavía su cuerpo quemaba bien las calorías de lo que comía.

Después regresó a la oficina, pues solo tenían una hora de almuerzo.

Humberto salió un poco estresado con la reunión con la gente de diseño. Pidió demasiados cambios, él sabía que esas reuniones eran pesadas, pero ese día fueron peores. Lo único bueno fue que pudo avanzar con Lucila. Logró verla después de varios días.

Cuando iba a buscar algo para almorzar vio a Lucila en el pasillo y él le sonrió al pasar cerca de ella. No se quedó a conversar, estaba hambriento y enfadado. Era mejor que pudieran hablar bien por la noche estando más tranquilos.

Al coger su móvil para ver la hora, encontró un mensaje que decía:

Papá:

Pasa por el holding y hablaremos un poco. Tengo tiempo sin verte y tu mamá está preocupada por ti.

Él quería ver a su papá, no tenía problema con eso, así que avisaría a Cinthia que estaría fuera de la empresa por la tarde.

Capítulo 36

Humberto se dirigió al *holding* de las empresas Albertini. Hacía tiempo que no pasaba por ese lugar que no quedaba muy lejos de Alberta y tampoco compartía la compañía de su padre.

Cuando llegó al sitio, había un estacionamiento reservado para él. También su madre tenía uno por si estaba de visita. Conseguir aparcamiento en los alrededores era algo casi imposible por eso su padre había previsto lugares para ellos.

Descendió de su vehículo y caminó por los pasillos en donde lo saludaban con calidez. En ese lugar había hecho muchas de sus prácticas antes de realizar su maestría en el exterior.

Llegó junto a la secretaria de su papá y solo le levantó la mano, pues imaginaba que la mujer sabía que el director lo esperaba.

Abrió la puerta y encontró a su papá con los ojos puestos en el móvil, deslizaba sus dedos por la pantalla.

—Hola, papá... —saludó antes de sentarse en unas de las sillas que estaba frente al escritorio.

—Humberto, menos mal que llegas. Encontré este juego y quiero que me lo bajes. No entiendo muy bien. —El señor Albertini le pasó su móvil para que Humberto se encargara.

—¿Candy Crush? —curioseó Humberto.

—Todos lo juegan y yo quiero saber de qué se trata para mantener tontos a los demás. Debe ser muy divertido.

—Sí, lo es. Lo tengo descargado. —Humberto procedió a descargar el juego para que su padre lo tuviera.

—¿Qué quieres almorzar?

—Lo que sea, papá.

—¿Y si comemos un buen asado? Rechazaste el que hice hace unos días.

—Me encantaría. Sabes que no fue intencional o al menos espero que mamá te dijera la razón.

—Literalmente dijo algo de una mujer, una fulana nueva. Hablo casi de forma textual. Nunca me referiría así a nadie, pero tu mamá... ¡Ja!

—Lo que pasa es que terminé con Nichole, y eso ya lo saben. En ese ínterin conocí a una chica que se llama Lucila. Ella era delivery de una farmacia... Las cosas solo pasaron.

—Ya no preguntaré a qué se dedica. ¿Cuánto tiempo crees que durará el capricho? Sabes que la familia de Nichole es muy amiga de la nuestra.

—Sí, son de ustedes, no míos. No quiero pensar en otras personas a quienes no les importo. Si Lucila es un capricho, continuaré hasta que me canse o vaya más allá de una simple tontería. Por ahora somos novios y me gusta, aunque estuvimos peleados un par de días. Ella tiene mucho carácter.

—Además del automóvil, ¿qué te ha sacado? —inquirió su papá, insidioso.

—¿El corazón quizá?

—Quiero que entres en razón. Ella será como una sanguiuela. Esa clase de gente sin plata, apenas la ven y se aferran. Se aferrará a tu bolsillo y no se saciará hasta que te saque lo que pueda, le consigas trabajo a toda su prole y logren abrir un negocio a tus costillas o tal vez pronto te pida que le compres un departamento sobre Santa Teresa.

Humberto suspiró. Su papá estaba siendo peor que su mamá.

—Quiero que conozcas a Lucila para que todo lo que piensas se desvanezca, papá. Ella trata de salir adelante todos los días y yo la ayudaré en todo lo que pueda. Me parece una buena persona, inteligente y agradable.

—Ajá. Esperemos que siga siendo así. Sabes que Nichole no te pedirá nada porque dinero le sobra. Deberías fijarte en personas que no se aprovechen de ti para su beneficio.

La cantaleta de su papá se le hacía tediosa. Él no entendía que ya no deseaba estar con Nichole. Para él aquella no tenía ningún defecto, y en sí tal vez no los tuviera. Simplemente, lo que tenían se acabó porque se agotó.

—Es mejor que vayamos a comer, papá. Hablaré con Lucila para conversar sobre presentarle a mi familia —mencionó Humberto, devolviéndole el móvil a su padre.

—Bien...

Ambos salieron cada uno en su vehículo, porque tendrían que regresar a sus respectivas empresas.

Durante el almuerzo en la churrasquería, Humberto logró que su papá dejara de hablarle de lo maquiavélica que era Lucila. Conversaron sobre los nuevos proyectos con Alberta y de lo mucho que esperaban la expansión. Era un trabajo ambicioso, pero esperaba lograrlo pronto. En esa parte contaba con el apoyo del señor Albertini.

Se despidieron en el estacionamiento del establecimiento y Humberto regresó a la empresa. Eran casi las tres y media de la tarde, casi ya no le quedaba día. Debía estudiar algunos números y enviar correos electrónicos para coordinar todo. Harían un desfile para ver cómo quedaba la nueva colección de prendas para el otoño-invierno, mientras que otros de los empleados de diseño estarían ya con los preparativos y tendencias para primavera-verano.

Los modelos de prendas calientes no solían venderse mucho. Por lo que se enfocaban en prendas con mangas, pero ligeras por el tipo de invierno que había en el país. De los supuestos tres meses de frío, podía contar con los dedos de las dos manos cuántos eran fríos en realidad. Ni siquiera alcanzaba a cubrir un mes. Un día podía amanecer con 0°, pero dos días después, ya estaban con más de 20°. Aquello producía que los alérgicos estuvieran estornudando o moqueando durante todo el día.

—¿Algún pendiente, Cassia? —preguntó Humberto al llegar a la oficina.

—No, licenciado. Lo que pidió por la mañana está en el escritorio.

—Excelente. ¿Cómo crees que le va a la chica nueva? —curioseó.

—Pues la escuché riendo mucho con Cinthia. Me parece que se llevarán bien. Ella está explotando a Lucila.

—Así debe ser...

Él siguió su camino a la oficina. Al entrar, se sentó en su lugar y abrió el ordenador. Colocó un par de canciones en YouTube y después ingresó al sistema para sacar los números que necesitaba.

Cuando miró su reloj eran las 17:50 horas. Todos debían tener un pie junto al marcador de entrada.

Cogió su móvil y envió un mensaje a Lucila.

Pasaré por ti a las 19:15 horas. Nos vemos en tu casa.

OceanofPDF.com

Capítulo 37

Antes de subir a su motocicleta, ella se fijó en su móvil. Tenía un mensaje de Humberto. Eso que estaba leyendo la emocionaba. Volverían a conversar y esperaba que regresaran.

Durante el día estuvo muy ocupada con Cinthia como para pensar mucho en el jefe. Debía esforzarse por hacer las cosas bien. Por el momento todo le resultaba muy sencillo y lo que había anotado era parte de su aprendizaje y su crecimiento. Era su primer puesto oficial como empleada en una oficina. En un principio se sintió nerviosa al saber que todo lo que hacía repercutía en la parte contable y en los informes que interpretaría el mismísimo Humberto. Haría su mejor esfuerzo por hacerlo bien.

Se montó en la motocicleta y partió con rapidez rumbo a su casa.

Durante el camino vio la vida diferente. Era su primer día en otro trabajo, uno en el que trabajaría de día y estudiaría de noche. En un tiempo más debían empezar las inscripciones para el próximo semestre. Cada día se encontraba más cerca la posibilidad de acabar la carrera y ser la licenciada, y ya no sería la licenciada delivery.

Al llegar a su domicilio, dejó la motocicleta frente a la puerta y después ella entró a la casa para bañarse a toda prisa. Tenía que hacerse un «tuneo rápido» de todo su cuerpo por si se presentaba la pasión entre ambos. Podía oírse precipitada, pero deseaba que se reconciliaran.

Una vez que salió del baño caliente y humeante, que en lugar de parecer un sitio en el cual poder bañarse, parecía una terraza llena de vapeadores.

Se peinó y arregló con un vaquero y una blusa de color amarillo al igual que su infaltable y *veintiúnica* sandalia. Era momento de esperarlo. Mientras, arreglaría un poco la cama y escurriría el baño.

Sus nervios estaban a flor de piel, porque moría por besarlo y estar en sus brazos. Sentía que estaba irremediablemente enamorada de él, pero no sabía a qué lugar la llevaría este amor por Humberto.

Ella miró su móvil y Humberto la estaba llamando. Lucila sin dudarlo contestó.

—¿Hola? —respondió.

—Estoy frente a tu casa...

—¡Ya salgo a recibirte!

El pecho de ella estaba a punto de estallar por la expectación. Tenía esa sensación como si se estuvieran conociendo otra vez. Colgó la llamada y abrió la puerta. Ahí estaba él, guapo e imponente y no como su jefe.

Ella esperaba que Humberto se acercara y la besara, pero eso no ocurrió.

—¿Salimos o primero hablamos antes de salir? —indagó Humberto.

Él quería parecer serio, mas estaba al borde de dejar ver su alegría por encontrarse con ella.

—Puedes descansar un rato. Te veo con la misma ropa del trabajo...

—Lo que pasa es que acabo de salir de la oficina. Olvidé algo. Podríamos ir a mi casa, esperar a que me bañe y luego vamos a cenar.

—Me parece perfecto. En tu departamento hace menos calor.

—Entonces mete la motocicleta y vamos.

Lucila obedeció y apresuró el paso para que pudieran estar juntos. Sus expectativas crecían al sentir que la invitación era como una promesa. Cerró su puerta y siguió a su querido novio o lo que fuera en ese instante hasta el vehículo.

Una vez que estuvieron en marcha ella miró hacia él y sintió la necesidad de hablar.

—Perdón por haber sido tonta... —pronunció arrepentida.

—¿Te das cuenta que armaste un *show*? —preguntó.

—Sí, sí, estoy en conocimiento de causa. Soy una tonta que te juzgó por ser rico, cuando tú nunca me juzgaste por lo que soy. Sé mis orígenes y

crecí de cierta manera... No estoy intentando justificarme... Hoy entendiendo que solo querías mi bienestar.

—Tardaste varios días en darte cuenta de eso. No te llamé porque eso sería avivar tu locura.

—Qué cruel, pero cierto.

—¿Y lo del automóvil?

—¿Qué tiene el automóvil?

—No lo dejarás en el estacionamiento, ¿o sí?

—No sé manejar y en realidad prefiero que cada quien se pague las cosas que puede. Así nos evitamos muchos inconvenientes.

—Bien, conservaré el vehículo hasta que te decidas a aprender.

—Bueno, no te llevaré la contraria porque no deseo enfadarme contigo ni quiero que te enfades.

—Los fines de semana nos dedicaremos a tu aprendizaje. Así será más rápido. —Humberto colocó su mano derecha sobre la pierna de Lucila y le dio una caricia.

—¿Y cómo quedamos? —indagó Lucila, ansiosa.

—Yo nunca terminé contigo y si tú asumiste tus culpas, pues no veo razón para continuar con esa niñería de la separación, pero... en Alberta respetaré tu espacio lo más que se pueda. Ah, y otra cosa. Usa las prendas que te compré, a mí no me quedan y no las devolveré porque están usadas.

—Lo haré, lo haré. Aceptaré estos regalos, pero hasta ahí.

—Estoy conforme... ¿Y no vivirás conmigo?

—¡No, no! Cada quien por su lado. ¿No es pronto para vivir juntos? Creo que es algo demasiado arriesgado. Ambos ya tuvimos esa experiencia y...

—Entiendo que por ahora no quieres.

—No. La verdad es que estamos bien en modo de visitas frecuentes.

Humberto asintió. Él podía estar apresurándose para vivir juntos. Debían esperar unos meses para saber cómo iba la relación.

Una vez que llegaron al departamento, Lucila se fijó que el automóvil seguía con el moño en el mismo lugar. Ese estacionamiento le había costado bastante caro. Se arrepentía de ser tan absurda y orgullosa, pero en ese momento ya estaba decidida a aprender a conducir.

Una vez dentro del ascensor, ella sonrió y él tomó eso como una invitación. Se acercó y la apretó contra una de las paredes. Comenzó a

besarla y acariciarla de manera frenética y ansiosa. Ambos estaban a punto de devorarse. El fuego de la pasión los calcinaría en cualquier momento.

Una vez que el ascensor se detuvo, siguieron con su camino hacia el departamento. Ambos estaban con los labios hinchados por aquel fuerte encuentro.

—¿Te bañarás conmigo? Sabes que aquí tienes todo lo que necesitas para vivir si gustas. Si no quieres hacerlo por ahora, al menos dame el gusto de que pasemos un buen rato en el baño...

OceanofPDF.com

Capítulo 38

Lucila no pudo rechazar esa maravillosa propuesta. Se metió junto a él en la ducha. Nunca pensó que aquello sería solo una enjabonada de espalda. Terminó siendo mucho más que eso. Experimentaba hasta posiciones extrañas sobre el inodoro, en el lavatorio y ni hablar en los azulejos del baño. Se había vuelto a bañar, pero mejor que antes.

Entre el tiempo que estuvieron en el baño haciendo cositas e higienizándose, pasaron una hora y media. Estaban ya sin ganas de salir a cenar. Además, Blanca había dejado preparada una bandeja de quesos y salames varios con aceitunas, nueces almendras y pistachos.

—¿Cómo te ha ido en Alberta en tu primer día? —preguntó Humberto, curioso.

—En Alberta bastante bien, pero después de salir mucho mejor —insinuó sonriente cerca de él.

—Qué halago. Ya sabes cómo soy de jefe.

—Me han dicho que has estado un poco especial en los últimos meses.

—¿Recuerdas la primera vez que nos conocimos? —curioseó—. Pedí un ibuprofeno. Tenía muchos problemas en el trabajo y un poco en mi vida personal.

—Tú sabes más de mi vida de lo que yo sé de la tuya. Nunca me has hablado de tus ex.

—No es obligatorio. No tengo nada malo que decir y tampoco mucho de bueno que rescatar.

—Tampoco tengo razones para saberlo, pero soy curiosa.

—No deberías hacer chisme en el trabajo. Eso no te traerá nada bueno. ¿Oyes?

—¿Y con qué me distraigo en la oficina?

—Está habilitado el YouTube para todos y las emisoras online.

—Ajá, ya lo sé. Hay mucho trabajo en tesorería. Hoy fue mi primer día y quedé más que exhausta.

—Es por eso que Cinthia necesitaba compañía. Sé que la ayudarás mucho. Confío en tu capacidad. Tienes mi voto de confianza.

—Tengo el voto del dueño de Alberta, eso me hace muy feliz. Ahora solo debo cumplir a cabalidad los sesenta días del período de prueba.

—¿Sabes que eso casi es hasta absurdo? El que no quiere quedarse en el puesto deja de ir a la semana... Te digo que las nuevas generaciones ya no desean cumplir horarios ni hacer trabajos de hasta ocho horas. No sé cómo acabará el mundo en el futuro.

—Ufff... Así no hay sistema de pensiones que soporte. Escucha, ¿no quieres conocer mi pueblo en el interior? Puedo presentarte a mi familia en Semana Santa.

—Para eso faltan demasiados meses. Apenas ha empezado el invierno. Para abril falta mucho.

—Sí, yo sé, pero quería invitarte a que conozcas lo que hay más allá de aquí. Te gustará.

—Yo sé que sí —dijo.

Él todavía no podía ofrecerle que conociera a su familia porque ni su madre ni su padre estaban de acuerdo con esa relación. No quería someter a Lucila a un desaire que sabía que sus progenitores le harían.

Dos meses después...

Las cosas iban viento en popa para Lucila dentro de Alberta. Había pasado exitosamente sus meses de prueba y se estaba consolidando en su posición dentro de la empresa.

—Recuerda que mañana es día de pagos y debes llevarle los cheques a nuestro jefe —habló Cinthia que se hallaba haciendo transferencias al exterior, mientras le hablaba a Lucila.

Lucila estaba en su asiento pensando en lo mal que se sentía ese día. No había comido nada extraño, pero sentía que su estómago estaba descompuesto por completo.

—Sí, ya estoy terminando. ¿Tienes algún domperidona o algún digest? Creo que tengo acidez o no sé, debí comer algo que me cayó muy mal.

Cinthia siguió mirando su ordenador por un minuto más y después buscó unas pastillas en tu cartera.

—Tengo digest. Si sigues así es mejor que hoy no vayas a la universidad y vayas a urgencias. Esta pastilla no es capaz de curar algunas cosas, sabes a lo que me refiero, verdad, eso que se cura en nueve meses... —rio Cinthia al darle la pastilla.

Lucila parecía tener un momento de intranquilidad. Su mano comenzó a temblar al recordar que estaba retrasada. Ella no era tan regular, por lo que creía que podía ser normal, pero más de quince días no era algo usual. Podía ser que se estuviera asustando en vano, pero lo mejor era quitarse la duda con una prueba de farmacia.

Esa noche no se encontraría con Humberto porque él estaría jugando pádel y ella debería ir a la universidad. Dependía de cómo se sentía iría a su clase o se quedaría en casa o tal vez fuera al hospital.

Después de tomar la pastilla que le había dado Cinthia se sintió mejor. Entonces había decidido seguir adelante con el asunto de ir a sus clases,

pero no sin antes pasar por la farmacia para comprar la prueba. Al sentirse mejor desconfiaba que fuera un embarazo.

A la hora de la salida, se montó en su motocicleta y fue a otra farmacia, no en donde había trabajado, pues le daba vergüenza comprar una prueba de embarazo. Siendo una extraña nadie la juzgaría.

Al acabar su compra la guardó en su mochila y fue a la universidad. En ese lugar solo cenó un mixto de queso con un café. No quería amedrentar a los malos síntomas de la mañana por más que se sintiera mejor.

Ya en su casa, se recostó un poco en la cama. Sentía que todo su cuerpo temblaba por la tensión de la motocicleta. Había avanzado mucho en sus clases de manejo con Humberto, aunque por fin lo estaba conociendo mejor. Era bastante perfeccionista hasta para que ella condujera bien. Comenzaban a ser una pareja equilibrada que se comprendía e incomprensible a momentos. Ella era de las que no comprendía, pero él siempre buscaba ser equilibrado, aunque en ocasiones perdía los estribos.

Cuando se recuperó del cansancio, decidió buscar la prueba de embarazo y se puso a leer.

—Es mejor hacerlo al levantarse por la mañana... ¡Bah! Yo no aguantaré más la espera por saber. Llevo horas con esta porquería en la mochila, ya... A confiar.

Ella colocó la muestra de orina en la prueba y esperó a que el reactivo arrojara el resultado.

OceanofPDF.com

Capítulo 39

Ella estaba nerviosa. Iba y venía, se levantaba y se sentaba esperando los minutos. Rezaba para que solo fuera un retraso. No estaba lista para ser mamá, no había terminado la universidad y tampoco tenía una antigüedad laboral decente. Vivía en un alquiler y andaba en motocicleta. Debía ser un pequeño error de la vida que su período se le retrasara un par de días más. Lucila no tenía nada que ofrecerle a un pequeño niño o niña.

Siguió su espera hasta que decidió tomar al toro por los cuernos y mirar qué había salido. Cuando vio las dos rayas que decían positivo, se desplomó al suelo para llorar con amargura. No esperaba eso. Estaba embarazada de alguien a quien conocía hace como cuatro meses. La gente normal se casaba y después tenían hijos. Ella había vivido meses con Miguel y nunca se había embarazado, en cambio, con Humberto, había ocurrido sin estar viviendo juntos.

Su llanto no conocía de límites. Temblaba y hamacaba su figura presa de los nervios. Eran las diez de la noche. No sabía qué hacer o a quién llamar. ¿Qué pensaría Humberto? Si paraba de llorar para coger su móvil y llamarlo tal vez se diera el lujo de saber qué pensaba su novio. Debía calmarse, aquel ya estaba en su vientre y muy probablemente crecería con rapidez. Lo único que podía pensar en ese momento era que echó a perder su vida con un hijo sin terminar la carrera.

Cada vez que pensaba que estaba lista para realizar la llamada, volvía a llorar.

Entre los nervios y temblores, buscó el número de Humberto y llamó, pero él no le había contestado. Todavía debía seguir jugando. Eso solo hizo que sus temores crecieran. Se veía abandonada en un lugar una vez que él lo supiera. Ella no conocía a la familia de él, ni Humberto a la suya, pero suponía que a los padres de su novio no les haría gracia que ella se hubiera embarazado. Bien, a la misma Lucila no le hacía gracia. Se sentía al borde de un gran abismo de inseguridades y de no saber qué hacer. Se imaginaba sin trabajo y yendo a vivir con sus padres en el interior del país y ella haciendo oficios para poder alimentar a su pequeña cría. Tal vez eran temores infundados, pero esos pensamientos de miseria se habían instalado de manera repentina en su cabeza.

Debía tratar de serenarse y esperar que Humberto le devolviera la llamada.

En la cancha de pádel, Humberto todavía se hallaba jugando con sus amistades. Estaban en su último juego y después cada uno iría a su casa. Después de mucho tiempo volvía a reunirse con algunos amigos de la universidad. Todos ellos le preguntaban por Nichole, pero él ya había dicho que terminaron y que ya no existía relación entre ambos. Era difícil hacerlos entender porque eran parte del mismo círculo.

—Fue un excelente juego. —Los felicitó Humberto dándole la mano a cada uno de ellos para poder despedirse.

Comenzó a guardar sus implementos y cogió su móvil. Tenía una llamada perdida de Lucila. Cuando estuviera en el vehículo la llamaría.

Una vez que dejó su bolsón de cosas en la camioneta, se sentó frente al volante y se dispuso a devolver la llamada a Lucila.

—Lucy... —dijo sonriente.

—Necesito que vengas... —pidió Lucila de otro lado.

La voz que oía no era con la que Lucila solía contestar. Se escuchaba llorosa y moqueando.

—¿Todo está bien? ¿Te ha pasado algo?

—Cuando estés aquí hablaremos.

—Me estás asustando.

—Te aseguro que no estarás más asustado que yo.

Ella había colgado la llamada, dejándolo con la espina de la duda en medio de su corazón. ¿Qué podía tener a Lucila de esa manera?

Salió del estacionamiento del club como un demente y se dirigió al alquiler de ella. Esperaba que no la hubieran asaltado o que el ex de hacía meses atrás la estuviera molestando. No tardó más de diez minutos, pues casi no había tráfico que le dificultara llegar hasta Lucila.

Un tanto atarantado, bajó de la camioneta y golpeó la puerta. Estaba muerto por saber lo que le ocurría. También deseaba que no fuera alguna forma de buscar problemas entre ellos, porque ella era una experta en encontrar alguna excusa para ponerse especial.

Al escuchar el sonido de la puerta, Lucila se acercó a abrir.

—¿Qué te ha ocurrido? —interrogó Humberto que entró al lugar. Lucila estaba con los ojos rojos de tanto llorar—. ¿Es algo grave?

—Pues para mí lo es y te lo diré sin preámbulos. —Ella cogió la prueba de embarazo que estaba sobre la mesa y se la enseñó.

Él miró aquello con detenimiento y supuso que la respuesta era que estaba embarazada. No lo hubiera llamado en caso de una respuesta negativa.

—¿Estás embarazada? —inquirió.

—Eso es lo que dice ahí —lamentó entre lágrimas.

A él no le quedó otra cosa más que abrazarla para que ella pudiera llorar. La noticia era como agua fría en sus cabezas, más para ella que para él. Humberto tenía casi veintiocho años y estaba realizado en la vida, pero Lucila no.

—Yo te apoyaré y estaré a tu lado. No voy a correr ni me iré. Dime, ¿tienes miedo a que te deje?

—A lo que tengo miedo es a haber arruinado mi vida. No he terminado mis estudios y tampoco tengo buena antigüedad en el trabajo. ¿Qué le diré a Cinthia cuando tenga que ir a los controles?

—Lo bueno es que nadie puede despedirte hasta un año después del nacimiento del bebé, pero no deberías temer por eso, yo estoy contigo y te apoyaré. No dejarás la universidad ni el trabajo.

—Pero yo no tengo dinero para pagar una niñera para que yo regrese al trabajo o para ir a la universidad.

—¿Puedes preocuparte por una cosa a la vez? Yo estoy tratando de no sentirme emocionado por esa noticia y poder empatizar con tus sentimientos. Este detalle me ha tomado por sorpresa, pero me pone feliz al saber que tendré un hijo. No quiero que tengas miedo a que yo pueda dejarte, eso no ocurrirá. Ese hijo es nuestra responsabilidad y la compartiremos juntos.

Capítulo 40

Humberto se había quedado a tranquilizar a Lucila. En verdad ella estaba aterrada con la idea del bebé y era comprensible, pero él con cada minuto que pasaba se sentía más contento con la idea de ser papá. Entendía las razones que podían llevar a una mujer a no estar feliz con lo ocurrido.

Él había estado cinco años con Nichole y nunca había ocurrido algo así y más porque ella no estaba interesada en tener hijos. De hecho, pocas eran las mujeres que pensaban en eso.

—Mañana tomaremos más decisiones cuando estemos un poco más despiertos y menos sorprendidos que hoy —dijo Humberto abrazado a Lucila. Ambos se hallaban en la cama.

—No quiero que te vayas. No deseo estar sola. Creo que tengo algún tipo de crisis. No puedo pensar en quedarme sin compañía o mis pensamientos negativos me consumirán y me hundiré.

—Me quedaré a dormir contigo. Mañana temprano me iré, pero llegaré tarde a la oficina porque tendré que cambiarme.

Lucila se abrazó con fuerza al pecho de Humberto. A veces se sentía segura. Cuando lo tenía ahí estaba protegida, pero no sabía qué pasaría si él se iba. Sus palabras resultaron ser alentadoras para no hundirse en la miseria. Todavía no había cambiado su pensamiento sobre que un hijo, a esas alturas de su vida era como un palo en la rueda para su crecimiento

personal y laboral. Ella y Humberto todavía ni siquiera tenían un año de noviazgo, pero sí un hijo en camino.

Entendía que un accidente como ese ocurriera después de tres o cuatro años, mas no en menos de seis meses. Se sentía fatal y nadie podía cambiarlo. No sabía si eso le duraría todo el embarazo o solo una parte.

Lucila se levantó de la cama para apagar la luz y regresó a su lecho para acurrucarse con Humberto. A los diez minutos él estaba muerto mientras ella seguía con los ojos abiertos como platos en medio de la madrugada. Deseaba tener la tranquilidad de ese hombre.

Llegado cierto momento de la madrugada por fin había conseguido dormir después de dar vueltas como trompo.

Unas pocas horas más tarde, Lucila despertó como si no hubiera dormido nada. El día había empezado y ella no podía quedarse tirada en la cama.

Se levantó e hizo lo que podía. No tenía ganas de desayunar. Había tomado un baño rápido por el tiempo extra que se había quedado en su lecho.

—¿Estás segura de que no desayunarás? —indagó Humberto—. Puede ser contraproducente para ti y el bebé.

—Contraproducente sería que vomite camino al trabajo o en el trabajo.

—Bien, la primera cosa que harás será dejar la motocicleta...

—Es la única forma de movilizarme.

—No, tienes el Kia y es el que usarás desde ahora. No te arriesgarás una vez más. Recuerda que ya no estás sola. Ahora te subirás a la camioneta y te irás conmigo. Te dejaré en la puerta y yo iré a bañarme y cambiarme al departamento. Después de eso, pensarás en mudarte conmigo a casa. No puedes seguir viviendo aquí.

—Es mi independencia y mi espacio.

—Y tienes algo que también es mío en tu vientre y lo voy a cuidar hasta de ti si hace falta. Ahora es tiempo de hacerme caso. Sé que tienes miedo de vivir conmigo, pero haremos lo mejor por nuestro hijo, ¿entiendes? No importa la forma en la que se han dado las cosas, hay una persona más por la que debemos responder aquí.

A Lucila le dolía admitir que Humberto tenía razón. Él deseaba darle lo mejor a ambos y ella muchas veces no había dejado que se lo diera; sin embargo, a su hijo no podía negarle su derecho de ser atendido por su padre. Tanto ella como el bebé estarían mejor cuidados en la casa de él.

—Pero yo seguiré manteniendo este alquiler. Es solo una pieza y es barato. No puedo quedarme sin un lugar al cual ir si pasa algo.

—Si eso te mantiene tranquila, hazlo.

Los dos continuaron hablando y preparándose para salir. La vida de ellos cambiaría drásticamente con la llegada de un hijo. También se acercaba un momento difícil que era ese de contarle a sus familiares que serían padres.

Pese a que Humberto no estaba preocupado por lo que pensarían sus papás, sabía que ellos no estarían felices porque no querían a Lucila. En el fondo le molestaba que no lo apoyaran con la mujer que él quería. Ya de ellos dependería ser abuelos ausentes.

Salieron de la casa de Lucila y se dirigieron a Alberta. Ella tenía el tiempo justo para llegar. Ese día no se sentía tan bien para trabajar. No se trataba de dolores o molestias, era algo en su ánimo. Se percibía prisionera a causa de sus tonterías. Si estaba embarazada era por confiar en alguien que no usaba condón en la ducha.

—A la salida nos iremos juntos. Hoy lo haremos todo. Debes comunicar tu embarazo en la empresa para que comience a correr tu protección. Todo estará bien, Lucy, no hay nada que temer. —Humberto le tomó la mano a Lucila y le dejó un beso.

—Eso haré. Espero que todo salga bien. Debo comenzar las consultas médicas.

—Por eso no te preocupes. Lo veremos en el Sanatorio, yo me encargo.

—Gracias...

Ella se apresuró a bajar del vehículo sin que nadie la viera. Sería todo peor si sabían que el jefe llevaba a su novia al trabajo donde él mismo era el dueño. Le daba mucha vergüenza.

Marcó su entrada con su huella digital y se dirigió a la oficina. Al entrar encontró a Cinthia acompañada de un humeante café que le dio náuseas.

—Buen día... —saludó Lucila.

—Buen día, Lucila, pon algo de música. Eres la mejor DJ que conozco —replicó Cinthia.

Lucila encendió el ordenador y puso YouTube. Después se acercó hasta la puerta de su jefa.

—Ay, Dios, te ves fatal... —comentó Cinthia.

—La noticia que te daré no es mala, pero tampoco es buena...

—No me digas. —Cinthia suspiró—. Estás embarazada.

—Sí. Lo lamento.

—Y yo te felicito. Es algo maravilloso. ¿Pensabas que me enojaría? Todos tenemos una vida al salir de aquí.

—Pero el trabajo...

—Eres muy joven todavía y hay miles de trabajos. No creo que el licenciado Albertini se enoje porque estarás cuatro meses de reposo de maternidad dentro de nueve meses. Todo tiene solución. Yo ya soy madre y he pasado lo que no te imaginas, pero te lo contaré para que sepas que todo irá bien.

OceanofPDF.com

Capítulo 41

Cinthia le había contado su larga experiencia de vida. Su currículum era bastante extenso en cuestiones laborales y sufrimientos. Le había dicho que Alberta era el mejor lugar en el que había estado y también el cargo más alto que había conseguido en su carrera administrativa.

—Por eso te digo que no te ahogues en un vaso de agua, deja esas lágrimas... —dijo la jefa para que Lucila parara de llorar.

—Lo sé, pero me siento agobiada. No sé cómo explicar todo lo que pasa por mi mente...

—¿Acaso el papá de tu hijo no responderá por él?

—Sí lo hará, es alguien responsable...

—¿Entonces? ¿Es tan pobre que no puede mantenerlos? ¿Es vendedor, comisionista, delivery o escritor?

—No, él tiene una posición decente —respondió. No podía decir: «Sí, es el dueño de Alberta», eso sería un pecado.

—¡Pues qué bendición! ¿Sabes lo que es estar detrás de un hombre para que te dé la prestación? Estoy cansada de perseguir al papá de mi criatura.

—Lo lamento. Espero que yo no tenga que hacer eso.

—Escucha, yo me hice de «la galla» y quise batallar a solas por mi bebé, pero después entendí que yo no lo hice sola y que es derecho de mi hija que ella tenga la ayuda económica de su papá. Si a mí me pasara algo, él debería continuar dándole lo necesario hasta los dieciocho años. Si tienes problemas con el papá de tu bebé, te sugiero que consideres esa idea.

—Lo tendré en cuenta.

—Hazme caso y ahora regresa a tu trabajo. Las cosas pasarán y verás a ese bebé como una bendición.

Lucila asintió ante lo último que había dicho Cinthia, luego ella fue a su lugar para comenzar con su trabajo, y su jefa había salido de la oficina. Con el pasar de las horas pudo despejar su mente con la música y los legajos acumulados que tenía. Varias veces entró a Google y buscó cosas sobre bebés e incluso se puso a pensar en cuánto tiempo podría tener de embarazo. Debía ir a su control.

La jefa de tesorería hizo su ronda por cobranzas y contabilidad antes de pasar junto a Humberto. Se anunció con Cassia para que la dejara pasar. Tenía unas operaciones que necesitaban aprobación por parte de él para que el banco las validara.

—Adelante, Cinthia —dijo Humberto, animado.

—Buen día, licenciado Albertini —pronunció Cinthia.

—¿Ya están listos los papeles?

—Sí, solo hay que firmar las transferencias y después aprobar en el banco la compra de monedas.

—Sí, sí. Ya con eso las telas estarán pagadas.

—Sí... Licenciado Albertini, quería comentarle que Lucila, mi asistente, ha comunicado que está embarazada, por lo que se ausentará varias veces por los controles e imagino que muchas veces por los malestares.

Al escuchar eso, él se dio cuenta de que sería padre. Ya estaba casi mentalizado, pero oírlo de alguien ajeno a Lucila y a él, lo llenaba de cierta ansiedad.

—¿Y qué piensas de eso, Cinthia? ¿Crees que Lucila echó a perder su juventud y su vida?

—No, no creo eso. Es muy joven. Se lo dije. Estuvo llorando en la oficina porque estaba asustada, no esperaba lo que le ocurrió, pero no es la primera ni la última persona a la que le ocurre algo así. Ya lo superará cuando vea a su bebé en las ecografías.

—Es probable. Estoy contento por Lucila...

Después de que Cinthia se fue, recordó llamar a su seguro para que Lucila también estuviera asegurada junto a él y pudiera consultar sin inconvenientes. También agendaría la cita para acudiera a sus controles.

A la hora de la salida, Humberto hizo lo posible por salir más temprano. Lucila le había escrito que esperaría que nadie la viera para subir a la camioneta y que pudieran ir a recoger sus cosas en su alquiler.

Era más que necesario que Lucila se moviera por su cuenta, pues ella sentía pánico de que la vieran sus compañeros de trabajo y murmuraran sobre ella y que cuestionaran cómo había conseguido el puesto. Ella estaba cubriendo el cargo a la perfección y quizá estuviera muy por encima de lo que requería ese trabajo. Lucila era muy capaz y él sabía que podía llegar a desarrollar las capacidades que un cargo requería.

—Fue difícil... Espero que nadie me viera —musitó Lucila, agachada.

—Lucila, la camioneta es bastante polarizada como para que te vean los que están afuera. Nadie se fijará en ti —la reprendió Humberto.

—Al menos hasta salir de la empresa, yo me quedaré aquí.

—Como quieras. He conseguido la cita para ti para dentro de tres días a las 16:30 horas. Intentaré acompañarte. Desde mañana te moverás con el automóvil que está aparcado. Debes cargarle nafta premium para que funcione mejor y no diésel porque no le va, ¿entiendes?

—Sí. No soy tonta.

—¿Cómo has pasado tu día?

—Bien. Traté de calmarme y pensar en que no me desgracié. Todo estará bien, lo único que no tiene solución es la muerte. Yo estaré bien en nueve meses.

Humberto solo podía reír un poco de las ocurrencias de Lucila. Ella era una persona que se angustiaba con facilidad y era por todo. No importaba si fuera una nimiedad o algo importante.

Llegaron a la casa de ella y recogieron sus prendas, zapatos y toda la comida que pudiera pudrirse. En aquel lugar tendría guardada la motocicleta. No tenía un lugar en donde llevar las cosas que poseía y que le habían dado sus padres y otros familiares para que vivían en la capital.

Al final de cuentas sí terminaría viviendo con el hombre al que conoció hacía tan pocos meses. Era una locura. Esperaba que todo fuera para el bien de ellos y del bebé.

En el departamento, Blanca había terminado los quehaceres y se disponía a retirarse, cuando la señora vio que ella Lucila llevaba todas sus cosas, entendió que esa muchacha se mudaría con Humberto. Sabía que la madre de aquel pegaría el grito en el cielo al saberlo y ella tendría que contárselo porque para eso también le pagaban.

Capítulo 42

Lucila ya estaba acostumbrada a conducir hasta el trabajo. Humberto le había conseguido un lugar en el estacionamiento de la empresa para que ella no tuviera que aparcar lejos. Ese día ella tenía su cita en el ginecólogo y estaba ansiosa por todo lo que ocurriría. No sabía qué le diría el doctor.

Ella trataba de distraerse con el chisme y el trabajo en la oficina. No sabía que podía volverse chismosa. Le gustaba saber por más que no conociera a mucha gente. Se integraba rápidamente a las costumbres de cualquier organización.

—Viene la mamá del jefe —contó Cinthia que había estado conversando con «la primera dama», como la llamaban la mayoría por ser la secretaria del dueño. Era la primera en enterarse del cotilleo.

El corazón de Lucila se detuvo. Ella nunca había visto a la mamá de su novio.

—¿Y cómo es su mamá? —curioseó avergonzada.

—Pues hoy vino con una cara de que alguien se tiró un pedo y ella lo olió. Espero que solo sea mi impresión, quizá Cassia te lo diga mejor. Oye, con Cassia estábamos pensando en algo...

—¿En qué? —indagó Lucila.

—En que el jefe tiene una novia nueva y que ella usa el Kia blanco como el que tú tienes... —insinuó Cinthia.

La lengua de Lucila estaba tiesa. No quería responder nada.

—Podrían ser coincidencias... —Cinthia regresó a la carga—. Pero yo no creo en las coincidencias, así que confiesa, Lucila.

—¿Qué quieres que diga?

—Di la verdad, que eres la novia del jefe y que la leona se ha enterado de tu embarazo.

—Cinthia...

—No puedo juzgarte, yo solo quiero confirmar eso.

—Bueno, es evidente que soy la novia. Ustedes saben porque él les pidió el automóvil y desde que me embaracé no me deja usar la motocicleta. Ese vehículo lo compró sin mi consentimiento, solo llevamos saliendo unos meses y... Esto es complicado. Por favor, no se lo cuentes a nadie. Todos comenzarán a cuestionar cómo es que conseguí llegar aquí. Lo juro por Dios que yo no le he pedido nada a él.

—Sospecho que es así, porque eres una chica muy sencilla. Yo creí que cualquier novia explotaría a su novio adinerado.

—Él se explota solo. Le dije que no quiero nada, pero se empeña en todo y no me queda más que aceptar por la paz.

—Vaya paz que yo desearía tener.

Ambas rieron a carcajadas por lo que decían. Una creía tener muchos problemas y la otra solo veía soluciones en lugar de dramas innecesarios.

En la sala de espera de la oficina de Humberto se encontraba su madre que había ido a verlo. Aguardaba que saliera de una videoconferencia que estaba teniendo.

—Ya puede pasar, señora Albertini —avisó Cassia después de colgar el teléfono.

—Gracias, Cassia —dijo la mujer que pasó sin dilación hacia la oficina.

Humberto no esperaba nada bueno de su madre. Se escribían o se llamaban muy poco. Cada vez que lo hacía había cierta tensión entre ellos a causa de que no aceptaban la relación con Lucila y él no le había mencionado nada a ella, pues quizá con el embarazo fuera más escandalosa o tal vez hipocondriaca.

—Hola, mamá —saludó Humberto que se levantó de su silla y caminó hacia ella para darle besos en la mejilla.

—No puedo creer lo que me dijo Blanca, Humberto. ¿En qué lío te metiste? —increpó su mamá correspondiendo al cariño de su hijo.

—¿Qué es todo lo que te dijo Blanca?

—Que la chica esa con la que andas está embarazada. Se sacó la lotería contigo, ¿qué no lo entiendes?

—Yo estoy feliz con la idea de ser papá. En verdad que me llena de emoción y espero que ustedes puedan entender y compartir mi felicidad.

—Hasta que no le hagan una prueba de ADN a ese bebé yo no lo consideraré mi nieto o nieta. Es una trepadora, una escaladora social. Una piruja que andaba en motocicleta supo hacer magia para llevarse al más tonto y rico a la cama. No puedo creer que dejaste a Nichole por esa mujer. Todavía no puedo asimilarlo y ella tampoco. Ayer fue a visitarme, pero no le dije nada del supuesto hijo que esperan.

—Mamá, no es supuesto hijo. Es mi hijo y estoy seguro de eso. Ella ha estado conmigo todo el tiempo. Trabaja conmigo aquí...

—¡Esto es el colmo de la desvergüenza! Le falta dignidad y capacidad para encontrar un empleo. ¿No ves que te está usando para su beneficio? Lo más probable es que ese bebé no sea tuyo. Considéralo. Tú deberías utilizarla como cualquier hombre haría, pero no, tú la llevas a vivir a tu lujoso departamento en el que yo no he podido poner un pie.

—No has puesto un pie porque no quieres y yo no puedo obligarte a que me visites. No quiero que hagas pasar mal a Lucila y tampoco a mí mencionando a Nichole. Me alegra que regresara y me alegraré más si ambas se resignan a que ya hice mi vida. Y para que sepas, mamá, Lucila no es la razón por la que terminé con Nichole. Yo ya no quería estar en esa relación. No éramos compatibles.

—Pero si eres compatible con una mujer que es... Pobre, miserable y es probable que sea indígena.

—Si es indígena al menos no lo parece. Estoy feliz con Lucila es lo que importa. Tendremos un bebé e intentaremos que nuestra relación prospere sin que los demás metan su cuchara en nuestra vida. Eso los incluye a ustedes. Me avisan cuando quieran conocerla de buena voluntad y yo la llevaré. Es una muchacha muy trabajadora, amable, educada y buena.

—Y que te grita, ¿verdad?

—Ay, mamá. Cualquier pareja tiene sus problemas. A nosotros nos tocó un embarazo y hay que afrontarlo con la unión de ambos.

—Primero un automóvil, después un trabajo y como cereza del pastel un bebé. Ella sí que sabe cómo asegurar su jubilación. Más vale que sea tuyo y si ella se porta mal, se lo quitaremos. Una persona como ella no será capaz de mantener un hijo sin tu apoyo. En un juzgado todo se puede ganar.

Capítulo 43

—Decídete, mamá, ¿es tu nieto o no? Si no estuviera seguro de que es mi hijo no le hubiera pedido que viviéramos juntos, ¿no te parece? —replicó Humberto al escuchar las barbaridades de su madre.

—Si tú lo dices, te creeré, pero no me pidas que confíe en ella.

—No sé cuál es la razón por la que demonizas a esa mujer siendo que es lo que yo escogí, a quien quiero y con quien tengo proyecciones de una familia.

—¿Piensas en casarte con alguien que conociste hace seis meses?

—Ya está embarazada, muchas cosas estoy pensando y entre ellas el matrimonio es una opción. No hace falta que comparta años de mi vida con una persona. Con Nichole perdí cinco años en algo que no tenía proyecciones distintas a una salida o viajar. Ni siquiera teníamos un perro en común, mamá. Ya no me sentía vinculado a ella de manera sentimental. Con Lucila es distinto.

—Te diré lo que tienes con ella... Una calentura con consecuencias. Humberto, hoy en día no hace falta casarse para hacerte cargo de tu hijo. Esto no está destinado a durar más de un año. Romperán por la presión que vendrá encima de ustedes. Es lo que puedo decirte como mamá. Espero que lo tengas en cuenta y que por nada de este mundo le pidas matrimonio a la tal Lucila.

—Yo haré lo que crea conveniente, ¿sí? ¿Solo viniste para decir e insinuar cosas sobre mi novia?

—También a visitarte, pues es evidente que prefieres a cualquiera antes que a los que te dieron la vida.

Humberto puso los ojos en blanco y regresó a su asiento. Su mamá no cambiaría.

—Hoy veremos al bebé por primera vez —contó Humberto.

—Espero que esté sano, por el bien de todos.

—Les mostraré las ecografías después para que no digan que los mantenemos ajenos. Si ustedes quieren alejarse no puedo hacer nada. No deseo que quebranten mi felicidad ni el estado mental de Lucila. Quiero que esté tranquila porque es un poco alharaca.

La mamá de Humberto siguió con él e intentó evadir el tema de Lucila. No le interesaba basar sus conversaciones en una fulana que pronto estaba destinada a desaparecer de su vida. Cuando viera a Nichole otra vez, sabría que era a ella a quien en realidad quería.

Humberto había quedado molesto y disconforme con la visita de su mamá. Ella no simpatizaba ni con él ni con su hijo y menos con Lucila. Una vez que dejó de preocuparse por alguien que no le deseaba el bien, recordó

que Lucila tenía su cita en el sanatorio y él quería estar presente para ver lo que ella llevaba dentro.

Le envió un mensaje para que ella no lo olvidara, pues una vez que se concentraba en el trabajo se perdía.

Él salió casi al mismo tiempo que ella. Cada uno de ellos fue en su vehículo. La idea era que Lucila lo siguiera para que pudiera estacionar cerca porque iban a un lugar donde el aparcamiento era escaso y el tráfico muy pesado.

Lucila siguió la camioneta de Humberto. Cuando llegaron hasta el edificio del sanatorio, sentía que temblaba. Eran los nervios por conocer a su bebé. Necesitaba verlo para poder pisar tierra con sus pensamientos.

Ambos aparcaron cerca el uno del otro. Humberto cogió de la mano a Lucila para que caminaran juntos.

—Los nervios me están matando —dijo Lucila.

—A mí también. Deseo saber mucho sobre él. Debe ser muy pequeño.

—Lo que más quiero es que esté bien...

—Y va a estar bien. De eso no hay duda. No pienses en cosas malas.

Ella asintió y se abrazó a él para confortarse.

Entraron a la recepción del sanatorio y preguntaron por el área de ginecología. Siguieron la indicación de la recepcionista y llegaron hasta una secretaria.

Lucila dio su nombre para confirmar la cita y la mandaron a sentarse.

—Me muero de vergüenza con la ecografía. Tendré que abrir las piernas...

—Yo te acompañaré. Todo es por el bebé. Si tienes que abrirlas, no queda más remedio que hacerlo.

—Qué fácil. Me hubiera gustado ser varón.

—La naturaleza ha sido sabia, por algo soy el varón y el padre de tu hijo.

—Siempre encuentras algo...

Esperaron unos minutos hasta que llamaron el nombre de Lucila. Humberto no había soltado su mano. Era una marica por andar de esa manera temerosa por el mundo. Esperaba que esa etapa de inseguridad de su vida desapareciera pronto. No existían razones para preocuparse, pero su cerebro le decía que se preocupara por todo.

Una vez dentro del consultorio, el doctor sentó a ambos frente a su escritorio y comenzó con las preguntas como la fecha de la última menstruación de Lucila. Todo le resultaba embarazoso a ella, pues venía de

una familia conservadora. Cuando el médico le dijo que se pusiera la bata y se quitara la parte de abajo de la prenda, Lucila sabía que era el momento de la ecografía.

Entró a un baño del consultorio e hizo lo que le había dicho el doctor. Al salir estaba llena de vergüenza. Después le indicó que se acostara en la camilla. Ella miraba como él le colocaba un condón al aparato que introduciría en su ser.

—Relájate, Lucila, vamos a mirar al bebé... —indicó el médico.

Humberto estaba junto a ella cuando dio un respingo al sentir el aparato.

—Aquí está... —indicó el doctor refiriéndose a un punto negro—. Veremos si tiene latidos.

El hombre tocó varios botones de algo que parecía una computadora y se puso a medir el círculo negro.

De repente, en todo el consultorio se escuchaban los fuertes latidos.

Lucila tragó saliva al darse cuenta de que su bebé estaba vivo y que tenía un corazón. Ella apretó la mano de Humberto y sollozó.

Él aún no podía creer que dentro de Lucila estaba creciendo su hijo. En ese instante estallaba de emoción y solo deseaba que pronto naciera para tenerlo en sus brazos.

—¿Ves que está ahí, Lucy? —curioseó Humberto, emocionado.

La pobre no podía responder, estaba desbordada por los sentimientos que la embargaban.

OceanofPDF.com

Capítulo 44

La experiencia parecía palpable y el corazón de Lucila se encontraba en paz. Esa angustia que arrastraba desde que se había enterado del bebé parecía disiparse. Ahí estaba, era real y debía aceptarlo, y no solo eso, sino que también amarlo.

El médico imprimió las imágenes de esa ecografía y la citó otra vez para las próximas dos semanas.

Cuando salieron del consultorio, Lucila y Humberto iban en silencio, o al menos caminaron de esa manera hasta cierto punto.

—Es un puntito negro —comentó Lucila.

—Nuestro puntito negro...

—No puedo mentir. Fue emocionante verlo.

—Sí. Todavía falta mucho para que esté con nosotros. ¿Crees que podamos comprarle cosas?

—Con mi aprobación o sin ella las comprarás. Todavía no sabemos qué será...

—Quizá pronto lo sepamos. El doctor dijo que entre los tres y cinco meses lo podríamos saber.

—Será difícil soportar ese tiempo pensando si será niña o varón. ¿Y tú mamá? Sé que fue a la empresa.

Humberto siguió caminando junto a ella sin decir nada.

—No puedes ocultar las cosas, Humberto. No me quiere, ni me va a querer —musitó Lucila—. Mis padres te recibirán sin inconvenientes en casa y mi hermana también es buena y no tendrá problemas contigo. Quiero que sepas que prefiero no ir a un lugar en el que no seré bien recibida y tampoco mi hijo.

—Las cosas no son como tú las dices, Lucy.

—Entonces, ¿cómo son?

—Ellos son un poco difíciles.

—Si contigo que eres el hijo son difíciles, imagínate conmigo. No deseo parecer clasista, pero de cierta manera creo que piensan que yo estoy contigo por interés. Lo sabes, el automóvil, el trabajo, las ropas. Son cosas que no te he pedido y tenía mis razones. No quería que pensarán mal de mí.

—No eres una interesada. Lo que digan los demás no te puede importar tanto. No soy tan tonto como creen ellos. Los dejo pensar lo que gusten. Mis decisiones las tomo yo y las consecuencias las asumo.

Cuando llegaron al automóvil de Lucila, él le dio un beso en los labios. Ambos se dirigirían al departamento, aunque ella primero deseaba pasar por el supermercado para matar el antojo terrible que tenía de comerse unas deliciosas salchichas con chimichurri.

Al día siguiente ya en la oficina, Lucila estaba muy animada y contenta. Debía llevar un par de cheques para que los firmara Humberto. Cada vez que iba a su oficina, él se calentaba y quería cositas con ella, pero a Lucila le daba vergüenza hacerlo en el trabajo, por lo que siempre dejaban el asunto para la noche.

—¿Hay más cheques después de estos? —preguntó Humberto.

—No, son todos. Cinthia te pasará las transferencias por correo. Aquí están los legajos y esos los dejaré para que los mires.

El teléfono del interno sonó en la oficina de Humberto y él la levantó para contestar.

—Cassia... —dijo mientras seguía firmando cheques.

—Licenciado, la señorita Nichole ha venido.

—Está bien, dile que espere —ordenó Humberto que miró a Lucila a la vez que respondía.

—Le diré, licenciado, porque no tiene muchas ganas de esperar.

—Le repites que espere, porque estoy firmando cheques...

—Sí, ¡señorita Nichole! —exclamó Cassia—. Ella fue hacia su oficina, licenciado.

Cuando ella le comunicó eso, él pudo ver que la puerta se abrió, entonces colgó la llamada.

Lucila miró a la entrada de la puerta. Una mujer rubia de ojos verdes y arreglada hasta la última pestaña estaba frente a ellos. Las botas de la muchacha eran altas y elegantes. Llevaba también unos lentes de sol. Era como una modelo. ¿Qué podía querer alguien así en la oficina de él para irrumpir de esa manera?

—Humberto, quiero hablar contigo ahora mismo. —Nichole se fijó en que él estaba ocupado con una empleada—. Dile a tu empleada que se retire.

El sonrojo consumió a Lucila. Quería morir de la vergüenza.

—Te pido que esperes con Cassia. Después te atenderé.

—No. No me atiendes los mensajes ni los correos. Me tienes bloqueada de todas partes.

Ante esas palabras Lucila sentía que su respiración se agitaba. ¿Por qué le reclamaba esas cosas a Humberto?

—Dejaré los cheques y volveré más tarde. Con permiso —habló Lucila para salir de ahí.

La mano izquierda de Humberto cubría su frente y la apretaba. Tendría que dar muchas explicaciones para Lucila.

—En este instante te exijo cuentas, Humberto. Me dejaste por teléfono. ¿Qué clase de hombre hace eso? —increpó Nichole, molesta.

—Es algo difícil de explicar, pero ya no me sentía cómodo en la relación y percibía que me estabas asfixiando.

—¡Estábamos bien en Estados Unidos! ¿Qué te pasó? Compré mi vestido de casamiento.

—Yo no te he pedido matrimonio.

—Quise aprovechar la oportunidad al estar ahí.

—No, quisiste gastar el dinero a tus anchas por un capricho y creo que esa ha sido la gota que colmó el vaso para mí. Yo estoy aquí trabajando, y tú vienes, montas un escándalo frente a mis empleados... Esta es otra razón más que justifica mi actuar. No sabes de dónde sale lo que gastas y eso me desespera.

—¿Te molesta que tenga mi propio dinero y lo gaste?

—Por supuesto que no. Lo que me molesta es que no pienses en hacerte cargo de tus cosas. El dinero hay que trabajarlo y no solo gastarlo. Somos incompatibles.

—Qué raro. No creíste eso por cinco años. Ya tu mamá me dijo que andas loquito por una putita de callejón a la que tienes trabajando aquí.

—Lucila no es lo que dices.

—¿No? ¡Se metió con un hombre con novia para sacarte plata! Prefieres a una mujer que te robe y se burle de ti antes que a una que gasta su propio dinero. Pero la voy a poner en su lugar.

—No vas a poner a nadie en su lugar, porque son mis decisiones y Lucila es inocente de todo. Yo soy quien no quiere estar contigo. En ese ínterin la conocí y me enamoré de ella.

—¿Después de cinco años te atreves a hablar de amor por otra? — reprochó dolida. Las lágrimas de furia comenzaron a bañar sus mejillas.

—Perdóname, Nichole, pero lo nuestro se terminó.

—¡Lo que vas a hacer es terminar tu relación con ella y si no lo haces tú, lo haré yo!

Capítulo 45

Lucila había salido de la oficina de su novio, preocupada por la situación. Ya había visto el nombre de esa mujer en el móvil de Humberto. En ese momento temía lo peor. En su cabeza pensaba que él era un hombre casado o comprometido y que esa era la razón por la que los padres de Humberto no lo visitaban y que todo eso de que eran ex novios era una mentira.

Si era de esa manera estaba en un aprieto del que no sabía cómo salir. Trabajaba para él y también se encontraba embarazada. ¿Qué más podía hacer? Salir de esa empresa sería una tontería mayúscula, porque nadie la contrataría en su estado. Debía calmarse y pensar bien las cosas.

—Cassia, ¿quién es la señorita Nichole que entró junto al licenciado?
—preguntó una vez que estuvo en la recepción.

Cassia sabía que Lucila o era la novia oficial o era la otra de su jefe. Ella no entendía muy bien lo que estaba ocurriendo y tampoco deseaba colocar leña al fuego.

—Lucila, tengo que decirte que es o era su novia. No sé a ciencia cierta en qué quedó la relación de ellos. Es mejor que esperes a que el licenciado dé una explicación. Yo sé que él y tú salen...

Las posibilidades de que en realidad Lucila fuera la otra, le resultaba preocupante. En el fondo algo le decía que las cosas no podían ser tan

perfectas y que él no podía ser perfecto. En ese instante y de una manera vergonzosa se daba cuenta de eso.

—Regresaré a tesorería. Cuando el licenciado termine de firmar los cheques, me avisas para venir a por ellos, por favor —dijo para despedirse.

Estaba demasiado nerviosa. Temblaba y sus pensamientos la hacían sentir peor. Estos no le daban tregua para crucificar al hombre que ella quería. ¿Cómo no fue más inteligente? Él era demasiado bueno para ser verdad. Un hombre rico se había fijado en ella que no tenía una moneda con la cual morir. Humberto debió creer que siendo pobre ella se sometería a cualquier cosa, pero Lucila no se dejaría.

—¿Y los cheques, Lucila? —preguntó Cinthia al verla regresar con las manos vacías.

—Se las dejé a él para que firmara. Ha tenido un imprevisto con su novia...

Cinthia se ha quedado de piedra al escuchar lo que le decía.

—¿Qué cosa? —curioseó la jefa.

—¿Tú qué sabes de una tal Nichole?

—Ella fue la novia del jefe por muchos años, pero no la veo desde hace unos meses, pensé que terminaron y que por eso andaba contigo.

—Mmm... pues parece que no todo estaba terminado.

—¡Ay! ¿En serio? No lo puedo creer. ¿Y qué harás?

—No sé, no tengo idea de nada. Solo entiendo que aquí alguien mintió y que tendrá que explicar mucho. Tengo tanto que perder, Cinthia. Estoy embarazada, en su empresa, viviendo con él. ¡Cómo fui tan confiada!

—Espera a que te explique. El licenciado es una buena persona y te dará una respuesta.

—Buena persona tal vez sea en el trabajo, pero sobre su honestidad deja mucho que desear.

—¡Dónde está Lucila! ¡Dónde está la tal Lucila! —vociferó Nichole atravesando los pasillos de Alberta.

—¡Basta de juegos, Nichole! —espetó Humberto, nervioso por los gritos y el escándalo. Sus empleados salían a mirar lo que ocurría.

—¡Sal de donde estés, mujerzuela! —continuó la mujer, iracunda.

Al escuchar esos gritos, el corazón de Lucila se aceleró. Su jefa que había escuchado lo mismo, cerró la puerta para que la bruja no la hallara.

La vergüenza consumía por completo a Lucila. Ese escándalo sería inolvidable para todos y no solo el resto de los empleados, sino también para ella y para Humberto.

Nichole se acercó a la ventanilla de vidrio de la tesorería.

—¡Tú! —la señaló Nichole que golpeaba el cristal.

—¡Es suficiente, Nichole! Te estás avergonzando —masculló cogiéndola del brazo para detener su tontería.

—¡Esa fulana cara de chivo es quien te gusta! ¡Esa cosa horrenda! —señaló hacia donde estaba Lucila junto a Cinthia.

Humberto quería que la tierra se lo tragara al ver el rostro de Lucila y el gesto negativo que hacía con la cabeza. Estaba condenado a algo y todavía no sabía a qué.

—Para con esto —ordenó a Nichole.

—No, no hasta que ella entienda que no puede meterse en la relación de nadie más —replicó—. ¡Sal de ahí, mustia!

Los ojos de Nichole se posaron en Lucila. Suponía que ella era la famosa Lucila porque era la única cara nueva de la empresa.

Con rabia y enojo, consiguió un poco de valentía para acercarse a la ventanilla.

—No soy ninguna mustia, y no se me ha ocurrido involucrarme en relaciones ajenas. Si tienes algo que reclamar, el culpable está junto a ti —

respondió a la provocación.

—¿No eres la culpable? ¡Por supuesto que sí, cara de chivo! Humberto es un hombre que tiene novia, y yo lo soy desde hace cinco años. ¿Lo entiendes?

—¡Ya, ya! —gruñó Humberto que sin importar el daño que podía hacerle a Nichole, la apretó de su brazo y la llevó hacia la salida de Alberta.

Lucila tenía las piernas temblando por todo. Ni siquiera le salían palabras para insultar a esa mujer. Estaba dolida y se sentía humillada. ¿Cómo podría pisar la empresa al día siguiente? Ya todos la reconocerían como la amante del jefe. La indecente asistente de tesorería.

—¡No volverás a entrar a este lugar! Aléjate de mí y de Lucila. Ya te he dicho que terminamos. Fui claro contigo. Nunca te perdonaré esto, Nichole. Jamás —aseguró Humberto, enfadado.

—Te perdonaré si dejas a esa fulana hoy mismo y la despides. Te doy esa opción, Humberto. Lidar con el qué dirán sobre mí será fácil. Si quieres regresar conmigo, esa es la condición que te pongo.

Humberto quería carcajearse en la cara de Nichole.

—¿Quién dijo que quiero volver contigo? No quiero hacerlo, no me interesa. Gasta tus millones y déjame en paz. Lucila y yo haremos nuestra vida junto a nuestro hijo...

—¿Encima la embarazaste? ¿Qué más ventajas sobre ti le das a esa tipa? También puedo darte un hijo si quieres, pero para eso tendrás que dejar a la renacuaja esa y deshacerte de la porquería que lleva dentro. Puedes hacerlo en algún lugar ilegal. Tienes dinero, no te agarrarán.

OceanofPDF.com

Capítulo 46

—Ya vete antes de seguir diciendo más tonterías. Lograste algo que pocas personas pueden, y eso es enfadarme, Nichole. Si te vuelves a acercar a mí o a Lucila, te denunciaré, ¿entiendes? Pensé en que esto terminaría en paz entre nosotros. En verdad imaginé que eras más madura.

—¿Y qué tan maduro eres tú para terminar una relación de cinco años por una llamada telefónica? Dijiste que hablaríamos cuando estuviera aquí...

—Ahora estás aquí y no puedo hablar contigo porque eres irracional. Debimos terminar esto de la mejor manera, Nichole, pues yo te aprecio, solo que como pareja esto no funciona.

—¡Explícame la razón de eso! En Estados Unidos estuvimos bien...

—No, yo ya estaba cansado de todo y tomé esa decisión. Lucila no tiene nada que ver con eso. La conocí por casualidad cuando pedí unas pastillas en la farmacia. No te desquites con ella, porque el culpable soy yo.

Nichole le dio la espalda en medio de lágrimas de ira y rabia. Se dirigió a su vehículo que dejó mal aparcado y abandonó la empresa.

Humberto tenía un problema en las manos que era tratar de calmar a Lucila que debía estar odiándolo y dándose la razón por desconfiar de él. Tendría a un toro dispuesto a arremeter contra su humanidad sin importar

nada más y no la culpaba. Todos sus miedos se habían hecho realidad. La vergüenza dentro de la empresa la habían pasado los dos, pero más Lucila.

Él regresó a su oficina. Ni siquiera miró a Cassia que parecía hacerse la desentendida después del tremendo bochorno. Firmó todos los cheques sin detenerse a mirar los legajos. No tenía cabeza para algo que no fuera repetitivo.

Levantó el tubo del teléfono para llamar a Cassia y que ella fuera a recoger los cheques para el pago de la tarde. Aquel sería un día muy difícil para la mayoría. Estarían en boca de los empleados y tal vez eso también llegara al *holding* de sus padres.

Cassia hizo lo que él le había pedido y llevó aquello a tesorería. Al llegar vio a Lucila intentando continuar con sus trabajos.

—El licenciado firmó los cheques, Lucila. —Cassia le pasó la carpeta por el espacio de la ventanilla.

—Gracias, Cassia. Los ordenaré ahora... —dijo Lucila, desanimada. Ella no podía ponerse a llorar. Era la cara visible frente a los proveedores. Sería de mal gusto que la vieran llorando como una magdalena.

—¿Estás bien, Lucila? —indagó Cassia.

—Sí, ya todo pasará —musitó con media sonrisa.

Por dentro se estaba muriendo de la vergüenza de que se supiera o que se sospechara que era la amante del jefe. No quería ni siquiera salir a comer. Era como ser señalada. El dueño podía hacer lo que quería, solo la juzgarán a ella.

Después de que Cassia se fuera intentó mantener la moral arriba cada vez que alguien pasaba frente a la ventanilla y la saludaba. Lucila no se había dado cuenta de que la mayoría salía a comer.

—Lucila, ¿no vas a salir a comer? —inquirió Cinthia.

—No tengo hambre. Me siento con el estómago revuelto y no sé si se debe a los nervios o al embarazo.

—Ven conmigo, comeremos juntas en un lugar a donde nadie de aquí irá. Debes comer por el bien del bebé. Recuerda que ya no estás sola.

—Ay, Cinthia. No me permito estar tranquila ahora mismo. Pensar en mi bebé me preocupa más que nunca. No sé qué pasará de noche. Ni siquiera sé si continuaré aquí después del escándalo. Fue tan vergonzoso.

—Es un poco de sazón para tu vida cómoda. Sé positiva. Vamos en mi vehículo.

A Lucila no le quedó más remedio que aceptar ante la insistencia de Cinthia.

Su jefa intentaba hablar de cualquier otra cosa para ocupar su mente en algo y que no pensara en la gran desgracia ocurrida ese día. Pese a todos sus esfuerzos no logró comer más de un par de bocados. No sentía hambre y menos ganas de comer. Sentía que todo lo que entraba en su cuerpo deseaba salir por donde había entrado.

Al regresar a la oficina ella se preparaba para recibir a los proveedores, pero sus malestares no la dejaban tranquila, así que fue al baño a dejar un poco más que el alma. Una vez que dejó su almuerzo, se cepilló con mucho esfuerzo. Las arcadas no la dejaban tranquila. También se mojó la cara para presentarse. Tenía pagos desde las dos hasta la última hora.

Sentada en su silla no se sentía nada bien, pero decidió que terminaría el día con responsabilidad. Atendió a los proveedores como siempre, con amabilidad y chistes. Por dentro podría estar muriendo de dolor, pero por fuera tenía una sonrisa. Debía callar a sus compañeros para que no dijeran que entró a la empresa por ser la «querida» del licenciado Albertini. Podía ser la «querida», pero al menos una que trabajara. Sabía que no había forma de limpiar su reputación.

Cuando llegó las seis de la tarde, ella esperó a que los demás se fueran para salir en paz. No quería que nadie le hablara. Al tiempo de cerciorarse de que se habían ido la gran mayoría o al menos los más chismosos, Lucila fue hacia su automóvil.

Mientras manejaba hacia el departamento pensaba en qué haría. Deseaba increpar a Humberto, pero sentía miedo de lo que él pudiera

decirle. Escuchar que la había utilizado sería tan horrible que podría ser un golpe insoportable. No estaba en condiciones de pelear, pero sí necesitaba una explicación sobre su novia anterior o su novia actual, no lo sabía.

Al pasar al aparcamiento del departamento, vio que la camioneta de Humberto ya estaba ahí. Le quedaba afrontar lo más difícil del día.

En el ascensor sintió que su estómago subía y bajaba, era una sensación incómoda de nervios y náuseas. Después buscó las llaves que él le había dado para que entrara.

Al pasar la puerta, vio a Humberto con su ropa del trabajo todavía puesta. Ella quería ignorarlo, pero él no se dejaba ignorar.

—Necesitó hablar contigo, Lucila... —comunicó Humberto sin más retrasos.

Capítulo 47

Lucila siguió su camino hasta dejar su bolso sobre la mesada. Quería saber lo que él tenía que decirle, pero en el fondo se moría de miedo de que sus sospechas fueran ciertas y Humberto la hubiera utilizado para su placer sin importar nada más.

—Solo quiero saber una cosa, Humberto... —habló con la voz nerviosa y temblorosa—. Dime que no jugaste conmigo. ¿Por qué ella te reclamó esas cosas? Ya había visto ese nombre antes en tu móvil, pero traté de no hacerme ideas de nada porque no éramos nada en ese entonces. Hoy las cosas son distintas.

—No, no he jugado contigo. Siéntate y te cuento cómo ha ocurrido todo.

Al ver que Lucila se sentaría, él también se acomodó para conversar largo y tendido.

—Antes de conocerte ya le había dicho por teléfono para terminar, pero ella no se resignó. Yo ya di por terminada nuestra relación de cinco años. Me sentía cansado y no lograba acomodarme a la forma de vida de Nichole. Esa mujer era la razón por la que pedí unas pastillas en la farmacia y eso te trajo a mí. En Estados Unidos, Nichole y yo vivimos juntos y fue ahí que me di cuenta de que no era la persona con la que deseaba pasar el resto de mi vida. Era mucha frivolidad, ¿entiendes?

—No es lo que ella alega. No sé si es cierto lo que me dices o si mañana irás tras ella cuando te canses de mí.

—Lucila, no pienso dejarte. No se me ocurre abandonarte por nada del mundo, porque te amo y amo a nuestro hijo por más que no ha nacido. Te pido perdón por lo que hoy tuviste que sufrir...

Ella se tapó el rostro e intentó no llorar por lo que escuchaba. Por primera vez desde que estaban juntos él le había dicho que la amaba.

—No sé si creerte o no. Ha sido uno de los días más horribles de mi vida, Humberto. La vergüenza que pasé nunca se olvidará. ¿Cómo crees que regresaré a trabajar? Supongo que entiendes que el negocio te salió redondo conmigo. No tengo un lugar para irme, tampoco puedo conseguir otro trabajo porque nadie contratará a una embarazada. ¿Sabes lo vulnerable que me siento en este momento? No soy incapaz de luchar por mí y por mi hijo, pero ahora no estoy en condiciones de pensar bien. Me ha insultado y me ha dicho cara de chivo. Vaya dama, eh.

—Te pido perdón por eso. No tengo cómo remediar la vergüenza que pasamos los dos y tampoco es que me importe mucho en este instante. Lo único que me importa es que comprendas que yo no te he engañado y que he sido sincero contigo desde un principio. Es cierto que la bloqueé, pero fue por insistencia. Yo ya había dejado todo claro y Nichole simplemente no entendió.

Él se acercó hasta Lucila y se sentó junto a ella.

—Lucy, todo tiene solución. No pienses en dejarme. Ha sido desinteligencia de mi parte no citarla para cortar por lo sano. Lo hice por teléfono y tú no deberías sentir culpa por mis actos.

—El que no debería pensar en dejarme eres tú. Te demandaré por la prestación, porque si estoy embarazada es por tu culpa.

—Es tu derecho, pero no te dejaré a tu suerte. Yo te metí en esto y te sacaré. No podré borrar el bochorno en Alberta. Debemos aprender a vivir con eso. Con el tiempo se olvidará.

—Pero en semanas. Eso será una anécdota vergonzosa. Ahora todos piensan que, en lugar de ser tu novia, soy la amante que destruyó un noviazgo de cinco años. No sé si podré superarlo. Esperaré a que nazca el bebé y buscaré otro trabajo, pero mientras tendré que aguantar el terrible mote de amante.

—Somos novios oficiales para mí. No te he presentado con mis padres, porque ellos no me apoyan. Quieren que regrese con Nichole, pero no lo voy a hacer. Hoy me aseguré de que tomé la decisión correcta al sacarla de mi vida. Es contigo con quien quiero estar. Contigo y con él... — Humberto colocó su mano sobre el vientre de Lucila.

Ella también colocó sus manos sobre la de él.

—Te amo, Humberto, y no quiero decepcionarme ni sentirme utilizada. Hoy tuve las sensaciones más horribles que cualquier mujer podría vivir. Sé que tu familia no me quiere ni me va a querer. Nunca iré a

casa de tus padres. No quiero que pierdas tu relación con ellos por mi causa, pero yo no iré a dónde no soy bienvenida y tampoco mi hijo.

—Lo sé y te apoyo. Los seguiré visitando, pero no te obligaré a nada, pues es lo mejor para todos.

Lucila recostó su cabeza en el pecho de él. Humberto parecía sincero y ella lo quería. Podía tener reparos contra él, pero lo quería más de lo que debía odiarlo por el mal trago. Tenía que pensar más que en su capricho. Ya no podía agarrar sus cosas e irse de la casa. Debía enfrentarse a sus decisiones. No tenía razones para no creer en Humberto. Ella también tuvo un ex un poco tóxico que no se resignaba. Tampoco debía victimizarse por todo, debía velar por su bienestar y el de su hijo. Él estaba haciendo lo posible para que Lucila prosperara. No todo podía ser malo. En ese tiempo de su vida era dependiente, porque trabajaba y vivía con él.

Tomar cualquier decisión apresurada no era tan sencilla estando embarazada. Lo que esperaba era que la tal Nichole entendiera de una vez que Humberto ya no la quería. Sabía que para muchos ese rechazo era doloroso, pero por una razón el ex era el ex.

Después de que siguieran conversando sobre el malentendido que había desatado Nichole, Lucila quiso cenar un poco, pero no podía, su estómago parecía clausurado. ¿Qué ocurriría con ella si no pudiera comer? Debía obligarse a hacerlo por el bien de su bebé.

Capítulo 48

Lucila llevaba al menos tres días sin comer bien. Se sentía mal y debilitada. Ese embarazo estaba siendo muy pesado para ella, que era alguien de buen comer. En ocasiones ni siquiera toleraba el agua. Humberto le había dicho muchas veces que fueran a la consulta, pero ella era necia. Prefería estar sufriendo en la oficina.

Ella sabía que seguía siendo el chiste de los pasillos de Alberta. Se moría de la vergüenza, aunque trabajando por cada moneda de su salario. En lo único que Lucila gastaba dinero era en la comida que deseaba y que Blanca era reacia para hacerle y también seguía pagando la renta de su pieza, pues ella consideraba que si algo ocurría al menos tendría un lugar al que ir.

Mientras trabajaba frente al ordenador, Lucila sintió que su mente se había nublado y cayó desvanecida al piso.

Cinthia solo había escuchado el estruendo de un cuerpo que cayó.

—¡Lucila! ¡Ay, Lucila! —Cinthia corrió a socorrerla. Intentó despertarla, pero después cogió el interno para llamar a Cassia. Una vez que ella le contestó, dijo—: Cassia, llama a la ambulancia de Gemma, Lucila se desmayó.

—Ahora mismo, Cinthia. También le aviso al licenciado.

—Dale, dale.

Cassia llamó al número de interno de su jefe para decirle lo que había pasado. Ya todos en la empresa sabían el asunto de ellos y nada era secreto.

—Cassia —dijo Humberto que contestó. Estaba distraído buscando cosas que comprar para el bebé desde una tienda online.

—Licenciado, quería comunicarle que Lucila se ha desmayado y que ya llamé al servicio para que vengan a verla.

—¿Cómo que se desmayó?

Humberto cortó el teléfono y dejó lo que estaba haciendo para ir junto a Lucila. Pasó cerca de Cassia y ni siquiera la miró. Él estaba corriendo por los pasillos de la empresa y con violencia abrió la puerta del departamento de tesorería.

Él vio a Lucila en el suelo, Cinthia le había puesto bajo la cabeza la almohada que utilizaba para dormir la siesta.

—¿Cómo pasó? —preguntó a la vez que se acercaba a ella—. ¿No hay alcohol o algo para despertarla?

—Tengo perfume... —replicó Cinthia, apresurada. Fue a buscarlo en su cartera y se lo dio a Humberto—. Solo escuché un golpe y después me di cuenta de que era ella. No come, no toma agua y visita el baño demasiadas veces.

Humberto se tomó de la frente, preocupado por la salud de su amada Lucila. No salían de un problema para entrar en otro. Al menos lo de Nichole no era algo de la discordia entre ellos.

La ambulancia llegó unos quince minutos después de la llamada, pero Lucila había abierto los ojos un poco.

—Permiso, por favor, revisaremos a la señorita —dijo uno de los paramédicos.

—Ella está embarazada —comentó Humberto para que supieran.

Entre dos la sentaron en una silla, le estuvieron tomando la presión, la temperatura y haciéndole preguntas a la vez que la examinaban.

—La llevaremos al hospital en donde tenga seguro. Tiene la presión un poco baja y según lo que nos ha contado es probable que tenga deshidratación —concluyó

—Por supuesto, les indicaré cuál es y los seguiré...

Les dijo que la llevaran a la clínica en la que empezaba su seguimiento del embarazo. Esperaba que ella no tuviera nada grave y también que sus síntomas no fueran a causa de lo que había ocurrido días atrás con Nichole.

—Te alcanzaré en la clínica, Lucy —avisó dándole un beso en la frente antes de que la subieran a la ambulancia. Ella estaba acostada en la camilla.

—Yo creo que voy a estar bien. Dejo muchas cosas pendientes. Espero que pueda regresar pronto.

—Eso lo veremos después, pero sea lo que sea que tengas no saldrás de casa hasta que estés al cien por ciento.

Ella suspiró y cerró los ojos antes de que la subieran a la ambulancia. No quería decirle a nadie que se sentía fatal. A su jefa, porque la creería una vaga y a su novio, porque culparía a las preocupaciones y al sobreesfuerzo que hacía. Prefería aguantar todo, pero en cierto momento ya no pudo más. Creyó que se sentiría mejor, mas no era de esa manera, estaba peor. Se quedó dormida camino a la clínica.

La preocupación se hacía presente en él. Con ambas manos al volante pensaba en Lucila y su situación vulnerable en ese tiempo. Mucho se debía a su culpa.

Su móvil sonaba cuando él se hallaba manejando. Al mirar quién era, se dio cuenta de que era su mamá. Qué manía la suya de llamarlo siempre en mala hora.

—Hola, mamá —respondió y después suspiró.

—¿Qué te pasa, Humberto? —inquirió su madre del otro lado del móvil.

—Nada, mamá.

—A mí no puedes mentirme, soy tu mamá. ¿Qué te está ocurriendo? Es mejor que hables o llamaré a Cassia y ella cantará como un pajarito.

—Bueno, aunque no te importe, estoy detrás de una ambulancia que lleva a Lucila. Hoy se ha descompensado en el trabajo y estoy muy preocupado por ella...

—¿Y ella está bien? ¿Y el bebé?

—No sé, lo sabremos al llegar a la clínica.

—Estaré un rato para acompañarte...

—Mamá...

—Me importa lo que te pase a ti y a mi nieto. Iré y nada más. Te llamé para invitarte en dos días a una cena por mi cumpleaños, pero quizá en estas condiciones no acudas.

—Todo dependerá de Lucila. Si ella está bien, yo también lo estaré.

—Le avisaré a tu padre sobre la situación. Te veo más tarde.

Su mamá cortó y él dejó su móvil en el asiento para continuar con su camino. Al llegar al aparcamiento de la clínica, dejó su vehículo y corrió para alcanzar a Lucila y entregarle el carné para que la atendieran.

Los paramédicos la ayudaron a cambiarse de camilla y él se quedó acompañándola hasta que un doctor de guardia la atendiera.

Una doctora la atendió y pidió unos análisis de laboratorio para asegurarse de su diagnóstico: hiperémesis gravídica.

Ese diagnóstico era bastante esperable en el estado de Lucila, pero le preocupaba que pasara tantos días sin alimentarse bien. Esperaba que con la hidratación y otros procedimientos ella mejorara.

Capítulo 49

Lucila se seguía sintiendo mal pese a que ya estaba siendo hidratada y quizá al día siguiente le dieran de alta. La dejaron internada en una habitación y ella solo esperaba que apareciera Humberto. Cuando vio que la puerta se abrió y era él quien se acercaba, sonrió sin importarle que estuviera a media máquina.

—¿Cómo estás? —preguntó Humberto que se acercó y le dio un beso en la frente—. Lo que tienes son problemas con las náuseas en el embarazo.

—Lo sé. Lamento no haber venido antes. Esperaba que todo se me pasara, pero no mejoraba.

—Tienes unos días de reposo hasta que puedas alimentarte un poco. Pasaremos la noche aquí y depende de cómo amaneces mañana quizá te den el alta.

—La verdad prefiero quedarme aquí los primeros tres meses. Tengo miedo de que algo le ocurra a mi bebé porque no puedo alimentarme de manera correcta.

—Lo entiendo, pero será como digan los doctores. Solo hay que seguir las instrucciones.

—Quédate conmigo —pidió cogiendo la mano de Humberto.

—No me iré de aquí. Me quedaré con ustedes.

Él se recostó en un sofá cama de la clínica. Las habitaciones contaban con baño propio y televisión. Era bastante cómodo.

Unos golpes en la puerta anunciaban la visita de alguien. Lucila estaba dormida y Humberto fue quien se fue que se dio cuenta de que eran sus padres con un arreglo de rosas.

—Hola, hijo —saludó el señor Albertini que se acercó a su hijo para darle un abrazo—. ¿Cómo está?

La mamá de Humberto también se acercó y le dio besos y la mejilla. Ella miró hacia la cama y vio a la pálida muchacha dormida. El televisor estaba encendido y al parecer era su hijo el único que estaba viendo.

—Tiene hiperémesis gravídica. En un par de días quizá supere el cuadro, pues no le resulta fácil alimentarse —respondió en voz baja.

—Esperemos que se recupere pronto —deseó la madre de Humberto.

La joven comenzó a abrir sus ojos y encontró que no solo estaba Humberto. Otras dos personas lo acompañaban.

Humberto se había dado cuenta de que Lucila despertó.

—Lucy, mis padres han venido a visitarte —pronunció acercándose a ella.

¿Sus padres? Si ella no estaba equivocada esos eran los seres que la odiaban y si no la odiaban, no la querían.

—Hola, ¿cómo están? Disculpen que los tenga que conocer en estas circunstancias —alegó con amabilidad.

—No importa, Lucila. Es un placer conocer a la que será la madre de nuestro nieto —musitó el padre de Humberto. Él no estaba tan de acuerdo con la relación nueva de su hijo, pero ese bebé ya existía y si quería ser parte de su vida, debía ser amable con ella.

—Es cierto. Nuestro hijo todavía no tuvo la oportunidad de presentarnos, pero Dios ha dispuesto que fuera hoy y de esta manera. Te hemos traído unas flores para alegrarte. Esperemos que con eso te sientas mejor —habló la señora Albertini.

—Gracias por los buenos deseos. Tal vez salgamos de aquí mañana.

—Entonces ambos podrán asistir a la cena por mi cumpleaños —invitó la mujer.

—Mamá, no creo que eso le haga bien.

—Si no me siento bien para ir, Humberto estará ahí sin falta, ¿no es así, Humberto?

—Sí. Yo no faltaré, mamá.

—Estaremos al pendiente de ustedes. Espero que pronto te recuperes, Lucila —insistió la señora.

Hacía un gran esfuerzo por estar ahí acompañando a su hijo. Imaginaba menos bonita a la tal Lucila, pero era una chica común, regular que parecía cajera de supermercado.

Los señores Albertini se quedaron un poco más para conversar con ellos. Lucila estaba tan cansada que volvió a dormirse en medio de la conversación. Lo único que quería era salir del hospital y que ya no tuvieran que pincharle con las agujas.

Cuando los padres de Humberto se retiraron, a él le habían llevado un poco de comida de la cantina de la clínica. Comería algo rápido antes de que Lucila se diera cuenta y que el aroma le hiciera mal.

Unas horas más tarde Lucila se había despertado, pero solo miraba la televisión. Humberto se notaba cansado y preocupado por ella. Debía dejarlo descansar.

Por la tarde, la doctora intentó que ella comiera algo. Pudo avanzar con un poco de yogur, pero tampoco pudo hacerlo mucho tiempo. No sentía antojos de nada, sabía que debía comer por obligación.

Probó tomar un poco de agua y pudo. Eso permaneció en su estómago. Parecía ser un gran avance.

Al día siguiente, Lucila pensó que regresaría al departamento, mas eso no se había dado. La dejaron internada un día más.

—No quiero que por mi culpa faltes a lo de tu madre. Me quedaré hasta mañana. Por favor, no dejes de ir. Fueron amables conmigo en su visita —dijo Lucila para que Humberto la escuchara.

—Lo sé, pero no quiero dejarte sola.

—Mañana quizá ya salga. Si por la tarde me dan de alta, estaré bien sola. No harás la diferencia en casa, Humber.

—Lo discutiremos si es que te dejan salir mañana.

Ese día también pasó con ambos en el hospital. Para la buena fortuna de Lucila, la dejaron salir después del mediodía con indicaciones que debería seguir a rajatabla o regresaría por más tiempo. Además, le habían dado un par de días de reposo para que estuviera tranquila.

Él la llevó hasta el departamento y Lucila se sentía en su hogar. Juraba que podría abrazar el enorme sofá del salón. No quería regresar a la clínica.

Por la noche ella se quedaría sola en casa, pues él iría a la casa de sus padres a festejar el cumpleaños de la madre de él.

—Volveré temprano —avisó dándole un beso en los labios a Lucila.

—No te preocupes. No tomes mucho cuando manejas.

—No tomaré. Haré causa común con mi compañera de tragos.

Ella sonrió y lo despidió.

Humberto salió del departamento y se dirigió a la casa de sus padres. Había llegado un poco temprano, pues la carne ni siquiera estaba en la parrilla. A su madre ya le había enviado el regalo por delivery. Se sentó junto a su papá en el jardín para conversar hasta que llegaron los demás invitados.

Para su pésima suerte, estaban los familiares de Nichole y la misma Nichole. No quería pensar que sus padres quisieron jugarle sucio, pero era lo primero que se le había ocurrido.

Capítulo 50

Humberto estaba tensionado al notar que sería una noche pesada y tendría que irse antes de empezar lo bueno.

Cuando la familia de Nichole se acercó al lugar en donde él estaba con su padre, se sentía un ambiente tenso. Sus antiguos suegros no parecían felices de verlo, pero Nichole estaba contenta, sonriente y emocionada.

Él y su papá saludaron con las manos a los padres de Nichole, pero ella se acercó y lo besó en los labios. Aquella no le había dado tiempo ni siquiera de rechazarla.

Eso que ella había hecho, lo enfadó e intentaba no hacer un escándalo, aunque sus ojos retrataban con exactitud cómo se concebía ese momento.

—Con permiso, iré a ver si mamá necesita algo —dijo él para alejarse de esas personas.

Con largas zancadas entró a la cocina y ahí su mamá estaba acompañada por doña Rosa que siempre los ayudaba.

—Mamá, ¿por qué está aquí Nichole? —increpó molesto.

—Son mis amistades. Claro que estarán aquí en mi cumpleaños. Tú no eres el ombligo del mundo, Humberto —respondió su mamá.

—Es cierto. Entonces no debí venir si tus amistades son más importantes. Le brindas tu apoyo a las personas que no te corresponderán, mamá.

—¿Y tú qué? Ni siquiera vienes aquí.

—No voy a traer a Lucila a un lugar donde la van a rechazar o donde va a encontrar a la mujer que no solo le hizo un escándalo en el trabajo, sino que lo hizo en una empresa, en la mía, en la de tu hijo, poniendo en vergüenza a nuestra familia. ¿Y es a ella a quien recibes con afecto? Es una demente que debería buscar un psicólogo.

—Cualquier muchacha perdería la razón cuando te dejan por algo tan triste como Lucila. Nichole es hermosa y es como una hija para mí. Tú eres el culpable de todo por no cumplir con tu deber de casarte con ella. Le hiciste perder años de su vida y la cambiaste a los pocos minutos de abandonarla. Debería darte vergüenza.

—Suegra, yo le hablaré a Humberto —alegó Nichole que se había presentado en la cocina.

El suspiro sonoro de Humberto indicaba que no quería saber nada.

—No voy a hablar contigo otra vez. Todo lo que tenía que decirte te lo dije. Yo ya estoy en otro asunto —avisó Humberto.

—Yo sí quiero conversar contigo. Aquí podemos hacerlo con tranquilidad...

—Vayan a la sala y háganlo —ordenó la mamá de él—. Escucha, Humberto, que no te dé miedo dejar a Lucila. Le darás dinero para que mantenga al niño y si no lo tiene bien, lo traeremos aquí. Quiero que pienses bien las cosas y puedas regresar con Nichole. Creo que cinco años no se pueden tirar a la basura.

—Hablo con gente que no escucha. Mamá, feliz cumpleaños, pero mejor me iré al departamento a cuidar de la mujer que me dará un hijo y que está enferma. Me despediré de papá.

Regresó al jardín en donde se encontraba su papá con los padres de Nichole.

—Me voy, papá. Lamento no poder quedarme más tiempo...

—Es mejor que huyas de tu vergüenza, Humberto. Si es por nosotros, Nichole ni siquiera hubiera venido —expresó la madre de Nichole—. La dejaste de mala manera.

—Lo mejor que puede hacer por ella es llevarla a consulta. Yo ya le dije las razones, y si no las entiende, deberían ayudarla ustedes para que no siga humillándose. Adiós —pronunció. Regresó dentro de la casa y pasó de largo hasta salir por el portón y subir a su vehículo, pero Nichole también se había subido.

—Bájate, Nichole. No hablaré contigo —advirtió.

—Humberto, por favor. Regresemos. Todos lo esperan. Ya he dicho que te aceptaré con el peso de un bastardo y de un cuerno —habló entre lágrimas.

—¿Qué parte de «no» es difícil de comprender? Ya basta del escándalo y de rogar. Deja de humillarte. Eres una mujer hermosa e inteligente que puedes conseguir a alguien mejor. Lamento que lo nuestro no resultara y que me diera cuenta tan tarde.

—¡No quiero que me dejes! ¡Quiero que regreses conmigo y la dejes a ella!

—No lo haré. Ya hice mi vida y deberías pasar la página, Nichole.

Al terminar de decir eso, vio que Nichole comenzó a golpearse en el rostro con las palmas abiertas, después comenzó a darse puñetazos y a pegarse contra la guantera de su camioneta.

—¡Para! ¡Estás demente! —exclamó intentando agarrarla para que dejara de atacarse.

—¡Me voy a matar si no regresas conmigo! ¡Lo juro! Pero primero te torturaré. Te denunciaré por maltrato...

Humberto había tocado fondo con su paciencia. Bajó del vehículo y abrió la puerta del acompañante para luego cogerla del brazo, sacarla y bloquear la camioneta para que no volviera a entrar.

—¡Haz lo que quieras! ¡Deberías buscar un psiquiatra, loca! —hostigó perdiendo el control. Ella ya había cruzado cualquier límite permitido y estaba volviéndose una estúpida—. Aléjate de mí y de Lucila, es mi última advertencia después te denunciaré. Estás a tiempo de enderezarte y continuar. Ya déjame, te deseo lo mejor.

Él regresó a su camioneta, subió con presteza y volvió a bloquear el vehículo. Estaba asustado por la tontería que Nichole acababa de hacer.

En el departamento, Lucila se encontraba viendo televisión muy aburrida. Estaba cansada de la cama, pero prefería no ir hacia la cocina por si tenía algún ataque de náuseas o algo así.

Su móvil sonó y vio que era un mensaje de un número extraño que decía:

«Él estaba conmigo y nos besamos...»

Ella miró la imagen del mensaje y reconoció a la ex novia demente de Humberto. La mamá de él no la quería, era evidente que intentaría juntarlos.

Un par de minutos después escuchó que la puerta del departamento se abrió y oyó que alguien arrojaba un manojo de llaves.

Lucila abandonó la cama y fue hacia el salón. Humberto había regresado y no estaba contento.

—Regresaste temprano —pronunció ella que lo sorprendió.

—No quería quedarme.

—¿Tienes algo que contarme?

Él no había respondido a lo que ella preguntó, no se lo quería decir.

—¿No me dirás que te besaste con Nichole?

OceanofPDF.com

Capítulo 51

Él quería saber de dónde había sacado esa información.

—No, ¿de dónde sacas esas cosas? —interpeló Humberto.

—Pues a mi móvil llegó un mensaje diciéndome eso. Que estuviste con ella y la besaste. Humberto, no estoy para juegos, no quiero esto. Solo necesito que me digas la verdad de las cosas —dijo ella con seriedad.

—Cuando estaba en casa de mamá Nichole llegó con su familia. Son amigos de mis padres. Créeme cuando te digo que pensé que por la tornería que había hecho Nichole días atrás, no la invitarían, pero me equivoqué. Lo único que quiere ella es separarnos.

—¿Quién quiere separarnos? ¿Tu mamá o ella? O simplemente las dos son cómplices. Tu mamá sabía que yo no iría por obvios motivos. No quiero hablar mal de nadie, pero lo dejo a tu criterio.

—También creo que ella está involucrada. Nichole está mostrando una faceta que no reconocía en ella. Subió a mi camioneta y comenzó a golpearse, darse puñetazos y lastimarse contra el automóvil con tal de hacer que yo no me fuera. Me amenazó con suicidarse si no regreso con ella —confesó—. Te lo cuento porque no hay secretos entre nosotros, Lucy.

Ella no podía creer todo lo que escuchaba, pero ganaba sentido al haber conocido a esa mujer el día que montó tremendo escándalo en el

trabajo.

—¿Y piensa chantajear con eso?

—Cree que lo va a hacer, pero lamentaré mucho que lo haga si llegara a esas instancias. Le dije que vaya a un psicólogo, se lo pagaré si llegara a necesitarlo, pero al parecer no quiere hacerlo. Estoy preocupado porque si no se hace daño, nos hará daño a nosotros.

—¿Y si hablas con tu madre para que la persuada de que las cosas no van así?

Cuando Humberto iba a contestarle a Lucila, el móvil de él vibraba, era su mamá.

—Es mamá, ¿qué buscará esta vez? —inquirió—. ¿Qué pasó?

—¿Cómo es eso de que le has pegado a Nichole? ¿Cómo es posible que lo hicieras, Humberto? —increpó la mujer que estaba en la línea.

Él cerró los ojos y masculló una maldición.

—Ella entró a la camioneta, se golpeó y me amenazó con suicidarse. No caeré en su juego, es suficiente. Hazlo tú si quieres, mamá, pero yo paso de esto. Quiero vivir mi vida con tranquilidad y si prefieres creerle a ella, pues es tu problema, saldrás mal parada.

Lucila vio como él colgaba el móvil y lo apagaba. Ya no quería saber nada del asunto. No era el momento de hacerle algún escándalo. Fue y se sentó junto a él.

—Ya pasará. No creo que ella atente contra su vida. Es algo absurdo, no te preocupes —habló para consolarlo.

—Te dije que, si no lo hace en contra de su vida, lo hará contra la nuestra.

—Yo puedo cuidarme sola y tú también, no somos inútiles.

—Tienes razón, tengo que calmarme y dejar de pensar en esto. Mientras más caso le hago, más poder gana sobre nosotros.

—Es así. Vamos a la cama. Mañana estaremos mejor, ¿sí?

Él asintió y la acercó hasta sus labios para besarla. En ese instante necesitaba del consuelo de su querida Lucila, que pese a estar enferma trataba de que se sintiera mejor.

Días después, Lucila se sentía mucho mejor y comenzaba a comer un poco. Percibía que las cosas iban a mejorar. Su vehículo había quedado en el trabajo durante su reposo, pero desde que ella regresó, lo manejaba y hacía sus compras como siempre. Esa tarde deseaba buscar algunas cosas para su bebé. Estaba muy entusiasmada al ver muchas cosas en internet

sobre su crecimiento y fotos tiernas. Además de disfraces para bebés moría por alguno de ellos y por eso iría a por algunas prendas que se le parecieran.

Humberto todavía no había comprado nada, pero en el ordenador quedaban las búsquedas de lo que él había hecho y se parecía mucho a lo que ella buscaba. Era evidente que ambos ya estaban más que ansiosos por tener a ese niño o niña. De ser una desagradable sorpresa, se había convertido en el mundo de los dos.

Después de su marcación de salida, ella se dirigió a su automóvil, pero ahí junto a su vehículo se encontraba una camioneta que le cerraba el camino. Era evidente que alguien estaba dentro.

A Lucila no le quedó más remedio que acercarse y golpear el vidrio con delicadeza. Cuando vio que el cristal descendía, distinguió el rostro de Nichole. Esa enorme camioneta era de ella.

—¿Podrías quitar tu coche para que pueda salir? —preguntó Lucila con valentía.

La mujer abrió la puerta y bajó.

—No voy a salir de aquí hasta que consiga lo que quiero —avisó Nichole.

Por instinto, Lucila colocó su mochila frente a su abdomen como si quisiera proteger a su hijo.

—¿En qué puedo servirte?

—A mí en nada. Lo que quiero es que te vayas. Dime, ¿cuánto? — indagó la mujer que buscaba algo en su cartera.

—¿Qué?

—¿Cuánto vales? Te pagaré lo que te pongas de precio para salir de la vida de Humberto. Es obvio que eres una trepadora social que lo ha retenido con un bebé.

Lucila tenía la boca abierta por la sorpresa.

—Disculpa, pero hoy en día no se puede obligar a nadie a permanecer con quien no se quiere. Si él no me quisiera, no estaría conmigo.

—Solo quiere el hijo. El día del cumpleaños de mi suegra estaban hablando de cómo te lo quitarían. Si tú le das el niño, también te lo pago, es mejor que yo no destruya mi figura, para eso estás tú. Escucha, Lucila — dijo Nichole, maliciosa—. Acepta mi dinero antes de que te quedes con una mano adelante y la otra atrás. Te lo estoy advirtiéndote. Mi suegra quiere quitarte al bebé y sabes que es tu único seguro para continuar con la vida que tienes. Trabajas en Alberta y vives con él, pero ¿cuánto crees que va a durar? Falta mucho para que nazca, ¿verdad? Te conviene aceptar mi propuesta. Puedes darme el monto de lo que vales o te doy el cheque en blanco y lo completas con lo que quieras.

Capítulo 52

Lucila no quería creer esa mentira. Nichole estaba dispuesta a vender su alma con el objetivo de recuperar a Humberto. Ella solo podía observarla como si se tratara de una demente. La veía mientras firmaba un cheque en una chequera y luego le extendía aquello para que Lucila lo cogiera.

—Toma y vete. Deja a Humberto y todos estaremos felices y contentos. Tú con lo que quieres y yo con lo que quiero —pronunció Nichole, sonriente.

—Lo único que yo deseo es que saques tu coche para que yo pueda subir. No aceptaré nada de ti. Lo que debes aceptar es que no puedes retener a un hombre que no te quiere. Yo no presiono a Humberto para que se quede a mi lado, él lo hace por gusto.

—¿Por gusto? Lo hace por tonto, porque quiere cumplir con su paternidad. Sin ese bebé, tú no serías nadie. —Nichole la miró con desprecio.

Ella le sostuvo la mirada a la ex de Humberto. Debía protegerse para cuidar de su bebé. Se alejó de la mujer y subió a su vehículo por el lado del acompañante, pues la camioneta de Nichole estaba pegada a la puerta del conductor. Encendió el automóvil para salir y se dispuso a retroceder, pero vio que ella se había colocado detrás para seguir impidiendo el paso. Bloqueó las puertas para que aquella no quisiera atacarla estando dentro. Cogió su móvil y llamó a Humberto.

—¿Ya saliste? —preguntó Humberto al contestar.

—Me encantaría salir, pero la tal Nichole está detrás de mi vehículo impidiendo mi salida. Si aún estás en la empresa ven, por favor...

—Ahora mismo estoy ahí.

A Lucila no le quedó más remedio que esperar a que él apareciera para salvarla de esa loca. Aquella golpeaba el vidrio trasero con sus largas y esculpidas uñas.

Unos minutos después apareció su salvador. Él solo vio que la cogió de un brazo y la colocó a un costado para que Lucila pudiera retroceder. Le hizo un gesto para que se apresurara.

—¿Qué demonios piensas que estás haciendo, Nichole? Ya es suficiente con esta locura. Estoy cansado. No molestes a Lucila —reprochó Humberto.

—¿Tanto la quieres y la defiendes? Si no estuviera embarazada, las cosas serían distintas.

—De la manera que fuera, yo ya había decidido algo con respecto a nuestra relación. Quería que fuera en buenos términos, pero lo impides siendo de esta manera tan absurda, impulsiva e inmadura. Te aprecio como persona, pero ya no siento ganas de seguir como pareja. No te pediré amistad porque es incómodo. Podemos ser cordiales.

—Guárdate tu maldita cortesía por donde mejor puedas, porque a mí no me interesa y tampoco me convences de nada. No puedo creer que me dejaras, no puedo.

—Te pagaré el psicólogo o lo que necesites para estar mejor. Más de eso no puedo hacer por ti. Quiero que te vaya bien en la vida, Nichole, pero sin mí. Debes seguir sin mí.

—Eso no va a ser así. Tiempo al tiempo, Humberto. Recapacitarás, sé que lo harás. Te cansarás de ella como te cansaste de mí.

—Y si eso ocurre no es de tu incumbencia. Sal de mi empresa, ya sabes que aquí no eres bienvenida.

Humberto le dio la espalda y con sus gestos de las manos ayudó a Lucila a sacar el automóvil sin dejar rayones en la camioneta de Nichole. Una vez que lo logró, se despidió y fue hacia su vehículo para seguir a su novia.

—¡Ya verás, Humberto! ¡Ya verás! —lo amenazó Nichole antes de subir a su camioneta y retirarse.

Lucila se retiró con el corazón en la mano. Esa mujer estaba perturbada y no los dejaría en paz. Ella había sentido que aquella le deseaba el mal a su hijo. No quería que le hiciera daño. Debía encontrar alguna manera de que las cosas se solucionaran o su embarazo sería infernal al igual que la relación con Humberto. En verdad Lucila comenzaba a

cuestionarse hasta dónde podía llegar con un hombre que tenía a una mujer persiguiéndolo. Amaba a Humberto, pero también necesitaba paz y no la estaba consiguiendo y al parecer tampoco lo conseguirían si seguían en el mismo país que Nichole.

Al final de cuentas, Lucila decidió ir a la universidad y no volver a perder más clases. Estaba cerca de recibirse y no podía dejarse llevar por el cansancio del embarazo y por el hartazgo de la situación con su novio.

Al turno noche llegaba mucho más cansada y su atención radicaba en las preocupaciones que le daba la ex novia ajena.

Cinco semanas después...

A medida que las semanas pasaban, el apetito de Lucila se abría cada vez más y solo rechazaba comidas puntuales o más sería válido decir que los alimentos que no toleraba eran los bajos en grasa.

Humberto la consentía comprándole todo lo que deseaba. Ella también se malcriaba en la cantina de la universidad. Disfrutaba mucho de las hamburguesas, empanadas, beirut de pollo o lomititos con gaseosa que podía consumir.

Esa noche en particular había hecho el mayor gasto de su vida en comidas, pues se sentía hambrienta. Juraba que la panza no le crecía por el bebé, sino que era porque ella no podía atajar su boca.

Después de haber comido todo lo que quería, regresó a su clase de última hora e intentó dejar su atención en eso. Llevaba un par de semanas en tranquilidad en las que, si bien había recibido mensajes de la tal Nichole para seguir ofreciendo dinero, ella se lo enseñaba a Humberto. Esa mujer no hacía más que hundirse. También esa chica sabía que Humberto no quería hacerle daño y por eso no denunciaba todo el acoso que sufría. Le había bloqueado el número, pero la otra escribía de otros lugares.

Ella culpaba a esa paz momentánea por toda su hambre y su concentración de nuevo en la universidad, o quizá se debiera a que estaba por terminar el temido primer trimestre del embarazo.

Cuando llegó la hora de salir, ella fue a buscar el vehículo en la calle en la que había estacionado. Una de sus compañeras la había acompañado hasta ahí. Ambas se llevaron una desagradable sorpresa al encontrar el automóvil completamente dañado. Las cuatro cubiertas desinfladas, los vidrios rotos, la chapería llena de rayas hechas con destornillador y bastante pintura aerosol negro que resaltaban la palabra: puta.

Capítulo 53

Sentía mucha pena por el automóvil que le había regalado Humberto, pero sabía quién había hecho eso y lo más vergonzoso era que las personas que salían de la universidad le quitaban fotos, tal vez para sus redes, para compararlos con los típicos pasacalles para los infieles.

—Lucila... —dijo su compañera para llamar la atención de ella.

—Creo que necesito un taxi —replicó Lucila, desganada. Ya ni siquiera quería molestar a Humberto con el problema. Le contaría eso al llegar a la casa.

—Yo te llevaré. Esto es delicado. ¿Quién le hizo esto a tu automóvil?

—La ex novia de mi novio. Ya no quiero pensar en esto. Estoy muy cansada, solo deseo llegar a mi casa y descansar. He tenido un día largo.

A Lucila le faltaba alguna forma para reaccionar, pues ya no sabía cómo tomar eso, sí como una agresión, una amenaza o una advertencia. Su hijo era lo que más le preocupaba y ella ya no podía estar en ese ambiente tóxico de vivir con temor a lo que pudiera ocurrir. Les hacía daño a ambos.

La compañera de Lucila la llevó hasta el departamento. Por el camino le había contado todas sus vergüenzas y lo que debía atravesar para estar al lado del hombre con el que estaba. Para Lucila ya era suficiente, debía

preocuparse más por su hijo y no dedicarse a vivir en la más absoluta zozobra.

Lucila saludó al portero del edificio y fue directo al ascensor. Ahí casi sucumbió ante sus pensamientos fatalistas.

Llegó al departamento y se dirigió a dejar su mochila en la sala. Ahí estaba Humberto viendo lo que era un resumen deportivo de ESPN.

—Humberto, quiero hablar contigo de algo muy serio —avisó Lucila, nerviosa.

Con el dolor de su corazón, Humberto tuvo que apagar el televisor para escucharla.

—¿Qué ocurre?

—Debo decirte que ya no puedo más. Esta situación es insostenible. Ya no quiero pensar en tu ex novia ni sus problemas mentales, porque terminaré tan enferma como ella en poco tiempo. Por el bien de nuestro hijo y del mío, es mejor que nos separemos... —confesó.

—Espera, espera, espera, ¿qué estás diciendo? —increpó Humberto, asombrado.

—Lo que oyes. Abandono el barco porque esa loca puede hacernos daño. ¿Sabes lo que le hizo al automóvil? Le desinfló las cuatro ruedas, dañó la chapería, rompió los vidrios y para colmo dejó escritas muchas

cosas malas. Esto se nos ha ido de las manos. Ignorando el asunto no lograremos nada. Tengo que pensar en mi seguridad que también es la de mi hijo.

Humberto no lo podía creer. Había quedado anonadado por lo que le estaba contando Lucila. Era evidente que eso desencadenó la locura en el pensamiento de la muchacha. Otra vez quería dejarlo. ¿Cuántas veces más tendría que salvar su noviazgo?

—Iré a cortar esto de raíz. ¿Dónde dejaste aparcado el coche?

—En la vía pública, cerca de la universidad.

—Lamento decirte que no descansarás, te irás a la camioneta ahora mismo e iremos a la comisaría para denunciar y solicitar una restricción para ella.

—Eso no solucionará nada. La justicia no hará nada...

—Y tampoco lo harás tú exponiéndote sin mí protección.

—¿Tu protección? Si estamos en esta situación es por tu culpa. Quisiera desaparecer y no vivir pensando en que me esperara en cualquier aparcamiento. ¿Qué será la próxima? ¿Me apuñalará, me disparará o me atropellará? En verdad no quiero pensar eso. Estoy enloqueciendo no solo por las hormonas, sino también por esto, Humberto. Mi vida era mejor cuando era la chica del delivery.

Él vio sollozar a Lucila. Le costaba adaptarse al estilo de vida que le ofrecía, y cuando lo estaba logrando, Nichole hacía acto de presencia con alguna cosa. Tendría que sacar provecho del dinero que tenía, aunque sabía que ella haría lo mismo para quedar impune. De todas formas, haría el esfuerzo y encontraría otra manera de continuar con su vida junto a Lucila.

—No me dejarás, ni yo te dejaré, Lucy. Haremos lo que esté a nuestro alcance para protegernos. Acompáñame a hacer la denuncia y yo también la denunciaré por las falsas acusaciones de violencia que hizo contra mí —dijo Humberto—. Te amo, no te rindas, yo no quiero perderte. Con esto daremos el paso hacia el futuro.

—Espero que sirva de algo, porque estoy desesperada por un poco de paz que haría cualquier cosa, Humberto. Tampoco quiero dejarte, pero esto me obliga a dejar lo romántico de lado para pensar en la seguridad.

—Saldremos de esto sin separarnos. Vamos, Lucy, que con estos meses juntos hemos atravesado las peores tormentas que una pareja puede pasar. Ya no nos quedarán olas que romper más adelante. Vendrán tiempos mejores. No podemos desesperarnos y bajar las manos para que esa bruja lo festeje. Si me dejas no regresaré con ella así que presumo que no te dejará tranquila de ninguna manera. Vamos a la camioneta.

A Lucila la había convencido para que llevaran eso a cabo. Podía ser peor el remedio que la enfermedad, pero Nichole tenía que saber que ya estaban cansados de ella y que irían a instancias judiciales si hacía falta, la integridad de todos estaba en juego por alguien que necesitaba un tratamiento mental.

Hicieron las diligencias correspondientes y tardaron un par de horas en eso, aunque en medio de todo aquello, Humberto llamó a una grúa para retirar el automóvil blanco que esa mujer había destruido. Encima de todo la demandarían por lo que había hecho y dejarían eso en el garaje de la casa de la joven para que supiera que nada le saldría bien.

Ellos acompañaron a la grúa para que obstaculizara el paso de vehículos de la casa de Nichole. Esa maldad se les hizo un poco divertida. Después de tantos sufrimientos y amenazas, merecían un pequeño momento de satisfacción personal. Ella no era la única que podía dañar a los demás, si otros se disponían podrían hacerlo mismo. Tendrían una guerra a pedido de esa chica. Debía estar atenta a las consecuencias de sus actos.

Capítulo 54

Una vez que cumplieron con su cometido de obstaculizar la salida de vehículos, él le envió una fotografía a su madre para que viera lo que Nichole era capaz con tal de que volviera a su lado. Esperaba que la amistad entre los padres de ellos ayudara a la muchacha a salir de la tontería.

—El abogado se encargará de todo lo necesario para que esto que hicimos corra lo más rápido que se pueda —comentó Humberto a Lucila.

—Aquí pueden pasar dos cosas: se vuelve más loca o nos vuelve locos. Estoy tan cansada. No sé si es por el embarazo o qué, pero me siento asustada, con palpitaciones a causa de la preocupación por nuestro hijo.

Él cogió su mano y la apretó con fuerza antes de besarla.

—Tranquila, Lucy, todo estará bien pronto. ¿Qué te parece si mañana por ser viernes vamos a pasear un poco? No importa que haga frío. Es para despejar nuestra mente.

—¿A qué lugar me llevarás?

—Pues en donde hagan comida que pueda gustarte.

—Puede que eso resulte un poco para estar en paz al menos por una hora.

—Así será...

Ambos volvieron al departamento para descansar, al día siguiente debían trabajar.

Por la mañana Humberto y Lucila se prepararon para salir. Fueron juntos en el vehículo de él. Adiós independencia para ella. La motocicleta no era una opción.

Con mucho esfuerzo Lucila había logrado descansar. Su mente trabajaba a mil por hora pensando en la loca de Nichole. Era un sinvivir por la zozobra. Si estaba sola no le tendría miedo a nadie, aunque su bebé le daba fuerza para que enfrentara el asunto. La noche anterior había tenido un ataque de hartazgo y por eso le había propuesto a Humberto que cortaran la relación. Fue un momento de debilidad y de desesperación.

—Te dejaré aquí —dijo Humberto con la camioneta casi en la entrada de las oficinas.

—¿No te quedarás a trabajar? —inquirió.

—Al menos por la mañana no lo haré. Vendré por la tarde. Tengo algunas cosas que hacer fuera de aquí.

—¿Y si viene?

—Ya pusimos guardias en la entrada. No podrá volver a pasar. ¿Está bien? Y si se les escapa a ellos, te escondes en tesorería y me llamas.

—No soy cobarde. La echaré de aquí.

—No te expongas, es mejor para ti. Vendré lo más rápido posible.

—Está bien, está bien...

Lucila tuvo un día bastante ajetreado y no solo por el trabajo, sino que también por el chisme sobre lo que le había ocurrido a su vehículo. A ella le daba vergüenza encontrar su automóvil en el Facebook como algún meme.

Cinthia no podía creer lo que le había ocurrido y le dijo que denunciara el hecho. Ya todo estaba denunciado. Era cuestión de tiempo para que le llegara la notificación a Nichole, pero ese día tendría otras cosas que hacer como, por ejemplo: quitar la chatarra de su garaje.

Cada rato ella era rodeada por personas, no sabía con qué intenciones, pero lo que no deseaba era estar sola. Con otros se sentía segura, pensaba que con eso no corría peligro. Su mente imaginaba varias teorías a causa de que esa mujer estaba enloquecida. Llegó a pensar que también podía entrar con un arma y disparar. En verdad ella comenzaba a perder el buen juicio, ya no quería vivir así.

Lucila pidió comida por delivery. No deseaba exponerse, todo estaba muy reciente y tal vez cayeran represalias en su contra. Su móvil había sonado varias veces ese día y eran números extraños, no quiso contestar por si se trataba de Nichole, mas eso no había resultado.

El teléfono de tesorería sonaba y ella debía atender porque era día de pago y la mayoría llamaba para confirmar.

—Tesorería; buen día, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó mientras imprimía el listado de cheques a confeccionar.

—¿Todavía no entiendes que debes dejar a Humberto, maldita estúpida? —increpó una voz amenazante del otro lado.

—Vete al manicomio, loca. Déjanos en paz. Ya puedes pelearte con los abogados de Humberto para que vayas presa. Intentas algo y sin mediar palabras irás a parar a una comisaría.

—¿Sí? Pero yo tengo dinero, querida.

—Y Humberto también. Deja de molestarme e intenta continuar tu vida sin molestar al resto. Adiós.

Ella colgó sin darle más oportunidad para que continuara amenazándola. Lucila sentía que el resto de su día sería un infierno. No podía siquiera levantar el teléfono por el acoso de Nichole.

Por la tarde Humberto se había presentado en la empresa. Ella le comentó que esa chica llamó y le dijo que pasara el listado de cheques a la recepción porque pasarían todas las llamadas ahí.

Para la hora de la salida, ambos fueron al departamento, pero solo para recoger ropa para ir a donde él le había dicho.

—¿No solo iremos a pasear? —preguntó al preparar una maleta pequeña.

—Alquilé una casa en San Bernardino para nosotros dos. Tengo una vivienda ahí, pero por seguridad es mejor ir a otra. Veremos el lago, recorreremos para comer y así —habló Humberto—. Regresaremos el domingo. Iremos a pasar un buen momento ahí para olvidarnos de todo.

—Me encantaría hacerlo, pero no puedo. Siento que no podemos ser felices. Imagínate que no puedo siquiera contestar el teléfono del trabajo porque ella me acosa.

—No pienses en eso. Piensa en nosotros y en que en algún momento esto parará.

—En verdad trato, pero no puedo. Estaría más segura con mis padres en medio del monte, ahí no me encontraría.

—Tranquila, encontraremos la solución perfecta.

Ambos partieron rumbo a la ciudad veraniega, pese a que todavía faltaba para el verano.

Él la había llevado a la casa en donde una casera los esperaba para que se alojaran. Después de que terminaron de desempacar, Humberto la llevó hacia la orilla del lago. Solo podían ver las luces de la ciudad que estaba del otro lado. Las estrellas eran brillantes y hermosas. A Lucila no le importaba

el frío, se hallaba disfrutando del paisaje y también había pedido lo que ella más deseaba comer: lomititos con salsa de ajo con gaseosas. Humberto haría causa común con ella y no bebería.

—No me dijiste que la casa que alquilaste estaba junto al lago. Del otro lado se ve Areguá —comentó Lucila.

Él no le había respondido nada a su comentario, por eso ella dio vuelta sobre sus talones para buscarlo y saber qué hacía, mas lo encontró en la arena con una rodilla al suelo.

—Lucila, quiero que sepas que el tiempo no es lo que importa cuando se trata de la intensidad de un sentimiento. Estamos hace poco más de seis meses y no me arrepiento de las decisiones que he tomado y no me arrepentiré de esto. Lucy, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó con un anillo entre sus manos.

Capítulo 55

No podía creer lo que estaba viendo. Él le estaba pidiendo matrimonio. Eso era una locura, pero una locura que la envolvía.

Lucila colocó sus manos contra su pecho y respiró con dificultad a causa de la emoción.

—Si te digo que sí quizá me arrepienta, pero si te digo que no, me arrepentiré toda la vida. Sí, Humberto, sí quiero...

Humberto se levantó del suelo y la abrazó. Él había hecho eso a riesgo de que le diera una negativa. El día anterior durante la noche no había dejado de pensar en todo lo que había hecho pasar a Lucila. Podía parecer apresurado por los pocos meses que habían compartido como pareja, pero la quería, esperaban un bebé y la situación por protegerla era apremiante, por eso había decidido casarse con ella, para que tuviera derecho a lo que le pertenecía y también para que colocara en su lugar a todo aquel que se acercara con la intención de humillarla.

Él dejó de abrazarla y se dispuso a colocarle el anillo que había comprado esa mañana.

—Sé que tienes miedo al igual que yo. Tenemos instaurado en la mente que solo las relaciones largas están destinadas a casarse, pero nosotros seremos la excepción —declaró Humberto.

—Sí, tengo, pero me da más miedo perderte o que te pase algo. —Ella miró el solitario en su dedo y sonrió—. ¿Crees que esto será suficiente para espantar a tu ex?

—¿El anillo? No, yo no te doy el anillo para decirte que algún día nos casaremos. Nos casaremos en el registro civil el lunes y nos iremos por unos meses...

—¿Qué? —increpó sorprendida.

—Lo que oyes. Quiero tu tranquilidad y aquí no la tendremos. Podemos ir a Uruguay. ¿Qué te parece?

—Pero yo tengo que trabajar y estudiar.

—Las cosas pueden ser virtuales para la universidad y sobre el trabajo, estoy seguro de que conseguirás algo mejor cuando las cosas calmen. Ahora quiero que tú y nuestro hijo o hija estén bien y en paz. Nuestro proceso de denunciar será largo, de idas y venidas, de ganancias y derrotas, por eso es mejor que lo dejemos todo aquí. Podemos volar un par de veces desde allá hacia aquí hasta que nazca el bebé. Si quieres puede nacer aquí.

—Por supuesto que quiero que mi hijo nazca aquí. No me alienta mucho la idea de ser ama de casa. Tengo muchas ambiciones todavía. Dirán que me recuesto por ti.

—Y tú dirás: él es mi tonto, el que me consiente, búscate el tuyo.

Ella rio y volvió a buscarlo para abrazarse a él.

—Regresaré aquí y conquistaré un excelente puesto laboral. Lo prometo. Quiero que mi hijo diga: mi mami la licenciada.

—Claro que así será. Lograrás tus metas. Ya te conocí ambiciosa y trabajadora, por nada del mundo se me ocurriría pedirte que dejaras todo, cuando lo que quieres es demostrar tus capacidades.

—Gracias... ¿Y mi motocicleta?

—La devolverás a tu primo. Te compraré un automóvil nuevo cuando regresemos aquí.

Ella se quedó abrazada a él y también cogiendo su mano. No importaban los impedimentos, ellos estaban tomando medidas para ser felices. Ya había sido suficiente de semanas de quebranto. Lo único que debían hacer en ese momento era sobrevivir hasta el lunes.

Esa noche continuaron haciendo planes y conversando sobre el futuro lejos del país. No era lo que ambos adorarían, pero era lo que necesitaban para ser felices. Llegaron a un acuerdo de que no le dirían a nadie el lugar al que irían. Ni siquiera los empleados de la empresa lo sabrían y menos se lo dirían a Blanca, pues aquella era quien llevaba el chisme a la casa de la señora Albertini.

Al día siguiente pasaron un día frío, aunque maravilloso entre la ciclovía y la orilla, además, de que Lucila se sintió más que consentida con las comidas que pudo llevarse a la boca. El domingo prefirieron acomodarse en la habitación y observar el lago desde la segunda planta de la bella residencia que había alquilado Humberto.

Cuando había llegado el tiempo de regresar, Lucila comenzó a sentir la presión de todo. Debía casarse mañana, ¡nada más y nada menos que mañana! La emoción y el temor se debatían por quién la tomaría cautiva. Estaba segura de ya ser la esposa de Humberto no sería fácil, pero en el riesgo estaba la ganancia.

Una vez que regresaron a la capital, se prepararon para lo que sería el día siguiente. Humberto también le mostraba cómo comprar los pasajes de avión. Todo lo harían esa misma semana.

Al fin había llegado el lunes. Lucila vistió uno de los vestidos de Alberta que le había comprado Humberto. Todavía le quedaba bien antes de engordar mucho. Con todo lo que había comido el fin de semana, le sorprendía que todavía le quedara.

El registro civil era un lugar horrible y lleno de papeles por todas partes. La parte negativa de Lucila le decía que no había un extintor cerca y que todo podía incendiarse. Después reprimió esos pensamientos, solo se estaba volviendo paranoica. No eran las únicas parejas aguardando. La mayoría iba con vestimenta blanca y sencilla, en cambio ella vestía en color mostaza.

Al momento en que les tocó el turno, ambos pasaron junto al juez y los testigos que eran personas que habían cogido de la sala de espera.

Frente a ellos se colocó el libro de actas y el juez comenzaba a leer con mucha tranquilidad, a eso se debía la larga espera que habían experimentado.

Primero firmó Lucila, sonriente, después llegó el turno de Humberto.

—¡No te vas a casar con ella, Humberto! —exclamó la voz de Nichole golpeando la puerta antes de entrar con violencia.

Él se apresuró a firmar para que eso pudiera finiquitarse.

—No importa lo que tengas que decir, Nichole. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—¡Siguiéndote! No puedo creer que te cases con ella a solo meses de conocerla —expresó ofuscada.

—Es suficiente de este teatro. Ya no da para más, Nichole...

Ella negó con la cabeza y sacó de su cartera lo que parecía ser un abrecartas y se abalanzó sobre Lucila.

Capítulo final.

—Lucila, nos están llamando —dijo Humberto que quería despertar a su futura esposa. Se había quedado dormida mientras esperaban. Ella últimamente moría de sueño en cualquier lugar.

Lucila abrió los ojos y miró hacia todas partes. Estaba asustada. En verdad se estaba volviendo esquizofrénica.

—Ella estaba aquí y... quiso matarme con algo, no sé con qué... —alegó nerviosa.

—Lucy, Nichole no está aquí. Comprendo tus miedos, pero son innecesarios...

—¡Nos siguió!

Humberto miró a su alrededor y después la ayudó a levantarse. El juez los esperaba. Lamentaba que ella no estuviera tan bien ese día, pero era a causa de todas las tonterías de Nichole y a eso le sumaba las hormonas del embarazo.

La mente de Lucila seguía confundida. El sueño y la realidad se habían mezclado en su cabeza. Una vez que entró en la estancia del juez recuperó la cordura. Humberto le había cogido la mano para darle seguridad.

Ella no había escuchado nada de lo que decía el hombre del registro. Pese a haber recuperado la sensatez, sus pensamientos viajaban lejos. Cuando llegó el momento de dar el sí, Lucila lo hizo sin problemas, para eso estaba más que atenta.

Siguieron el matrimonio civil sin ningún contratiempo hasta que se les entregó la libreta de familia. Era oficial: estaban casados.

Él le dio un beso a Lucila para conformar a las personas que pedían sellar la unión de manera romántica.

Por fin ella pudo sonreír al escuchar los aplausos de los que estaban ahí. Le costaba creer que podía ser feliz con una loca suelta, alguien que la arrastraría a la locura si seguía teniendo eso en cuenta.

—Ya estamos casados, Lucila. ¿Estás contenta? —preguntó Humberto, animado.

—Sí. Casi arruino el día por quedarme dormida. Por un segundo confundí la realidad con una pesadilla.

—Ya tenemos todas nuestras cosas. Quiero que llames a tus padres y les cuentes que te has casado y yo llamaré a los míos, ¿te parece?

—Mis papás me matarán porque no los invité.

—Diles que lo haremos en el casamiento religioso después de que nazca el bebé y todo esté más tranquilo.

Ambos regresaron al departamento para hacer las llamadas.

La familia de Lucila estaba enfadada por la locura que había cometido, sin duda ellos no creían que eso fuera a durar, mientras que los padres de Humberto se presentaron en el departamento para sorpresa de Lucila y Humberto.

—¿Cómo que se casaron? —preguntó la mamá de Humberto, incrédula.

Humberto le entregó la libreta de matrimonio y también el acta para que sus dudas se disiparan.

—Fue algo apresurado —comentó el señor Albertini que tenía sus anteojos puestos mientras leía el papel junto a su esposa.

—Una tontería mayúscula —masculló la mujer.

—¿Por qué, señora? Porque ustedes le tendieron una trampa a Humberto para que se encontrara con su ex sabiendo que él ya no desea nada con ella. No malinterpreten lo que digo. No me creo más que Nichole, la respeto y espero que ella también lo haga alguna vez y que deje de acosarnos. Les pido que hablen con esa chica y no para que armen un complot, sino para que nos den paz a nosotros tres —habló Lucila que intentaba no caer como una patada al hígado para sus suegros.

—Es mi decisión. Lucila y yo asumimos lo que pueda pasar. Todos los riesgos. Una vez casados ninguna mano negra puede separarnos. Nichole destruyó el automóvil de Lucila, también le ha ofrecido dinero y la ha amenazado. Es suficiente para nosotros. Espero que convenzan a los padres de Nichole para que todo esto termine. Merece ser feliz en otro lado.

La señora Albertini tenía el rostro molesto. Miraba con desaprobación a Lucila. No la quería para nada.

—Hablé con los papás de Nichole y ellos le están impidiendo salir de casa después de la fotografía del automóvil qué me enviaste, Humberto. Dijeron también que la llevarían a viajar antes de que todo empeorara.

—Qué casualidad... Nosotros haremos lo mismo por temor a Nichole. La hemos denunciado —contó Humberto.

—Te pido que retires cualquier denuncia contra ellos. Tendremos problemas con la familia de ella —alegó el señor.

—¿Te preocupan más ellos que tu nieto? Ahora comprendo por quien velan ustedes. Muchas gracias por la visita.

Con esas palabras Humberto abrió la puerta de su departamento para que su familia se fuera.

Luego de ese día, Lucila dejó la empresa, al igual que Humberto. Le habían dejado las firmas de documento al señor Albertini que, en contra de

las disposiciones de su esposa deseaba acercarse a ellos para mantener un buen relacionamiento.

El día de tomar el avión en el aeropuerto, estuvieron dos horas antes haciendo el check-in para después abordar el vuelo que los llevaría a su nuevo destino: Uruguay. No estaban dispuestos a correr riesgos.

Ambos se divertían mirando sus móviles en los asientos del aeropuerto hasta que vieron a Nichole y sus padres también hacer el check-in.

Los ojos de todos ellos se cruzaron, pero Nichole se dio vuelta hacia otro sitio y fue caminando con premura. Al parecer no quería compartir el mismo lugar con ellos y eso los tranquilizaba.

Siete años después...

Fernanda ya había cumplido seis años y vivía rodeada del afecto de sus abuelos de ambos lados. Era hija única de Humberto y Lucila. Ambos habían comprado una bella casa en la capital y la remodelaron para poder quedarse a vivir en su país.

Para ellos el peligro de Nichole había pasado, fueron demasiados años en los que tuvieron que preocuparse por otras cosas. Sabían poco de aquella, se informaron de que vivía viajando como un nómada.

Lucila logró recibirse de licenciada en administración de empresas y también hizo un MBA. Asimismo, era cierto que había conseguido una mejor posición en una empresa o, mejor dicho, en una de las empresas de su suegro. Los esposos ya no trabajaban juntos y era lo mejor para mantener la intimidad y la independencia de cada uno.

Humberto logró expandir Alberta y también comenzaba a pensar en un nuevo negocio para que lo heredara su adorada Fernanda. Su hija le había abierto las puertas para volver a relacionarse con sus padres porque ellos se habían enamorado de ella al conocerla en el hospital. Desde aquel día ya no pudieron separarse de la niña. Su papá decidió retirarse de la empresa y dedicar su tiempo a servir de chofer a su nieta para llevarla a la escuela.

La relación entre ellos y Lucila también había mejorado al ver que su esposa era una buena mujer, honesta y trabajadora. Su mamá estaba organizando la gran boda religiosa que quería para su hijo. En todos esos años no se habían casado por la iglesia. El tiempo se les había pasado viviendo entre felicidad y peleas por la terquedad de Lucila.

—¿Te gustan las invitaciones para el casamiento? —preguntó Lucila para escuchar la opinión de su esposo.

—Sí, deben gustarme porque mamá ya las mandó a imprimir —dijo Humberto que le entregó una copa de vino a Lucila.

Ella cogió lo que él le ofrecía y la colocó a un lado cuando Humberto se sentó junto a Lucila.

—¿Querías cambiar la fecha? ¿La licenciada Lucila tiene algo que hacer el 26 de febrero? —curioseó burlón.

—No, solo falta un mes... Creo que tengo nervios prenupciales.

—Estamos casados hace un buen tiempo. Lo que haremos será reafirmar nuestra unión.

—Tal vez ni siquiera sean los nervios, sino que se trate de bañarme con alguien que no usa protección en la ducha —confesó.

Humberto dio un respingo y se levantó.

—¿Estás embarazada?

—Me siento igual que la primera vez... No sé cómo puedo seguir confiando en ti... —aseguró entre risas nerviosas.

—No sabes lo feliz que me hace esa noticia. ¡Voy a ser papá de nuevo! Fernanda es lo mejor del mundo, y este nuevo hijo será tan especial como ella.

—A veces te detesto, pero te amo, Humberto, y todavía no me he arrepentido de casarme contigo, y eso que me diste muchas razones para abandonarte.

—Y yo te amo más, Lucy. Parece que a alguien le vendrán varios regalos. He visto que te falta una camioneta...

—No, tengo el automóvil que compré con mi paga...

—No pelearnos, solo estoy bromeando porque me gusta hacerte refunfuñar.

Lucila le dio un beso a Humberto antes de sonreír. Él la había convertido en la mujer más feliz del mundo después de todo lo que habían pasado, la suerte les había sonreído y los seguiría haciendo.

Fin.

OceanofPDF.com

Conoce otros trabajos de la autora:



relinks.me/B09BNZZ23V

«Una historia de humor chispeante y una pasión esquiva»

Amelie Sallow estaba detrás de una gran cadena de mentiras, que por el momento, la estaba salvando de su ambicioso vecino que deseaba alzarse con lo que él pensaba que era su valiosa dote: aquella propiedad en la que vivía y que era muy rentable. Sin la protección de su padre o de algún pariente masculino que fuera de su agrado, se encontraba a merced de cualquiera, e incluso podrían forzarla a un matrimonio... Así que inventó un compromiso que no existía con un caballero al que no conocía.

Lord James Howard, conde de Carlisle, era ignorante acerca de lo que ocurría con su nombre dentro de Inglaterra. Y cuando se enteró de que una señorita lo estaba utilizando para sus propios fines, le hizo mucha gracia. Parecía resignado a la idea de tener una prometida desconocida, pero cada vez sentía mayor curiosidad...

¿Qué ocurrirá si por algún motivo él golpeará las puertas de aquella casa en la que estaba Amelie?

OceanofPDF.com

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel*.

También he incursionado en la auto-publicación en amazon, con: *Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquivia señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa y La chica del delivery*.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquivia señorita Millford*.

OceanofPDF.com